

 HARLEQUIN

Julia

LYNDA SANDOVAL
Tú y sólo tú

Julia.

LYNDA SANDOVAL

Tú y sólo tú

 HARLEQUIN™

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Lynda Sandoval
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Tú y sólo tú, n.º 1805- agosto 2019
Título original: You, and No Other
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1328-396-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Prólogo

Doce años atrás...

Cagney Bishop dio un respingo cuando oyó que llegaba un coche. Conocía bien a su padre, el jefe de policía, sabía que tenía un carácter explosivo e impredecible, pero ella se las había apañado para saber de qué humor llegaba a casa dependiendo por cómo abría y cerraba la puerta del coche.

Cagney oyó que su padre apagaba el motor, abría la puerta y...

¡Bum!

Cagney hizo una mueca de disgusto, se apresuró a esconder su cuaderno de dibujo debajo del edredón, sacó un libro de texto y un cuaderno de espiral, descansó el lápiz entre dos páginas y se quedó escuchando.

Pasos fuertes.

Llave en la cerradura.

La puerta se abre.

¡Bum!

Cagney notó cómo se le hundían los hombros. Lo mismo de siempre. Lo mismo de todos los días. Debería estar acostumbrada. Llevaba así más de diecisiete años. ¿Acaso creía que iba a cambiar de repente?

Cagney se arrellanó contra el cabecero de la cama, deseando hacerse pequeña. Sin duda, primero discutiría con su madre, pero, al final, como siempre, le echaría a ella una bronca por cualquier tontería que se le ocurriera.

La única manera que había encontrado de escapar a aquella vida familiar tan espantosa era ponerse objetivos para las semanas, los meses y los años venideros. El baile de fin de curso, la graduación y, luego, por fin, gracias a Dios, la universidad.

Por fin, podría escapar de aquel represivo régimen del jefe de policía.

Todavía le quedaban unas cuantas semanas más, una eternidad...

De repente, la puerta de su dormitorio se abrió con tanta fuerza que se estrelló contra la pared, pero Cagney no reaccionó. Era un mecanismo que

llevaba años perfeccionando.

No dejar bajo ningún concepto que su padre se diera cuenta de que estaba sudando.

La última vez que el sargento había abierto la puerta con tanta rabia, el pomo se había clavado en la pared y la había desconchado. En aquella ocasión, Cagney había decidido colocar un pequeño cojín en el agujero para que amortiguara el golpe la próxima vez.

Porque, por supuesto, sabía que habría una próxima vez. A su padre le encantaba dar portazos.

Por supuesto, le hubiera encantado gritarle «ten un poco más de respeto y no entres sin llamar» o «vete ahora mismo de aquí», pero, por supuesto, no se atrevió a decirle nada parecido.

Con sólo mirar a su padre a la cara, Cagney supo que iba a haber bronca. Su padre tenía el rostro rojo y parecía iracundo. Todavía iba vestido de uniforme. A pesar de que jamás ninguna de ellas había sufrido maltrato físico, Cagney se preguntó si un puñetazo dolería menos que sus palabras crueles y cortantes.

Cagney lo miró a los ojos con expresión neutra y esperó. Era mejor esperar cuando una no sabía a lo que se enfrentaba. Al ver que su padre no decía nada, sintió que el corazón le daba un vuelco.

¿Se habría enterado de lo que quería hacer la noche del baile de fin de curso? Cagney sintió que el miedo se apoderaba de ella. Aquel hombre se enteraba siempre de todo. Tenía a su servicio a unos cuantos agentes de policía y no dudaba en utilizarlos como espías para fines personales.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó su padre por fin, apretando los dientes.

Cagney decidió hacerse la ingenua, así que miró los libros que tenía sobre el regazo.

—Los deberes, sargento —contestó.

Era patético, pero siempre lo llamaba así, jamás lo llamaba papá. El hombre al que una vez había querido había muerto hacía mucho tiempo. ¿Cómo lo iba a llamar papá o papi? No tenía sentido.

—No te hagas la tonta —le espetó—. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

Cagney tragó saliva. Era evidente que su padre se había enterado de lo del baile de fin de curso, que era al día siguiente. Aun así, Cagney prefirió seguir haciéndose la tonta.

—No tengo ni idea de lo que es...

—El baile, Cagney —la interrumpió su padre paseándose por la habitación como un loco—. Me has mentado, Cagney —añadió abriendo y cerrando los puños continuamente—. Te estoy hablando del asqueroso de Eberhardt, Cagney —concluyó—. ¿Acaso creías que no me iba a enterar?

—Sólo es un baile —se defendió Cagney intentando mantener la calma—. Somos amigos del colegio. Nada más. Deberías darle una oportunidad a Jonas...

—¿Estás loca o qué? —la interrumpió el jefe de policía acercándose a su cama en dos zancadas—. Te prohíbo que salgas con ese delincuente, ¿lo entiendes?

—Pero...

—¡Nada de peros! —insistió el jefe de policía—. Te he dado todo lo que has querido, me sacrifico por ti todos los días y me lo pagas así. Un comportamiento así no me hubiera sorprendido viniendo de tu hermana Terri, que es un desastre, pero yo creía que tú ibas a seguir los pasos de Deirdre.

Deirdre, la hija buena, la hija que trabajaba para el FBI y de la que su padre se sentía tan orgulloso. Cagney tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar su sorpresa al oír a su padre mencionar el nombre de su hija mala, Terri, que lo había desafiado hacía dos años y se había escapado a Nueva York. Desde entonces, nadie en aquella casa tenía permiso para hablar de ella en su presencia.

—Yo no sigo los pasos de nadie. Yo tengo mi propio camino. Yo soy yo.

El jefe de policía se rio con crueldad.

—Escúchame bien porque te voy a decir un par de cosas. Te voy a dar la oportunidad de hacer las cosas bien.

¿De verdad? Sería la primera vez en la vida.

—Te escucho —contestó Cagney.

—Quiero que vayas al baile. De hecho, tienes que ir al baile.

—¿Cómo?

—Sí, vas a ir al baile, pero no con Jonas Eberhardt. Irás con otro chico, un chico que a mí me guste.

—Yo quiero ir con Jonas —insistió Cagney.

Su padre sonrió, pero no era una sonrisa de verdad.

—Estupendo, así que quieres ir con ese vagabundo —recapacitó—. Muy bien. Pues prepárate porque, si vas con él, no te pago la universidad.

—¡Sargento!

—Ya sabes, ésas son mis condiciones. Soy un buen hombre, así que te doy la oportunidad de elegir a otro chico. Así, no tendrás que renunciar a tu sueño de ir a la universidad.

Cagney sintió ganas de vomitar. ¿Cómo iba a elegir entre Jonas o la universidad?

Lo cierto era que necesitaba el dinero de su padre para ir a la universidad y necesitaba ir a la universidad para ser libre y no volverse loca. Ya era tarde para pedir una beca o un crédito. Perdería el primer año y no podría soportar un año más en aquella casa.

También necesitaba a Jonas para no perder la cabeza. La idea de ir al baile de fin de curso sin él hacía que le doliera el corazón. Era cierto que vivía en una caravana a la salida del pueblo con su madre, una mujer que frecuentaba demasiado los bares, pero ¿y qué? ¿Había que castigarlo por ello?

Jonas era la mejor persona que conocía. Era un chico cuidadoso, observador, en el que se podía confiar y que nunca juzgaba a nadie, una persona capaz de ver el vaso siempre medio lleno, de soñar y de tener objetivos y el entusiasmo y la fuerza para llevarlos a cabo.

Jonas quería escribir y, de hecho, ya tenía varios poemas sinceros, fuertes y punzantes, unos poemas que Cagney tenía escondidos en una caja al fondo del armario. Aparte de la señora DeLuca, la profesora de Arte del colegio y madre de su amiga Erin, Jonas era la única persona en el mundo que creía que Cagney podría ganarse la vida como artista y podría utilizar su talento para ayudar a otros.

Jonas la inspiraba.

Jonas la quería.

Jonas sabía más de ella, de su vida y de lo que sucedía en su casa que muchas de sus mejores amigas, a las que no les contaba muchas cosas porque le daba vergüenza. Sin embargo, a él se lo contaba absolutamente todo.

Sin embargo, se habían visto obligados a esconderse durante años porque el padre de Cagney no podía ni ver al chaval, al que consideraba un inútil.

El jefe de policía creía que Jonas y su hija se conocían desde hacía dos años cuando, en realidad, para entonces ya estaban completamente enamorados.

Habían conseguido engañarle porque eran unos artistas escondiéndose. Cagney era toda una rebelde, pero pasiva.

Jonas y ella habían decidido que la noche del baile de fin de curso iban a hacer frente común, todo el pueblo se iba a enterar de que estaban juntos y al diablo con su padre. Lo tenían todo planeado. Habían decidido plantar cara al jefe de policía, explicarle lo que les pasaba y no aceptar un no por respuesta. Estaban seguros de que, al final, cedería. ¿Qué otra cosa podría hacer cuando su hija estaba punto de cumplir dieciocho años?

Iba a ser una noche mágica.

Por fin juntos.

Pero había subestimado a su padre. Aquel hombre estaba dispuesto a negarle una educación universitaria si no le obedecía. Prefería dejarla sin ir a la universidad que verla feliz con un chico que a él no le gustaba.

—¿Y bien? —la instó.

Cagney se mordió el labio inferior.

Jonas era capaz de ver y de pensar con perspectiva, así que Cagney pensó que por una noche y por un baile daría igual porque tenían toda la vida por delante. Le explicaría la situación y él la entendería porque sabía cómo era su padre.

Lo más importante era conseguir ir a la universidad en la que los habían aceptado a los dos. Una vez allí, podrían pasarse todo el día juntos.

Seguro que la entendería.

Cagney se relajó.

—Está bien —accedió—. Le voy a llamar para...

—No.

—¿Cómo? —se indignó Cagney.

—Hace años que te prohibí que hablaras con ese perdido y, aunque nunca me has obedecido, esa prohibición sigue en pie.

—Pero he quedado con él y sería de muy mala educación por mi parte dejarlo plantado sin darle una explicación —insistió Cagney.

Su padre se acercó a ella tanto que Cagney percibió el café de su aliento.

—Me parece que no lo entiendes. Me importa un bledo ese chico y sus sentimientos, si es que los tiene. Vas a ir al baile con otro chico y no le vas a decir nada a tus amigas ni a él. Si no me obedeces, olvídate de la universidad. No te creas que estoy de broma.

—¡Jefe! —exclamó Cagney golpeando el colchón con los puños—. Eso no es justo.

Su padre la agarró de la muñeca y se la apretó.

—La vida no es justa y ya va siendo hora de que te enteres.

¡Como si no lo supiera! Cagney dejó que la rabia se apoderara de ella.

—¿Por qué eres tan cruel? —murmuró.

Una avalancha de emociones atravesó el rostro de su padre, que consiguió volver a recuperar el control al cabo de unos segundos.

—Contéstame. Sí o no, Cagney. Contesta inmediatamente porque tengo cosas mejores que hacer que estar aquí perdiendo el tiempo contigo.

Cagney sintió que el mentón le temblaba de la rabia a pesar de que estaba intentando controlarse. Echó los hombros hacia atrás. Aunque fuera en el último momento, podría hablar con Jonas al día siguiente en el colegio.

—Y mañana no vas a ir al colegio, por cierto —le dijo su padre como si le hubiera leído el pensamiento—. Ya he llamado para advertirlo.

Cagney sintió que el corazón le daba un vuelco y que las lágrimas le asomaban a los ojos.

—¿Cómo? ¿Tan seguro estabas de cuál iba a ser mi contestación?

¿Y cómo iba a ser de otra manera? Su padre era una persona manipuladora y calculadora. Claro que lo que acababa de hacer era lo peor que le había hecho en su vida. ¿Para qué lo hacía? ¿Para hacerles daño a Jonas y a ella? Sabía que su padre era una mala persona, pero aquello era demasiado.

—¿Qué contestas? —la urgió el jefe de policía mirándola con aire triunfante—. ¿Qué prefieres? ¿Ir al baile de fin de curso con un chico que no es digno de ti y nunca lo será o ir a la universidad? Tú eliges.

Cagney sintió un intenso frío por dentro. No podía reaccionar adecuadamente. No sentía nada. Sabía que debería estar llorando y gritando, como habría hecho Terri en su lugar, pero ella se sentía confusa, atrapada y torturada.

—Elijo ir a la universidad, por supuesto. ¿Te crees que soy idiota?

—A veces, teniendo en cuenta el tipo de amigos que eliges, lo pareces —le espetó su padre soltándole la muñeca y yendo hacia su bolso, abriéndolo y quitándole el teléfono móvil—. Me lo llevo —añadió desconectando también el fijo—. Tengo muy claro que no puedo confiar en ti. Por cierto, tampoco intentes utilizar el ordenador porque le he quitado el módem.

Cagney sintió que la furia se apoderaba de ella.

«Debería luchar», pensó.

—No tienes escapatoria, así que ni te molestes. Mañana me voy a quedar en casa para vigilarte y estaré aquí cuando tu cita pase a buscarte para ir al baile.

—No soy tu prisionera —se defendió Cagney aunque, a veces, se sentía exactamente así.

—No, eres mi hija, vives en mi casa y acatas mis normas. ¿Con quién vas a ir al baile?

Cagney no contestó.

—¿No contestas? Supongo que eso querrá decir que no vas a ir. Mejor —le espetó su padre yendo hacia la puerta.

—No, espera —le dijo Cagney tomando aire—. Iré con mis amigas, en pandilla.

La idea de quedarse en casa mientras sus amigas estaban en el baile se le hacía insoportable. Se moría por ir con Jonas, pero se sentía acorralada. Podría llamarlo desde el baile para verse allí. Ya era algo.

—No. Sólo las pringadas y las frescas van en pandilla —contestó el jefe de policía.

—¡Eso no es cierto!

—Si no vas con un chico, te quedas en casa.

Cagney suspiró con frustración.

—Tad Rivers —murmuró—. Me lo pidió y no creo que tenga ninguna cita porque, según he oído, iba a ir en pandilla —añadió—. ¿Lo consideras un pringado por ello o es apto? Su padre es el fiscal de la ciudad.

—Voy a llamar a Will Rivers ahora mismo.

—Quiero ir en grupo, con mis amigas. Mick, Erin y Lexy van a ir todas juntas con sus citas —sugirió Cagney—. Si me dejas llamar a Lexy... —añadió con la esperanza de poder ponerse en contacto con Jonas a través de su amiga.

—Ahora la llamo también.

—Vaya, gracias. ¿Y qué le vas a decir?

—No te hagas la lista —le advirtió su padre señalándola con el dedo índice—. Te estoy haciendo un gran favor. Deberías darme las gracias.

Cagney apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos y se hizo sangre. Si no podía ir al baile con Jonas, estaba decidida a emborracharse por lo menos. Era lo mínimo que se merecía su padre.

—Tu madre ha dicho que la cena estará en veinte minutos.

—No tengo hambre —murmuró.

—Me da igual que tengas hambre o no. Tu madre ha preparado la cena, que es mucho más de lo que la inútil de Ava Eberhardt habrá hecho, así que quiero que estés en la mesa en veinte minutos. ¿Te ha quedado claro?

Cagney se quedó en silencio, contemplando la posibilidad de defender a la madre de Jonas, contemplando la posibilidad de decirle a su padre que se fuera al infierno. Luego, recordó que debía ir a la universidad si quería escapar de él y que, para ello, dependía de su dinero. Su padre no le había permitido trabajar mientras había estado en el colegio, así que no tenía absolutamente nada ahorrado. Otra manera de tenerla completamente acorralada.

—Sí, señor —contestó.

—Me alegro de ver que a veces todavía eres capaz de ser razonable. Sólo a veces. Sin embargo, no pienso olvidar que me has desafiado.

Cagney lo miró a los ojos.

—Me das mucha pena, sargento.

—Ahórrate esas cosas conmigo —le espetó su padre abandonando la habitación.

Una vez a solas, Cagney no fue capaz de llorar. Su padre había matado tantas cosas en su interior que apenas era capaz de sentir, pero había sido la única manera de sobrevivir. Lo malo era que ya no podía fiarse de sí misma, ya no sabía cuándo sentía de verdad. ¿Cuando algo le dolía era de verdad? A veces, creía sentir miedo, pero no estaba segura.

¿Cómo iba a estarlo? El caos reinaba en su interior.

Cagney dejó caer la cabeza entre las manos y tomó aire profundamente. Cualquiera otra chica en su situación habría buscado consuelo en su madre, pero Cagney sabía por experiencia que, en su caso, era inútil.

Su madre era la personificación de la pasividad. Jamás había desafiado a su marido, ni siquiera para defender a sus hijas.

Cagney suspiró.

Seguro que Jonas y ella podrían sobreponerse a aquella situación.

Seguro que Jonas la entendería porque la quería. Se verían en el baile y harían lo que tenían planeado. No era lo que tenían pensado para aquella noche, pero de alguna manera, Cagney encontraría la forma de explicarle todo lo que había sucedido y, como de costumbre, Jonas la entendería.

Jonas estaba anonadado de lo que costaba alquilar un incómodo traje para una sola noche.

Sin embargo, merecía la pena.

Por Cagney.

Una mezcla de nervios y miedo se apoderó de él mientras aparcaba el decrepito coche de su madre frente a la impecable casa de Cagney. A lo mejor su padre salía a recibirlo pistola en mano, pero, de todas formas, apagó el motor y esperó.

No sucedió nada.

Jonas se quedó mirando la inmaculada fachada de piedra de aquella casa, intentando no compararla con la desastrosa caravana en la que vivían su madre y él. Aunque aquella casa era grande e impresionante desde fuera, sabía por Cagney que dentro había poco amor. Prefería a su madre, una mujer con problemas pero muy cariñosa, y su caravana alquilada.

Para su sorpresa, la luz del porche se encendió. Jonas no sabía si tomarse aquello como una señal de bienvenida o de advertencia, pero lo que estaba claro era que había llegado el momento de salir del coche, así que tomó aire, agarró la orquídea que había comprado para Cagney y se bajó del vehículo. Una vez fuera, se abrochó la chaqueta, se pasó la mano por el pelo y se dirigió al porche.

Ahora o nunca.

La puerta se abrió antes de que le diera tiempo de llamar al timbre y salió el jefe de policía Bishop con el ceño fruncido, como de costumbre. Lo cierto era que Jonas no tenía ni idea de lo que había hecho para que aquel hombre lo despreciara tanto.

—Buenas noches, señor —le dijo echando los hombros hacia atrás.

—No me llames señor —le espetó el padre de Cagney—. ¿Qué demonios haces entrando en mi propiedad?

Por un instante, ante la dureza de la pregunta, Jonas no fue capaz de formular una respuesta. Cagney no había ido al colegio aquel día ni había contestado a sus llamadas telefónicas ni a sus correos electrónicos, pero Jonas estaba seguro de que, siendo la hora que era, su padre sabría con quién iba a ir al baile de fin de curso.

Jonas sintió que la boca se le secaba y se mojó los labios para contestar.

—He venido a buscar a Cagney para ir al baile de fin de curso.

La risa del jefe de policía fue como una bofetada.

—Pues siento mucho decirte que Cagney se ha ido hace media hora con su cita, Tad Rivers —le espetó cruzándose de brazos y sacando pecho—. Así que ya te puedes ir. Fuera de aquí.

Jonas parpadeó varias veces. No se podía creer lo que acababa de oír.

—Eso es imposible. Cagney es mi novia —recapacitó en voz alta sin pensar lo que decía—. Habíamos quedado para ir juntos.

—Tu novia, ¿eh? —le dijo el jefe de policía—. Mira, cuando quieras echarte novia, te buscas una chica como tú porque mi hija es demasiado buena para ti, siempre lo ha sido y siempre lo será.

Jonas sintió la crueldad de aquellas palabras, pero consiguió mantener el mentón elevado. El jefe de policía Bishop no tenía ni idea de quién era su hija ni de lo que quería en la vida.

—Cagney me quiere y yo la quiero a ella.

—¿La quieres? —se burló el sargento—. Si tanto la quieres, lo mejor te puedes hacer es dejarla en paz. A lo mejor hay alguna chica donde vives acampado con la que puedas salir. No sé lo que estarás buscando en mi hija, pero seguro que las chicas de tu clase te lo darían encantadas.

A pesar del gran esfuerzo que estaba haciendo, Jonas sintió que la furia se apoderaba de él. Jamás había tenido intención de acostarse con Cagney ni de aprovecharse de ella. Se estaba enfadando tanto que estaba empezando a sudar.

—No sabe lo que dice. Respeto profundamente a Cagney, la respeto mucho más que usted. Sé que está en casa y quiero verla —añadió intentando esquivar a su padre, pero el jefe de policía se lo impidió—. ¡Cagney! —gritó entonces.

La mano que el padre de Cagney le había colocado en el pecho se convirtió en un puño, arrugándole la camisa.

—Eso, intenta entrar en mi casa, pequeño vagabundo. Sería genial —le espetó apretando los dientes—. Nada me haría disfrutar más que detenerte.

Jonas no tenía tanta fuerza como aquel hombre y se vio siendo lanzado contra la barandilla del porche. Intentando mantener la dignidad, intentó en vano alisarse el frente de la camisa.

—¿Cómo puede usted vivir con tanto odio en su interior? —le preguntó con voz trémula.

El padre de Cagney ignoró su pregunta.

—Antes de irse con Tad, Cagney te ha dejado una carta. Es un buen chico ese Tad Rivers y procede de una buena familia —comentó dejando que el

terrible comentario atravesara a Jonas como un cuchillo bien afilado—. Supongo que tienes derecho a leerla porque la ha escrito para ti. Aunque también quiero que sepas que lo ha hecho en contra de mi voluntad porque yo creo que mi hija no te debe ningún tipo de explicación.

¿Explicación de qué? Jonas sintió que el miedo se apoderaba de él. Mirando al padre de Cagney con cautela, se acercó y tomó el sobre que éste le tendía, lo abrió y rezó para que aquello le diera alguna pista de lo que estaba sucediendo porque Cagney parecía haber olvidado su idea de hacer frente común. ¿Por qué no habría respondido a sus llamadas? ¿Por qué no habría encontrado la manera de advertirle que había sucedido algo? Jonas no lo entendía. Siempre se habían protegido mutuamente.

Jonas hojeó la carta y reconoció la letra de Cagney. También reconoció el papel en el que estaba escrito. Se trataba de una hoja claramente arrancada de su cuaderno favorito, el de líneas moradas que olía a uvas cuando se pasaba el dedo por encima.

Jonas tomó aire y leyó.

Querido Jonas:

Me hubiera gustado decírtelo antes, pero no he encontrado el momento. Eres un chico maravilloso y hemos sido buenos amigos, pero Tad y yo comenzamos a hablar hace dos meses y me he enamorado de él. Simplemente... ha sucedido. Con él es más fácil porque cuento con la aprobación del sargento. Espero que lo entiendas...

No podía soportar seguir leyendo aquello delante del sargento Bishop. Era evidente que el policía estaba disfrutando. Jonas sentía que el corazón se le estaba rompiendo, así que arrugó la carta y desvió la mirada. Al cabo de unos segundos, volvió a girar la cabeza hacia el hombre que tenía ante sí.

—Esto lo ha escrito usted —lo acusó.

—No digas tonterías, chaval. Yo no he tenido nada que ver con eso de la carta. Cagney ha elegido —contestó el policía—. Es lo mejor para todos.

—¿Desde cuándo sabe usted lo que es mejor para Cagney o para el resto de sus hijas? —le espetó Jonas sintiendo unas terribles ganas de llorar—. Ninguna de ellas le puede soportar. Todos lo sabemos.

El jefe de policía enrojeció como la grana.

—Vete ahora mismo de aquí con tu carta. No quiero volver a verte jamás.

—No se preocupe por eso —contestó Jonas mientras se giraba y bajaba los escalones de dos en dos, sintiendo que el mundo se le caía a los pies. Aquélla era la gota que colmaba el vaso.

«Con él es más fácil porque cuento con la aprobación del sargento».

«La aprobación del sargento».

Aprobación.

Jonas llevaba toda la vida intentando ganarse la aprobación de los demás, pero nunca lo había conseguido. Había que aceptar la realidad. Nunca nadie los había querido en aquel lugar. Aquella ciudad había sido hostil con él y con su madre desde el mismo momento en el que habían cometido el error de establecerse en ella.

Aquel mismo día, el propietario de uno de los bares a los que su madre iba a menudo la había echado porque le faltaban dos dólares.

Dos asquerosos dólares.

Literalmente.

Aquel hombre había humillado a su madre, la había dejado llorando en la calle, con todo el dinero que le había dado a ganar durante aquellos años. Jonas no aprobaba el comportamiento de su madre, pero era una mujer amable y vulnerable.

Y ahora a él le ocurría aquello.

Su madre y él sólo se tenían mutuamente.

Le había quedado muy claro.

Estaba harto de aquel pueblo. Aunque era pobre, era ingenioso y rápido y se sentía motivado, a diferencia de muchos de sus compañeros de clase. Había elegido tantos créditos aquel último año que se había graduado en diciembre, pero, aun así, había esperado a la ceremonia de primavera por Cagney.

Jonas sintió un profundo dolor en la boca del estómago.

Ya le mandaría el colegio su diploma a donde estuviera. No quería volver a ver a nadie de por allí. Y eso incluía a Cagney. Lo único bueno que le había ocurrido en Troublesome Gulch era ella y ahora resultaba que su relación también era mentira.

Un dolor indescriptible se apoderó de él. Jamás había sentido nada así. Necesitaba escapar de aquel entorno cuanto antes. Si por él era, él y su madre abandonarían aquel lugar aquella misma noche. Tenían que encontrar un lugar en el que la gente no los juzgara por su cuenta bancaria, sino por su

corazón. Jonas estaba dispuesto a trabajar y estudiar a la vez para demostrar a la gente de Troublesome Gulch lo confundidos que estaban con él.

Algún día lo conseguiría.

Con la ayuda de Dios.

Jonas tiró la orquídea por la ventana y salió de la propiedad Bishop quemando rueda. Le daba igual lo que el sargento pudiera pensar ya de él. Todo daba igual.

En aquel momento, sonó su teléfono móvil, el teléfono que tanto le había costado comprar, y Jonas sintió que una pequeña esperanza se abría camino en su corazón.

A lo mejor era ella.

Tad Rivers.

Jonas sintió el gusto amargo de la traición y decidió ignorar la llamada, así que dejó que el teléfono siguiera sonando hasta que saltó el contestador. A continuación, llamó al buzón de voz para oír el mensaje.

Era Cagney.

Desde el teléfono de Tad.

Así que era cierto. Cagney había ido con Tad al baile y no le había dicho nada. Había dejado que se gastara el dinero en alquilar un esmoquin y en comprar flores y lo había humillado delante de su padre.

¿Cómo le había podido hacer algo así?

«Jonas, por favor, por favor, contesta. Quiero hablar contigo. Tengo que explicarte lo que ha sucedido. Te llamo luego. Por favor, contesta cuando te llame».

Así que le iba a volver a llamar, ¿eh? Claro, desde el teléfono de Tad Rivers.

Con la sangre agolpada en las sienes, Jonas miró la carta que le había roto el corazón. Apenas veía las palabras, pues las lágrimas se lo impedían.

Todo había terminado.

Todo estaba muy claro. Lo que Cagney Bishop le había escrito le dejaba todo claro. No necesitaba ninguna otra explicación.

Su madre siempre decía que no se podía confiar en el amor y tenía razón.

Capítulo 1

Hoy en día

Cagney miró a su alrededor. Estaba en el aparcamiento del centro médico High Country y había un montón de coches y de peatones. No se podía creer el interés que había despertado una estúpida conferencia de prensa.

Claro que estaban en Troublesome Gulch, Colorado, centro de la curiosidad. ¿Dónde si no iba un sencillo acontecimiento mediático a necesitar tanta presencia policial?

Cagney se ajustó el cinturón en el que descansaba su pistola, saludó a un compañero al que le habían asignado también aquella operación y miró la hora que era. Apenas las nueve de la mañana y ya estaba aburrída a más no poder.

Un día más en la apasionante vida de la agente Cagney Bishop. Hacer controles de visitantes le gustaba tanto como dirigir el tráfico. Nada. En realidad, no le gustaba ninguna de las cosas que hacía en el trabajo. Lo único que la hacía sentirse viva era tratar con niños problemáticos o cuando tenía la oportunidad de ayudar de verdad a la gente y eso, para ser sinceros, no sucedía muy a menudo.

¿Cuántos años le quedaban para jubilarse? Para pasar el tiempo, comenzó a hacer cálculos mentales. En aquel momento, como presintiendo que necesitaba un descanso de toda aquella monotonía que le imponía su trabajo, sonó su teléfono móvil.

Cagney miró la pantalla y, al ver de quién se trataba, sonrió y atendió la llamada.

—Hola, Faith, ¿cómo está tu niña?

Faith Montesantos Austin, pedagoga en el instituto de Troublesome Gulch, había dado a luz a su primera hija hacía tres meses y estaba de baja por maternidad. Habían llamado Mickie a su hija en recuerdo de su hermana, que había muerto en el accidente de coche que se había producido la noche del baile de fin de curso junto con Tad, Kevin y Randy.

—Está fenomenal, como de costumbre. Me ha despertado tres veces esta noche, así que ahora tiene la tripita llena y está encantada mientras que yo estoy pálida, cansada y de mal humor.

—Vaya.

—Sí, es lo que tiene querer tener bebés muy guapos.

—Te recuerdo que con los cachorros te pasa lo mismo.

—Es cierto. Eso va por ti, Hope —sonrió Faith acariciando al perro que su marido, Brody, le había regalado cuando le había pedido que se casara con él—. ¿Qué haces? ¿Te vas a pasar por casa?

Siempre que el trabajo se lo permitía, Cagney se pasaba por casa de su amiga para tomarse un café con ella.

—Necesito tener contacto con adultos, Cag —le recordó Faith—. Necesito que alguien me asegure que estoy adelgazando. Por cierto, ¿has visto a Erin? —añadió refiriéndose a otra amiga que tenían en común, Erin DeLuca, del cuerpo de bomberos de Troublesome Gulch—. Es cierto que ha tenido a Nate Jr. unos meses antes que yo, pero a las tres semanas de haber dado a luz ya estaba completamente recuperada. No es justo.

—Es cierto, pero recuerda que sólo engordó diecinueve libras durante el embarazo y es muy deportista.

—Casey Laine Bishop, ¿me estás llamando vaga?

Cagney se rio. Ya nadie la llamaba Casey.

—Claro que no. Lo que ocurre es que Erin es de otra pasta. Debemos aceptarlo y seguir con nuestras vidas.

—Qué suerte tiene. Menos mal que es mi amiga y la quiero mucho. De lo contrario, la pondría de vuelta y media.

—No hay razón para algo así por el mero hecho de que sea biónica —bromeó Cagney.

—La verdad es que me arrepiento de todas las patatas fritas que me he comido durante el embarazo. No me he controlado en absoluto —suspiró su amiga—. Bueno, ahora que ya sabes que estoy deprimida y gorda, ¿vas a venir?

—Lo siento, pero no puedo. El sargento me ha asignado el control de visitantes del hospital. ¡Apasionante! —contestó Cagney poniendo los ojos en blanco.

—Ah, me había olvidado de que eso era hoy —contestó su amiga—. ¿Por qué tanto revuelo porque se vaya a construir un ala nueva? ¿Tienes información confidencial?

—No y, aunque la tuviera, no te la daría —contestó Cagney haciéndole una señal con la cabeza al compañero que estaba dirigiendo el tráfico, que le estaba indicando que dejara pasar a una limusina negra.

Mientras lo hacía, Cagney pensó que, evidentemente, era el misterioso invitado de honor. ¿Quién más se iba a pasear por Troublesome Gulch en una limusina negra? Cuando el vehículo pasó a su lado intentó vislumbrar por las ventanas tintadas de quién se trataba, pero no pudo ver nada. Por supuesto, el sombrero de ala ancha y las gafas de sol tampoco la ayudaron en absoluto.

—Como te iba diciendo, aunque tuviera información privilegiada, no te la daría. Lo único que sé es que la nueva ala la va a financiar un benefactor sorpresa. Por lo visto, quieren que, gracias a esto, Troublesome Gulch comience a ser conocido.

—Ya, lo de siempre. ¿Cuándo se van a dar cuenta de que este pueblo es conocido única y exclusivamente por lo que pasó la noche del baile de fin de curso? Perdón por el recordatorio desagradable, pero es que todo esto de que nuestro municipio se haga famoso me parece absurdo.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, pero ya conoces a Walt. Le encanta la publicidad —contestó Cagney refiriéndose al adjunto del alcalde.

—Y no sé a qué viene tanto secreto —se lamentó Faith—. Vivimos en un pueblo pequeño y todos nos conocemos. Todos sabemos lo que hacen los demás. Es lo que suele pasar al vivir en un sitio pequeño.

—Sí, pero, por lo visto, la persona que dona el dinero quería mantener el anonimato.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ya sabes que la gente rica es un poco rara y, cuando uno dona un ala hospitalaria entera, puede pedir lo que quiera. Estamos hablando de millones.

—¿De cuántos exactamente?

—Ni idea, pero seguro que de más de lo que nos podamos imaginar —contestó Cagney observando cómo la limusina se perdía en el garaje subterráneo que había sido cerrado al público—. La verdad es que esto es lo más excitante que ha ocurrido en Troublesome Gulch desde hace un tiempo.

—En eso tienes razón —suspiró su amiga—. Bueno, llámame en cuanto sepas algo interesante. Yo lo único que tengo que hacer hoy es lavar ropa y más ropa. No tenía ni idea de que un bebé pudiera ensuciar tanta.

—Siento decirte que será peor cuando sea adolescente.

—Cállate de una vez—protestó Faith—. La verdad es que no me importa. Siempre será mi preciosa niñita.

Cagney sintió una punzada de envidia.

—Ya sabes que te cambiaría el sitio sin pensarlo.

—Muy bien, ya te llamaré a las tres de la madrugada para recordártelo — bromeó su amiga.

—No he dicho nada —se despidió Cagney chasqueando la lengua—. Te tengo que dejar. Dale un beso a la pequeña de mi parte —añadió al escuchar por radio que el espectáculo estaba a punto de comenzar.

Jonas Eberhardt escuchaba aburrido desde detrás de la cortina lo que el adjunto del alcalde estaba diciendo sobre él. Desde luego, el hombre no estaba escatimando palabras bonitas para presentarlo.

Jonas sacudió la cabeza disgustado.

Olvidándose del empalagoso discurso, intentó concentrarse en aquel momento con el que había estado soñando durante más de diez años. Había pensado en ello constantemente, pero se le estaba quedando corto.

Había comenzado a orquestar su venganza casi desde el mismo momento en el que había abandonado la casa de Cagney Bishop con el corazón roto. Ese deseo de venganza había sido su motor.

En innumerables ocasiones se había imaginado humillando a los habitantes de Troublesome Gulch por lo mal que se habían portado con él y con su madre.

Sin embargo, las cosas no estaban saliendo como él había creído.

De momento, todo el mundo se estaba comportando de maravilla con él. Parecía que eran sinceros. Claro que también podía ser porque ahora tenía dinero. En cualquier caso, debería sentirse feliz por la bienvenida que le habían dispensado.

Pero lo cierto era que no era así.

Con o sin dinero, no se sentía a gusto allí.
el alma.

Aquella noche se había jurado a sí mismo que algún día les demostraría que no podían apartar a Jonas Eberhardt de sus vidas como si fuera basura.

Todas las decisiones que había Mientras se ajustaba las mangas de la chaqueta, por debajo de las cuales asomaban unos gemelos de platino y diamantes, Jonas percibió la zozobra interior que sentía en aquellos

momentos. Aunque había soñado muchas veces con aquel momento, jamás se había parado a pensar en lo raro que se sentiría al estar de vuelta en aquel pueblo que odiaba.

Era difícil de describir.

Después de todo lo que había conseguido en el mundo de la informática, no había contado con sentirse como un intruso, como aquel chico avergonzado que había intentado con todas sus fuerzas mezclarse con los demás.

Evidentemente, después de la cantidad de dinero que le había entregado al consejo del hospital, tendrían que darle la llave de la ciudad y ponerle su nombre a la calle principal. Aun así, algo en su interior sentía que no merecía todo aquello.

No era cierto, pero aquel lugar hacía que la confianza que tenía en sí mismo se tambaleara.

El traje a medida que llevaba le había costado más de lo que solía pagar su madre por un año entero de alquiler de la desvencijada caravana en la que había pasado sus años adolescentes. Entonces, ¿por qué seguía sintiéndose como aquel adolescente solitario al que nadie quería y que llevaba vaqueros de segunda mano porque no había dinero para más?

«Ya basta», se dijo a sí mismo.

Aquellos sentimientos amenazaban con dar al traste con todo. Jonas apretó las mandíbulas e intentó apartarlos de su mente. El hecho era que había triunfado en la vida a pesar de que no lo había tenido fácil y que no iba a permitir que nada ni nadie diera al traste con eso.

Ni siquiera Troublesome Gulch.

El pueblo de Cagney.

Cagney.

Jonas sintió una punzada de dolor seguida de un gran enfado, que le llevó a cerrar los ojos.

Sí, para ser sincero consigo mismo, debía admitir que el problema era ella.

Había amado a aquella chiquilla más que a nada en el mundo, se había abierto a ella como no había hecho antes en la vida y como no lo había vuelto a hacer, y ella se lo había pagado rompiéndole el corazón.

Jonas estaba decidido a no volver a sentir aquel dolor jamás.

Esperaba que Cagney siguiera viviendo allí. Aunque no fuera así se enteraría del espectáculo de todas maneras. Cuando todo terminara, esperaba

que sintiera un intenso dolor.

Sabía que el canalla de su padre seguía al mando de la policía del pueblo y sabía que lo que iba a suceder lo iba a enfurecer, lo que le daba una gran satisfacción, pero su principal objetivo era Cagney.

Aun así, sentía algo... algo que lo molestaba... ¿Remordimiento? ¿Duda? Fuera lo que fuese, Cagney se merecía lo que iba a suceder.

Estar de vuelta en Troublesome Gulch hacía que volviera a sentirse como aquel adolescente al que aquella chica había traicionado la noche del baile de fin de curso. Aquella traición había matado su inocencia, le había roto el corazón y le habían endurecido tomado en su vida adulta lo habían conducido hacia aquel día, aquel lugar, aquella oportunidad de poner ciertas personas en su lugar. Había vivido para aquello, así que más le valía apartar las dudas que estaban surgiendo en su interior y disfrutar de la gloria del momento.

Jonas se metió la mano en el bolsillo y tocó el talismán que siempre llevaba con él, aquel talismán que siempre le había dado fuerza en los momentos difíciles.

Ojo por ojo.

Estaba decidido a dejar las cosas claras.

Sobre todo, quería que le quedaran claras a Cagney.

Y, luego, se iría de Troublesome Gulch y jamás miraría atrás.

Entonces, estarían iguales.

Empate.

Aquel pueblo le había dejado muy claro doce años atrás lo que pensaba de él y, aunque ahora era inmensamente rico, seguro que seguirían pensando lo mismo. Le iba a costar mucho dinero, pero, por fin, la última palabra la iba a decir él.

Cagney escuchaba distraída a Walt Hennessy, maestro de la verborrea, que estaba dando un discurso ridículo.

Sobre la mesa que tenía delante de él había un tablero cubierto por una tela roja y todos los ojos estaban pendientes de aquello. Sin duda, era la maqueta de la nueva ala del hospital, aquella ala supersecreta de la que todo el mundo había oído hablar.

Tras unos cuantos minutos más de discurso insufrible, el concejal le hizo una señal a las cuatro personas que tenían que levantar la tela roja.

—Y, sin más preámbulos, me gustaría presentarles a la persona que va a hacer posible todo esto y que es uno de los nuestros, un paisano.

¿La persona que iba a pagar la nueva ala del hospital era de Troublesome Gulch? Aquello nadie se lo esperaba y Cagney sintió curiosidad. ¿Quién sería y cómo habría conseguido pasar inadvertido? Era imposible en un lugar como Troublesome Gulch.

—Antes de que esta persona salga a saludarlos, me gustaría enseñarles la joya de la corona del hospital —concluyó Hennessy levantando los brazos —: el ala de terapia artística Ava Eberhardt —anunció de manera dramática.

Entonces, sus cuatro ayudantes retiraron la tela y todos los allí reunidos se pusieron aplaudir y a gritar emocionados. Los periodistas dispararon sus cámaras y las personas se acercaron a la maqueta.

Cagney se había quedado anonadada.

¿Ava Eberhardt?

¿Un ala de terapia artística?

La madre de Jonas nunca había sido un referente en la sociedad de aquel lugar. Más bien, todo lo contrario. Entonces, ¿quién podía ser el donante más que...?

—Y el hombre que va hacer todo esto posible, el hijo pródigo de Troublesome Gulch, el señor Jonas Eberhardt.

Cagney ahogó un grito y sintió que la vista se le nublaba hasta tal punto que temió desmayarse.

En aquel momento, el telón que había en la parte trasera del escenario se abrió, dando paso al chico con el que soñaba todas las noches, un chico que se había convertido en un hombre increíblemente guapo y, aparentemente, increíblemente rico también, un chico que la había escuchado y la había animado a hacer realidad su sueño de crear arte y ayudar a los demás, de combinar las dos cosas y ganarse la vida con ello, pero que la había abandonado en el hospital después de aquel accidente de coche la noche del baile de fin de curso, aquel chico que no la había llamado ni la había ido a ver, aquel chico que le había roto el corazón y al que, a pesar de todo, jamás había dejado de amar.

Jonas había vuelto.

Cagney sintió que las rodillas le temblaban y tuvo que apoyarse en el vehículo más cercano y tomar aire varias veces para lidiar con la miríada de emociones que sentía en su interior.

Emoción.

Miedo.

Curiosidad.

Rencor.

Enfado.

¿Por qué habría vuelto después de tantos años? ¿Por qué y cómo iba a financiar un ala hospitalaria de terapia artística cuando ése era su sueño y no el de Jonas? Y, sobre todo, ¿por qué no se lo había dicho?

La parte de ella que siempre lo había amado quería creer que aquel gesto estaba dirigido a ella, lo que la consolaba. Sin embargo, Cagney se daba cuenta de que aquello no tenía sentido. Lo más lógico era pensar que Jonas le había robado su sueño intencionadamente y que le estaba pasando por las narices su gran fracaso en la vida. Lo que estaba haciendo era recordarle que no había sido capaz de cumplir sus sueños, que había preferido un trabajo cómodo y estable.

¿Pero por qué habría de hacer algo así? Hacía doce años que no se veían y Jonas no tenía por qué saber nada de ella.

Doce larguísimos y vacíos años.

De repente, Cagney sintió que todo lo que no le gustaba de su vida se le caía encima y tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder ponerse en pie. Quería correr, esconderse, gritar y llorar, quería quitarse aquel estúpido uniforme y exigir que se le devolvieran los años perdidos.

Necesitaba hablar con Jonas en privado, aclarar las cosas y no dejar que su loca imaginación se disparara.

Sobre todo, quería mantener con él la conversación que habrían tenido que tener hacía más de diez años.

Capítulo 2

JONAS se dirigió al público en mucho menos tiempo del que había empleado Hennessy en presentarlo o, al menos, ésa fue la sensación que él tuvo. Fingiendo una sonrisa, aguantó toda la ceremonia, posó para los fotógrafos y habló con el arquitecto que había diseñado la nueva ala.

En total, no tardó más de una hora, pero, al cabo de aquel tiempo, estaba emocionalmente destrozado y quería irse a su hotel, situado en Crested Butte, el pueblo de al lado.

Aquel día estaba resultando muy raro, no estaba teniendo nada que ver con lo que él había esperado, la satisfacción que había pensado que se produciría no había llegado.

Confuso y sumamente perdido, se despidió todo lo rápido que pudo y se dirigió a la rampa que lo llevaría al garaje, donde lo estaba esperando la limusina.

Sus zapatos de piel italianos retumbaban contra el asfalto. Mientras caminaba por el aparcamiento desierto, se desabrochó la corbata y se la quitó, tomó aire profundamente, lo dejó salir, se pasó los dedos por el pelo y entonces... la vio.

Cagney.

Estaba junto a su limusina.

Jonas se paró en seco y, para su sorpresa, lo invadió una oleada de incertidumbre.

Su Cagney.

Era ella y estaba más guapa que nunca. Llevaba el pelo recogido hacia atrás, pero se le habían soltado unos cuantos cabellos. Al verlo, se puso a juguetear con los dedos y, finalmente, se cruzó de brazos, como solía hacer cuando estaba nerviosa. ¿Estaba nerviosa? Al ver que avanzaba hacia ella, lo sonrió con valentía. ¿Estaría contenta de verlo?

Jonas sintió que el corazón le daba un vuelco. Se suponía que debía odiarla.

Seguía teniendo los mismos labios. ¿Seguirían teniendo la misma textura? Y su pelo rubio y voluminoso... ¿seguiría siendo tan suave?

—Hola —lo saludó.

Jonas sintió que toda su compostura se iba al garete. En aquellos momentos, lo único que quería era estar con ella. De repente, todos sus planes de venganza se le antojaron ridículos, lo único que quería era abrazarla y asegurarle que todo estaba bien. Ahora eran adultos y el sargento Bishop no tenía nada que decir sobre su relación. Ese asqueroso canalla ni siquiera tenía por qué formar parte de sus vidas si no querían.

Jonas se dejó llevar por el impulso y por su romanticismo y dio dos pasos hacia ella, pero entonces se dio cuenta de cómo iba vestida, se dio cuenta de que llevaba el uniforme de la policía de Troublesome Gulch.

Aquello lo sorprendió sobremanera.

¿De verdad que el sargento Bishop no iba a tener cabida en sus vidas? ¿Qué vida? Si ellos nunca habían tenido una vida juntos y jamás la tendrían.

La realidad con toda su crudeza se apoderó de él y lo paralizó como una armadura, lo que le vino muy bien para sobrevivir al repentino encuentro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó tras carraspear y recubrirse el corazón de una dura tapa de cemento.

—Vivo aquí —contestó Cagney con tranquilidad.

—Pues lo siento mucho por ti —se burló Jonas enarcando una ceja.

Aquello hizo que a Cagney se le borrara la sonrisa del rostro. A continuación, ladeó la cabeza y se quedó mirándolo con sus inmensos ojos azules, aquellos ojos que siempre habían visto a través de su alma. Menos mal que Jonas había ido recubriéndola durante los años con una coraza emocional impenetrable.

—¿Qué? —le preguntó con la respiración entrecortada.

—Muy bonito el discurso que has dado —contestó Cagney.

—¿Qué quieres, Cagney?

—Una respuesta sencilla a una pregunta sencilla.

—Pues dispara porque tengo cosas que hacer —mintió Jonas.

—Muy bien —accedió Cagney esperando que Jonas la mirara a los ojos—. Si tanto odias Troublesome Gulch, ¿por qué has decidido donar tu dinero a nuestro hospital? Y, sobre todo, crear un ala de terapia artística. Me resulta bastante sorprendente.

Qué bien lo conocía.

Jonas decidió que no tenía por qué contestar a sus preguntas, así que pasó a su lado y abrió la puerta trasera de la limusina.

—¿No tienes un conductor para que se ocupe de esas cosas? —se burló Cagney.

Jonas tiró la corbata sobre el asiento trasero, se quitó la cazadora y la dejó caer también sobre el cuero. A continuación, se giró hacia Cagney. Lo desconcertó lo cerca que la tenía. Percibió el aroma de su piel, aquel olor a pino y a flores silvestres.

—No soy partidario de que nadie me abra la puerta. No es necesario. Soy perfectamente capaz de abrirla yo solo.

—Ya... ¿y entonces de qué te sirve la limusina? Se supone que todo va incluido en el mismo paquete, ¿no?

Buena pregunta.

Maldición.

—Me pareció apropiado dadas las circunstancias —contestó Jonas.

—Ah, las circunstancias —suspiró Cagney—. Eso me lleva a la pregunta que te he hecho y que no has contestado. ¿Por qué has donado todo ese dinero a este pueblo?

«Por venganza».

Ésa habría sido la verdadera respuesta.

Lo había hecho para hacerla sufrir porque ella lo había hecho sufrir, pero, por supuesto, no se atrevía a decírselo, así que apartó la mirada.

—Tal vez, lo he hecho creyendo que habrías seguido tu sueño, pero, por cómo vas vestida, veo que me he equivocado —contestó mirándola de arriba abajo.

Cagney se sonrojó de pies a cabeza, como si la hubiera abofeteado. Al instante, Jonas se sintió mal. ¿Y por qué habría de sentirse mal? Aquella mujer le había destrozado la vida, así que tenía derecho a mostrarse cruel con ella.

—Me lo podrías haber preguntado primero —le dijo encogiéndose de hombros—. Nunca me he movido de aquí y mi número está en el listín telefónico.

—A lo mejor lo he hecho por ti, Cagney. ¿Se te había ocurrido esa posibilidad? Ya veo que ha sido un error porque parece que tú has tomado otro camino en la vida.

—Estás intentando ofenderme con tus palabras, pero no creo lo que me estás diciendo —contestó Cagney.

Jonas frunció el ceño.

—¿Qué es lo que no crees?

—No creo que fueras capaz de hacer algo como esto... —contestó Cagney señalando el hospital— este ala de terapia artística... por mí.

—¿Por qué no? ¿Al final terminaste odiándome, tal y como quería tu padre?

—Es evidente que uno de los dos ha aprendido a odiar, pero has sido tú —contestó Cagney.

Jonas sabía que era cierto, así que no se molestó en negarlo en voz alta.

—No me creo que hayas querido hacer algo tan increíble por mí porque no volviste a hablarme, jamás me dejaste que te explicara lo que sucedió —insistió Cagney.

—Eso fue lo que tú elegiste.

—No —contestó Cagney poniéndose nerviosa—. Te cambiaste de universidad, Jonas. Después de lo que nos había costado conseguir ir a la misma, renunciaste a la beca que te habían concedido y desapareciste. No le dijiste a nadie dónde estabas. Perdóname que te diga, pero es evidente que el que elegiste fuiste tú.

Jonas sintió que la rabia se apoderaba de él. ¿Ahora resultaba que el culpable era él?

—¿Para qué iba a llamarte después de lo que sucedió? ¿Por qué iba a seguir adelante con nuestros planes cuando era evidente que tú no sentías nada por mí?

—¿Cómo que no? —se defendió Cagney—. Nunca me diste la oportunidad de hablar de mis sentimientos. Te fuiste. Huiste y no volví a saber de ti. En cuanto las cosas se pusieron feas, te fuiste sin decirme nada.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no?

Jonas se quedó en silencio

—Me tengo que ir —anunció.

Estaba muy enfadado.

—¿Huyendo de nuevo? —lo increpó Cagney.

—No te pases —le advirtió Jonas.

Cagney se acercó a él y lo agarró del antebrazo. Era evidente que no estaba en absoluto intimidada por su enfado.

—No he terminado.

—Pues vete haciéndolo —contestó Jonas zafándose de su mano.

—No fuiste a verme al hospital después del accidente que tuvimos la noche del baile de fin de curso —le recordó Cagney—. ¿Por qué?

Jonas no desvió la mirada, pero le costó mantenerla. Lo cierto era que no se había enterado del accidente hasta dos años después de que se hubiera producido. Cuando había leído la noticia en un resumen sobre muertes adolescentes al volante, no había respirado hasta que no había leído que Cagney había sobrevivido y, entonces, se había echado a llorar y se había odiado por ello.

—Está bien, no hace falta que me contestes —dijo Cagney con lágrimas en los ojos—. Ya no importa. Lo cierto es que te fuiste cuando más te necesitaba. Evidentemente, nuestro amor no era de verdad.

—Mira quién fue a hablar.

Cagney se quedó de piedra ante aquella contestación, pero consiguió recuperarse rápidamente.

—¿Lo ves? ¿Cómo voy a creer que vas a aparecer de repente para hacer realidad un sueño que yo abandoné hace más de diez años?

¿Hacía más de diez años que no pintaba? Jonas suponía que aquello le tendría que haber dado una gran satisfacción, pero, por alguna extraña motivo, no fue así. Así que Cagney había abandonado aquel don divino que tenía y había dejado de crear. Una lástima, una verdadera lástima, pero Jonas se dijo que aquella mujer no merecía su compasión.

—Aquella noche me quedó todo muy claro.

—¿Ah, sí? ¿Después de haber hablado con el sargento? ¿Por qué demonios te creíste lo que él te dijo? ¿Por qué no hablaste conmigo?

Jonas dudó y se cuestionó por primera vez en su vida los motivos del padre de Cagney.

—No, me quedó claro por lo que hiciste —contestó, aunque lo cierto era que lo que le había dicho el padre de Cagney le había afectado mucho.

—¿Y ya está? ¿Te fuiste por lo que te había dicho mi padre y por lo que creías que yo había hecho? —se lamentó Cagney—. ¿Te fuiste sin hablar conmigo? Jonas, me dijiste que me querías siempre.

—Yo...

Jonas sintió que se le revolvía el estómago. Lo cierto era que la rabia no le había permitido nunca ver lo sucedido desde la perspectiva de Cagney. Era cierto que la había querido, más que a su vida, pero eso ya no importaba y no iba a permitir que Cagney lo manipulara y lo hiciera quedar como el malo de la película.

—Hablar contigo no me habría servido de nada, habría sido una pérdida de tiempo —le dijo fijándose en su uniforme de nuevo—. Déjalo. Todo eso

es agua pasada, Cagney. Entre nosotros ya no hay nada.

—Claro que no hay nada, pero yo creo que deberíamos cerrar lo que no cerramos hace muchos años.

—No hace falta —contestó Jonas sacudiendo la cabeza disgustado, metiéndose en la limusina e intentando cerrar la puerta.

Pero Cagney se lo impidió.

—Huye si es lo que necesitas hacer, pero quiero que sepas que estás equivocado. Estás equivocado sobre mí y sobre lo que sucedió aquella noche y sobre muchas otras cosas, y todo esto me pone... triste.

Aquello tomó a Jonas por sorpresa. ¿Así que ahora resultaba que él estaba equivocado y que ella se entristecía? ¿Y qué pasaba con su dolor? ¿Qué pasaba con su corazón roto? Jonas sintió que el cuerpo se le revolvía y se apresuró a recurrir a aquella amargura ciega que lo había guiado durante tantos años.

—¿Y qué tal te lo pasaste en la fiesta con Tad? —le espetó.

Aquella pregunta hizo que Cagney hiciera una mueca de dolor y lo mirara como si ya no lo conociera.

—Por Dios, Jonas, Tad está muerto y con él murieron tres de mis mejores amigos. No me puedo creer lo que me acabas de decir.

Jonas apretó los puños y se maldijo a sí mismo en silencio. Por supuesto, sabía que los cuatro habían muerto y se dio cuenta de que jamás debería haber hecho referencia a ello. Debería pedirle perdón inmediatamente, pero no fue capaz de hacerlo.

—Mira, creía que íbamos a poder hablar sobre lo que ocurrió, pero es evidente que no quieres escucharme, así que no merece la pena hablar sobre el pasado. Sin embargo, me gustaría que te quedara clara una cosa sobre el futuro —le dijo Cagney—. Si has donado ese dinero al hospital en un intento inexplicable de hacerme daño, has tirado el dinero —añadió sonriendo con tristeza—. Bueno, ahora que lo pienso, no es cierto. Hay un montón de chicos a los que les va venir muy bien poder hacer terapia artística, hay mucha gente que se va a beneficiar de lo que has hecho. Siento mucho que ésa no fuera tu intención.

Jonas sintió que perdía pie. ¿Cómo demonios se le había dado la vuelta su plan de venganza?

—No tienes ni idea de cuál era mi intención y te recuerdo que yo fui uno de esos chicos necesitados, que este pueblo y tu padre me destrozaron la

vida, pero creo que es mejor que no hable mal de ese canalla ahora que juegas en su equipo.

Cagney lo miró avergonzada, pero se recuperó rápidamente.

—Está bien, soy policía y no te gusta. Peor para ti. Además, no eres el único —admitió—. ¿Y qué tal vas con tus poesías, Jonas? —lo desafió.

Aquella pregunta lo hirió de lleno. Lo cierto era que no había vuelto a escribir. Llevaba doce años sin escribir.

—¿Cuánto tardaste en traicionarte a ti misma, Cagney? —se defendió Jonas a la desesperada—. ¿Cuánto tiempo tardó tu padre en hacerte claudicar, en conseguir que renunciaras a tus sueños y te colgaras una pistola del cinturón?

—Ya basta —le advirtió Cagney mirándolo con frialdad.

Pero Jonas la ignoró.

—Claro que, a lo mejor, todo lo que hablamos y lo que soñamos era también mentira y puede que incluso nunca quisieras ser artista. A lo mejor, nuestra relación era mentira desde el principio y siempre fuiste la hija de tu padre. A lo mejor es que lo único que buscabas estando conmigo era un poco de emoción y una razón para desafiar a tu padre.

Cagney se apartó de la puerta como si le hubiera dado una descarga eléctrica y lo miró asustada, con lágrimas en los ojos.

—Oh, Dios mío. Ahora entiendo. No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no te puedes creer? —le espetó Jonas cada vez más enfadado porque lo cierto era que no podía soportar verla llorar.

—Me odias —murmuró Cagney con voz trémula—. Jamás me lo hubiera imaginado, pero es eso. Me odias.

La angustia que percibió en su voz lo destrozó. Aquello no podía estar sucediendo. Se suponía que las cosas tendrían que haber salido de otra manera. Jonas intentó recordar los doce años que había pasado preparando aquel momento, intentando buscar algo a lo que aferrarse.

El rencor, el rencor siempre le había ido bien.

—Dilo —insistió Cagney—. Ten el valor de decirlo. Me odias, ¿verdad?

Odiar implicaba pasión y la pasión estaba demasiado cerca del amor. Jonas no quería plantearse todas aquellas cosas y, menos, delante de Cagney, así que hizo lo único que podía hacer en aquellos momentos, retirarse.

—No —contestó—. Es mucho peor que eso, agente Bishop. Simplemente, no me importas lo más mínimo —mintió.

Y, dicho aquello, cerró la puerta. Desesperado por escapar de allí, le indicó a su conductor, Leon, que pusiera el vehículo en marcha.

—Eres igual que él —escuchó que Cagney le decía desde fuera—. Y lo peor es que no te das cuenta. Dios mío, Jonas, le has dejado ganar.

Jonas sintió un escalofrío por todo el cuerpo mientras todo aquello en lo que había basado su vida de adulto se desintegraba ante sus ojos. Quería escapar de aquel desastre, necesitaba alejarse de Cagney.

¿Acaso se habría equivocado con ella y con lo que había sucedido? No, claro que no. No debía ni planteárselo.

El conductor puso el motor en marcha y Cagney se quedó allí de pie, mirando la limusina. Jonas sabía que no podía verlo porque los cristales estaban ahumados, pero aun así, Cagney no dejó de mirar hacia la ventana.

Desde dentro, Jonas vio cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla. Sin embargo, Cagney permaneció en silencio, estoica, sin molestarse en limpiarse el rostro.

«Yo no soy como ese canalla», pensó Jonas apretando los dientes.

No obstante, sabía que se había convertido en una mala persona y aquello lo destrozó. Aturdido, apoyó la palma de la mano en el cristal de la ventanara y dejó que lo invadiera la pena por todo lo que habían perdido.

Doce años atrás se había metido en una trampa de culpa y rabia en la que había estado encerrado todo aquel tiempo. Ahora, se daba cuenta de que ya no quedaba nada bueno en su interior y de que, además, había perdido a Cagney.

El sargento Bishop estaría encantado.

—No te odio —murmuró Jonas mientras la única mujer a la que había amado en su vida se perdía en la distancia—, pero ya no hay nada que hacer.

Capítulo 3

TRAS una reunión de emergencia con Lexy, Erin y Faith en la que se tomaron dos pizzas familiares, una caja de bombones Godiva y tres botellas de vino, Cagney consiguió sobreponerse y dos días después del encuentro con Jonas había vuelto a ser ella misma y a pensar con claridad.

Si Jonas creía que se iba a esconder para lamerse sus heridas después del enfrentamiento en la conferencia de prensa, estaba muy equivocado. Era evidente que la vida lo había vuelto un hombre duro, pero ella también se había endurecido lo suficiente como para saber que una gran parte de la armadura de Jonas se la había colocado para protegerse.

Lo conocía bien y sabía que, bajo la fachada fría que mostraba, había un hombre vulnerable por mucho que él se empeñara en fingir que aquella persona ya no existía.

Cagney había investigado y había averiguado que había ganado su fortuna trabajando con ordenadores y que iba a quedarse en Troublesome Gulch hasta que estuviera construida el ala de terapia artística del hospital, o sea, meses.

Perfecto.

Aunque no volvieran a ser pareja nunca, para cuando se fuera, habrían vuelto a ser amigos. Cagney no sabía cómo iba a hacer exactamente para abrirse camino y conseguir romper su armadura, pero lo iba a conseguir.

Le costara lo que le costase.

Cagney había terminado su turno de patrulla y había parado en el ayuntamiento para dejar unos papeles cuando, al pasar por un despacho, oyó la voz de su padre, que gritaba iracundo. Aquello la hizo pararse y escuchar.

—Una cosa es el ala del hospital...

—No es cualquier cosa —intervino Hennessy.

—Ya, sí, muy bien, pero no necesitamos un estúpido centro juvenil —insistió su padre—. Si hay adolescentes problemáticos en este pueblo, lo que tenemos que hacer es echarlos de aquí y no recompensar su mal comportamiento poniéndoles un sitio donde ir a pasárselo bien.

—Siento decirle que no estoy en absoluto de acuerdo con usted, sargento Bishop —intervino nada más y nada menos que Jonas—. Según las estadísticas, los pueblos que tienen centros juveniles con actividades extraescolares para los chicos menos privilegiados económicamente tienen mucho menos delincuencia.

¿El sargento y Jonas en la misma habitación? Cagney decidió que no se podía perder aquello.

—Muchas gracias por tu opinión sobre la delincuencia, Eberhardt. Estoy seguro de que lo que dices lo sabes de primera mano —se burló el padre de Cagney con desprecio.

—Efectivamente. Por eso me interesa tanto este tema —le confirmó Jonas.

—Mira, yo tengo mucha más experiencia que tú en cómo hacer para que se cumpla la ley.

—Esto no tiene nada que ver con hacer cumplir la ley —intervino el alcalde Ron Blackman—. Se trata de satisfacer las necesidades de nuestra comunidad y Jonas ha tenido una idea excelente.

Cagney sonrió. El hecho de que el alcalde y los concejales de la ciudad llamaran a Jonas por su nombre de pila y estuvieran de acuerdo con él debía de estar matando al sargento.

Aquello no tenía precio.

—Lo que tenemos que hacer es darles a los chicos algo que hacer. Así, no se meterán en problemas —continuó Blackman.

—Para eso están los padres —ladró el jefe de policía.

—Bill —le dijo Walt Hennessy—, me sorprende tu actitud. Eres uno de los miembros de la comunidad que más involucrados están en su bienestar. No entiendo por qué te pones en contra de una mejora como ésta. Tú más que nadie deberías saber que no todos los niños de este pueblo tienen la suerte de contar con unos padres tan buenos como tú.

A Cagney le entraron ganas de reírse a carcajadas. ¿Cómo habría conseguido su padre engañar a todos durante tanto tiempo?

—Los padres que descuiden a sus hijos deberían ser castigados —insistió el sargento—. ¿Por qué nos tenemos que hacer cargo nosotros de sus hijos?

—Porque sus hijos son ciudadanos de Troublesome Gulch —le recordó el alcalde indignado—. Y Troublesome Gulch no es una cárcel. Tampoco es un club de campo. Es un lugar en el que vivimos personas de diferentes

estratos socioeconómicos y ninguno de los que estamos aquí somos quiénes para juzgar a nadie.

—Tenemos el deber de ofrecer servicios de calidad a nuestros ciudadanos, a todos nuestros ciudadanos —intervino una concejala—. Muchos de esos padres que, según tú, descuidan a sus hijos no pueden estar con ellos porque se ven obligados a tener varios trabajos para llegar a fin de mes.

Cagney tuvo que taparse la boca para no echarse a reír. Lo que más odiaba su padre en el mundo era que una mujer le llevara la contraria.

—En cualquier caso, no tenemos espacio suficiente para construir un lugar así —insistió el jefe de policía con satisfacción—. Además, no creo que el presupuesto anual nos dé para una tontería así, ¿no, Walt?

—Por el dinero no hay problema, de eso me encargo yo —intervino Jonas.

En aquel momento, Cagney tuvo una idea y, sin pensárselo dos veces, llamó a la puerta. Jonas, su padre, Hennessy, el alcalde y el pleno del ayuntamiento al completo la miraron.

Ella se limitó a sonreír.

—Siento mucho interrumpir, pero pasaba por delante de la puerta y he oído una parte del debate. Es que se oye todo desde fuera, ¿saben? —se disculpó—. Bueno, he entrado para decirles que creo que tengo la solución perfecta.

—Agente Bishop, ¿qué hace usted aquí? Seguro que tiene otras cosas de las que ocuparse —le contestó su padre con frialdad.

—No, no tengo ningún asunto del que ocuparme —contestó Cagney—. Acabo de terminar mi turno. No estoy de servicio.

—Pasa, pasa —la saludó el alcalde poniéndose en pie—. Supongo que todos conoceréis a Cagney, la hija pequeña de nuestro jefe de policía y una de nuestras mejores agentes.

Todos asintieron y la saludaron.

—Por favor, siéntate —le indicó Blackman—. ¿Qué se te ha ocurrido, querida? Nosotros estamos bloqueados y nos vendrá bien una nueva perspectiva.

Cagney se sentó y vio que su padre estaba rojo de ira y que Jonas parecía confundido e intrigado. Una vez sentada, puso las manos sobre la mesa y miró al grupo mientras hablaba.

—Supongo que todos saben que hace dos años compré y reformé la fábrica de sillas de montar.

—Sí, te quedó precioso ese lugar —contestó Hennessy.

—Gracias —sonrió Cagney—. Lo que no sé si sabrán es que los inspectores me dieron permiso para utilizar el lugar como propiedad residencial cuando lo hubiera terminado, pero tiene doble escrituración y también se puede utilizar para actividades comerciales. El edificio es inmenso, ya se pueden imaginar. Antes fue una fábrica. Tiene tres plantas. En total más de quince mil pies cuadrados. Yo vivo en la segunda y en la tercera planta, pero la primera, la que da a la calle, está vacía y sin reformar todavía. Tiene más de cinco mil pies cuadrados diáfanos.

—¿A qué viene todo esto, Cagney? —le espetó su padre—. Por si no te has dado cuenta, estábamos reunidos.

—Por favor, Bill —lo reprendió Hennessy frunciendo el ceño—. Déjala que hable. No es una niña pequeña.

—Es mi empleada.

—En estos momentos, es una ciudadana de Troublesome Gulch —le espetó el alcalde—. Habla, Cagney.

—Lo que quería decirles es que me encantaría ceder la planta baja de mi propiedad para que pusieran allí el centro juvenil del que estaban hablando. Al igual que Jonas, yo llevo muchos años pensando que este pueblo necesita un lugar así.

Los allí congregados se emocionaron.

—Qué idea tan ridícula —opinó su padre—. No querrás que todos los desarrapados e indeseables del pueblo se te metan en casa. Vas a necesitar presencia policial constantemente.

Su padre estaba cayendo en la trampa fácilmente.

—No hay problema por eso. Soy policía —le recordó—. Además, me llevo bien con los adolescentes problemáticos y no los considero ni desarrapados ni indeseables. Les propongo otra cosa. Estoy dispuesta a dejar de patrullar para encargarme a jornada completa de ese centro juvenil. He estado destinada en el instituto como policía y conozco a muchos de esos chicos.

—¿Estás segura, Cagney? —le preguntó Blackman—. Eres una agente de policía muy buena.

—Estoy completamente segura —contestó Cagney—. La inmensa mayoría de las poblaciones de Colorado tienen proyectos comunitarios en los que participa la policía. Nosotros no tenemos ninguno y es una

vergüenza. El cumplimiento de la ley no tiene por qué conseguirse siempre a través del castigo.

—Es cierto —murmuró Hennessy.

—En cuanto al tema económico...

—Por eso no hay problema —intervino Jonas—. Yo pagaré el centro. Cagney inclinó la cabeza.

—Muy bien, entonces lo único que nos falta es involucrar a la comunidad en el proyecto. Estoy dispuesta a hablar con los dueños de las tiendas y de las empresas para que nos donen el material necesario para la reforma. Así, el ayuntamiento y nuestro benefactor se ahorrarán algo —discurrió Cagney—. Aunque no sea necesario —añadió mirando a Jonas—. Tengo experiencia en reformas y creo que es muy importante involucrar a los habitantes de Troublesome Gulch todo lo posible.

—Un momento —ladró su padre acallando los murmullos de excitación de los demás—. Agente Bishop, esto es una insubordinación por su parte. No tendría que haber interrumpido nuestra reunión, a la que no estaba invitada, y no puede usted cambiar el lugar al que está asignada como agente de policía así como así.

—Por favor, deja de comportarte como un negrero —lo increpó el alcalde—. Todos sabemos que es tu hija y tu empleada, pero tiene treinta años, ¿no, Cagney?

—Sí.

—Además, la oferta que nos está haciendo es realmente generosa. Está dispuesta a hacer un sacrificio profesional muy grande. No hay razón para acusarla de insubordinación. Tu hija lo único que está haciendo es hacer gala de un espíritu comunitario digno de admiración. Deberías estar orgulloso de ella.

—Le deberíamos dar una medalla —añadió Hennessy.

—Además, el presupuesto de la policía se aumentó a principios de año para que pudieras contratar a otros cinco agentes, así que seguro que podrás prescindir de una de ellos por esta causa tan maravillosa —le dijo uno de los concejales más respetados de la ciudad—. ¿Por qué no tenemos ningún proyecto comunitario en el que participa la policía, Bill? —quiso saber.

Todos los presentes permanecieron en silencio.

El jefe de policía ni se molestó en contestar a la pregunta.

—Está bien, adelante con el centro juvenil, pero yo me encargo de decidir quién será el agente que lo vigile —accedió haciendo un gran esfuerzo por

ocultar la rabia que sentía.

—No, eso es inaceptable —le dijo Cagney.

—¿Cómo? —se indignó su padre.

—Si voy a ceder una parte de mi propiedad para este proyecto, quiero ser yo la agente de policía asignada al centro. Estoy seguro de que lo comprenden.

—Lo comprendemos perfectamente. Me parece una idea maravillosa y apruebo la propuesta —contestó el alcalde.

—Cuenta también con mi aprobación —añadió Hennessy mirando al jefe de policía con una ceja enarcada.

Cagney tuvo que hacer un gran esfuerzo para no estallar en carcajadas y comenzar a pegar brincos de alegría. El alcalde, los concejales y todo el pleno del ayuntamiento estaban de su parte. Ver a su padre acorralado le producía un gran placer.

El sargento no podía oponerse a su solución, que era casi perfecta, sin poner de manifiesto que era un hombre dictatorial e irracional y, como tenía que seguir manteniendo las apariencias delante de los demás, iba a tener que ceder.

¡Qué gran momento!

—Está bien —accedió por fin—. Apruebo la propuesta, aunque no me parece adecuada.

—Gracias —contestó Cagney mirando a Jonas—. ¿Qué me dice, señor Eberhardt?

—Por favor, llámame Jonas —contestó el aludido en tono serio.

—Jonas, ¿crees que el espacio que yo tengo servirá para el centro que quieres construir?

Jonas se debía de estar preguntando por qué demonios Cagney se había metido en todo aquello, pero también tenía que mantener las apariencias.

—Yo creo que, si el ayuntamiento nos ha dado su permiso, deberíamos seguir adelante con el proyecto. Gracias.

—¿Te encargas tú de los permisos necesarios o quieres que lo haga yo? —le preguntó haciéndose la inocente y dejándole la parte administrativa, que la aburría sobremanera.

—Ya me encargo yo —contestó Jonas.

—No se preocupen, las licencias y los permisos de este proyecto tienen prioridad absoluta —les aseguró el alcalde.

—Gracias —contestó Cagney—. Se me acaba de ocurrir otra idea maravillosa. ¿Por qué no me ayudas con las obras de reforma, Jonas? —le propuso regalándole una maravillosa sonrisa—. Al fin y al cabo, es tu proyecto.

—Sí, pero es tu casa.

—Insisto. Me gustaría que todo estuviera exactamente como tú quieras. Me pongo a tus órdenes.

—No me parece buena idea —intervino el jefe de policía.

—¿Por qué no? —le preguntó Hennessy.

Jonas se giró hacia él y Cagney se dio cuenta de que acababa de cambiar de opinión.

—¿Por qué no? Yo voy a poner el dinero que falte después de las donaciones de los demás, así que, ¿por qué no es buena idea?

¡Atrapado de nuevo!

Cagney se dio cuenta de que, enfrentando a aquellos dos hombres, la que ganaba era ella.

—¿Eso significa que puedo contar contigo? —le preguntó a Jonas.

Jonas la miró comprendiendo lo que acababa de hacer y asintió.

—Sí, cuenta conmigo. Me tengo que quedar por aquí hasta que esté terminada el ala del hospital, así que tengo tiempo de sobra.

—Entonces, todo arreglado —sonrió el alcalde—. A los del periódico les va a encantar esta historia —añadió pensativo—. Por cierto, ¿vosotros dos no ibais al mismo colegio?

—Sí —contestó Cagney—. Nos graduamos el mismo año y, de hecho, éramos amigos, ¿verdad, Jonas?

—Sí —contestó Jonas con prudencia.

—Lo que pasa es que hemos perdido el contacto con los años —añadió Cagney.

—Genial —sonrió el alcalde—. Voy a hacer un comunicado de prensa ahora mismo. Esta historia es realmente conmovedora, es fantástica, espléndida —se emocionó mientras los demás miembros del pleno asentían igualmente emocionados—. Cuánto me alegro, Cagney, de que hayas entrado en la reunión.

—Yo también —contestó Cagney sinceramente—. Bueno —añadió mirando a Jonas—, si tienes tiempo, nos tomamos un café en el Pinecone y vamos hablando del tema. Cuanto antes comencemos, mejor, ¿no te parece?

Capítulo 4

JONAS llegó al Pinecone antes que ella, se sentó en una mesa del fondo, pidió café para los dos y esperó.

Aquel lugar no había cambiado absolutamente nada en doce años, lo que le gustaba. Seguía oliendo a café, a tortitas y a pechuga de pollo a la parrilla.

No se podía creer que hubiera aceptado trabajar tan cerca de Cagney durante meses. Le podría haber entregado el proyecto del centro juvenil, haber contratado una cuadrilla para la reforma pagándola él y punto, pero no, no había podido dejar pasar la oportunidad de hacer enfurecer a su padre.

Qué idiotez.

Claro que había sido una delicia ver cómo Cagney se enfrentaba a él con elegancia y firmeza. Jamás le había visto hacerlo cuando eran adolescentes. Entonces, su guerra era una guerra de guerrillas destinada a pasar desapercibida.

Sí, admiraba su valor, pero no tendría que haberse dejado arrastrar. Ahora se encontraba atrapado y lo cierto era que se sentía muy vulnerable cuando estaba con ella. Trabajar codo con codo con Cagney iba resultar doloroso y peligroso.

Demasiado tarde.

En aquel momento, Cagney entró en la cafetería. Jonas se quedó mirándola mientras saludaba a unas personas. Llevaba pantalones color caqui y una camiseta verde militar que realzaba su pelo rubio y dejaba al descubierto su abdomen bronceado. Era una mujer fuerte y sensual.

Por supuesto, a él no le importaba, pero era un hombre y tenía ojos en la cara.

Cuando Cagney llegó hasta su mesa lo hizo hablando sin parar. Una de dos, o estaba ansiosa por el proyecto o estaba tan nerviosa como él.

—Vaya, gracias por pedirme un café. Mira, mientras venía para acá, venía pensando en un montón de cosas. Para empezar, no creo que vayamos a

tener problemas con los permisos para el centro porque después de la reforma que hice...

—Más despacio, más despacio —la interrumpió Jonas—. Reconozco que me ha causado mucha admiración el golpe de Estado que has hecho en el pleno el ayuntamiento, pero tenemos que hablar y aclarar unas cuantas cosas antes de ponernos manos a la obra.

Cagney se quedó mirándolo y se sentó lentamente.

—Está bien. Pongamos las normas. Como tú quieras. La pelota está en tu campo, Jonas, así que adelante.

—Sé por qué has hecho lo que has hecho.

—¿Ah, sí? —contestó Cagney llevándose el café a los labios.

—Para sacar a tu padre de sus casillas.

—En parte, sí —sonrió Cagney—. Resulta de lo más satisfactorio.

—¿Cuáles son los otros motivos?

—Me gustan los adolescentes y se me da bien trabajar con ellos —añadió encogiéndose de hombros.

—Ya —contestó Jonas sin convencimiento.

—No me insultes dando a entender que estoy utilizando la excusa de los adolescentes porque tengo otros motivos ocultos.

—¿Y no es así?

—Tú mejor que nadie sabes que crecí en una familia disfuncional. Los Bishop parecíamos una familia feliz y maravillosa, pero no era cierto. Llevo toda la vida sintiéndome una impostora y estoy segura de que habrá adolescentes a los que les pasará lo mismo.

—No te digo que no, pero no tiene nada que ver con vivir en una caravana y comer comida de lata todas las noches.

—Mira, esto no es una competición para ver quién lo pasó peor, ¿de acuerdo? Tengo trato con adolescentes constantemente y me llevo bien con ellos, los conozco y los respeto y ellos lo saben.

Jonas se arrellanó en la silla. Cagney tenía razón, pero no era eso lo que quería hablar con ella.

—Mira, quiero que sepas que no me ha gustado lo que has hecho para involucrarme en la reforma.

—Pues échate atrás —contestó Cagney como si no le importara lo más mínimo—. Contrataré a otra persona para que te reemplace. A mí lo que me importa es que el proyecto salga adelante.

—¿Lo dices en serio?

—No te estoy intentando engañar en absoluto. Ese centro para adolescentes me interesa mucho —le aseguró quedándose pensativa—. No me es fácil explicarlo, pero me siento viva por primera vez desde hace mucho tiempo. Gracias a tu idea, Jonas. Pero la verdad es que había creído que, aparte de financiar el proyecto, tu interés era más personal también.

—Claro que me interesa personalmente el proyecto, pero...

—No quieres trabajar conmigo —concluyó Cagney—. No pasa nada. Puedes decirlo. Ya me quedó claro el otro día lo que sientes hacia mí.

—Es complicado —suspiró Jonas.

—¿Por qué?

—No te hagas la tonta. Hay muchas cosas entre nosotros, Cagney. No había contado con esta dificultad. Estoy tan interesado en el centro juvenil como tú, pero la situación es... rara.

—Está bien —accedió Cagney—. Entonces, vamos a hacer un trato. El centro juvenil no tiene nada que ver con nosotros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Así que, todo lo que tenga que ver con el proyecto, lo trataremos de manera única y exclusivamente profesional. Nuestro sórdido pasado quedará al margen.

«Como si fuera tan fácil», pensó Jonas.

Apenas podía mirarla sin sentir nostalgia por lo que pudo haber sido y no fue. También sentía un deseo que parecía imposible de desafiar.

—¿Tú podrías hacerlo... eso de tratarme de manera única y exclusivamente profesional? —le preguntó.

—No es lo que prefiero hacer, pero, si no me queda más remedio, lo haré. Jonas apreciaba su sinceridad.

—Mira, Jonas, sabes perfectamente que en mi familia nadie habla de nada importante. Por eso, precisamente, a mí me gusta hablar las cosas de manera muy clara. Siempre —le recordó—. Es cierto que te has visto metido en todo esto apresuradamente y que, tal vez, necesitas poner distancia profesional entre nosotros para que el proyecto salga adelante...

—¿Por qué te hiciste policía? —le preguntó Jonas de repente.

Cagney se quedó en silencio unos segundos.

—Es una historia muy larga. Ya te la contaré otro día. Bueno, mejor dicho, si quieres que las cosas entre nosotros sean única y exclusivamente profesionales, es mejor que no te la cuente nunca.

—Cuéntamela ahora mismo.

Cagney se quedó pensativa.

—Para resumirlo, diré que me había quedado sin opciones, que estaba bloqueada. Después de que murieran mis amigos y de que tú...

Jonas bajó la mirada hacia la mesa y Cagney tomó aire.

—No fui a la universidad.

—¿Cómo? —se extrañó Jonas volviendo a mirarla.

—¿No fuiste a CSU?

Cagney negó con la cabeza.

—Me derrumbé y me pasé un año deprimida. Lo único que hacía era sentir lástima por mí misma y una terrible culpa por haber sobrevivido al accidente. Echaba mucho de menos a mis amigos y lo único que hacía era ver la televisión —le explicó desviando la mirada como si escondiera algo—. Entonces, un día, el puesto de policía apareció en mi vida y yo tenía que hacer algo, no tenía experiencia laboral, pero tenía que empezar a ganar dinero para poder irme de casa, así que acepté el trabajo. ¿Satisfecho con la respuesta?

Jonas se quedó mirándola, intentando ignorar la punzada de compasión que sentía por ella. De momento, iba a tener que conformarse con aquella respuesta aunque sabía que había más.

—¿Te gusta?

—Es un trabajo y puedo pagar las facturas.

—No parece que sea la pasión de tu vida.

—No todo el mundo tiene la suerte de trabajar en lo que verdaderamente le apasiona —contestó Cagney—. Ahora me toca a mí preguntarte. ¿Por qué no te dedicaste a escribir, que era lo que tú querías hacer?

—¿Cómo sabes que no escribo?

—Porque te conozco muy bien. Aunque te moleste, te conozco perfectamente y, a menos que seas Stephen King, escribir no da para financiar un ala entera de un hospital.

Jonas no se molestó en negarlo.

—Mi madre se puso enferma y yo me tuve que poner a trabajar para ganar dinero porque el tratamiento era muy caro. Menos mal que lo que había estudiado tenía salidas profesionales bien pagadas.

Cagney tragó saliva.

—¿Así que tú sí que fuiste a la universidad? —le preguntó.

—Sí.

Cagney asintió lentamente y a Jonas le pareció ver envidia en sus ojos.

—¿Dónde?

—En Seattle —contestó Jonas dándole un trago al café para ganar tiempo—. Le detectaron el cáncer cuando yo estaba en el último año de carrera.

—Lo siento mucho, Jonas. Tu madre era una mujer maravillosa.

—Yo también lo siento —admitió Jonas.

Lo cierto era que necesitaba desahogarse con Cagney, tal y como siempre había hecho, necesitaba contarle todos aquellos años de tratamientos, todas aquellas esperanzas que se habían desvanecido cuando el cáncer había vuelto a parecer, todos aquellos años prometiéndose a sí mismo que tenía que ser más fuerte emocionalmente que su madre.

Todos aquellos años en los que no había tenido a nadie con quien hablar.

Jonas se recordó que Cagney Bishop no era su confidente.

—¿Cuándo murió?

—Hace tres meses —contestó Jonas sintiendo un nudo en la garganta.

—Vaya, hace muy poco tiempo.

—Sí, fue una lucha muy larga.

—Supongo que puedes estar tranquilo. La ayudaste todo lo que pudiste.

—No, eso no es cierto —contestó Jonas apretando los puños—. Apenas estaba con ella, tenía mucho trabajo, tenía que ganar dinero, pero me di cuenta de que el dinero no lo es todo, Cagney.

—Tranquilo, Jonas, no te pongas a la defensiva. Estaba haciéndote un cumplido. Estoy segura de que tu madre sentía que la estabas apoyando. Tan necesario sería estar con ella en el hospital como estar ganando dinero para pagar el tratamiento médico. Sé perfectamente que el dinero no lo es todo.

—Ya, pero te has comprado un edificio histórico de quince mil pies cuadrados —se burló Jonas.

—Sí, lo compré cuando estaba abandonado y el ayuntamiento estaba pensando en derribarlo. Lo compré para salvarlo. Ya sé que no me lo has preguntado, pero lo hice con el dinero que me dio el seguro después del accidente y, para que lo sepas también, tengo una hipoteca tremenda, así que no te atrevas a acusarme de materialista.

A continuación, se hizo un incómodo silencio entre ellos.

Jonas recordó las cosas tan feas que le había dicho unos días atrás. Sabía que había almacenado mucha rabia contra ella durante los años, pero él no era así.

—Quiero decirte una cosa —declaró tras carraspear—. Quiero pedirte perdón por lo que te dije el otro día en el aparcamiento. Por lo que te dije sobre Tad y tus amigos. No suelo ser así de cruel.

—¿Te crees que no lo sé, Jonas?

—Siento mucho lo que les sucedió a Mick y a los otros, siento mucho que murieran. Eso era lo que te quería decir en realidad

—Disculpas aceptadas. Gracias —contestó Cagney—. ¿Te parece que hagamos un alto el fuego? Por lo menos mientras tengamos que trabajar juntos. Tenemos que sacar este proyecto adelante y, si no nos llevamos bien, el que saldrá ganando será el sargento. Otra vez —añadió haciendo una pausa para que las palabras hicieran impacto en Jonas.

—Me parece bien —contestó Jonas—. Por cierto, tu entrada en el pleno del ayuntamiento ha sido increíble. Le has dado una buena lección al sargento.

—Ese hombre no piensa más que en sus venganzas personales, jamás le ha importado el bien de la comunidad. Yo creo que los concejales y el alcalde se habrán dado cuenta. La resistencia que mostraba al proyecto era por ti.

—Me sigue odiando, entonces.

—Odia a todo el mundo, como de costumbre —contestó Cagney poniendo los ojos en blanco—. ¿Por qué te crees que ninguna de sus tres hijas nos hemos casado? No queremos que un hombre así nos lleve hasta el altar.

—¿Deirdre sigue en el FBI?

—Sí, está en Los Ángeles.

—¿Y Terri?

—No lo sé —contestó Cagney con tristeza—. No he vuelto a saber nada de ella desde que se fue de casa hace años.

Jonas alargó el brazo y, para sorpresa de Cagney, le apretó la mano.

—Lo siento...

—Venga, hablemos de cosas más alegres —propuso Cagney haciendo un esfuerzo por sonreír—. ¿Qué tienes pensado para el centro?

Por primera vez en más de diez años, Jonas sintió esperanzas. Si tenía cuidado, podría sobrevivir. Era cierto que Cagney era policía, pero era una buena mujer que no tenía nada que ver con su padre. Era más fuerte tanto física como emocionalmente que la última vez que la había visto, pero

seguía siendo cien por cien ella. Ahora tenía una razón para verla constantemente sin arriesgar el corazón. No era mala idea.

—Me gustaría que fuera algo muy sencillo —contestó echándose hacia atrás en la silla—. Colores vivos, muebles grandes y cómodos. Hay unas cosas que parecen vainas de judías gigantes que son increíblemente chulas. Se llaman...

—Pufs.

—¿Los conoces?

—Tengo uno, y es verdad que es lo más cómodo del mundo.

—Además, aguantan mucho. Podemos encargarnos un material que aguante y que se pueda limpiar bien. Me parecen perfectos.

—Estoy de acuerdo.

—También me gustaría poner ordenadores con Wifi —continuó Jonas.

—Buena idea, no había pensado en ello —sonrió Cagney—. Eso les gustará a los chicos.

—Es muy necesario porque hay muchos chicos a los que sus padres no les pueden comprar un ordenador y los profesores siempre te piden que entregues las cosas a ordenador. Los chicos de las familias que tienen menos dinero juegan con desventaja. ¿Qué más se me ocurre?

—Piensa en cosas divertidas.

—Muy bien. Una televisión gigante para poner películas por las noches, mesas para jugar a diferentes cosas y un karaoke —añadió Jonas—. Tiene que ser un lugar en el que se sientan valorados y queridos, un lugar en el que puedan escapar del peso de... bueno, qué te voy a contar a ti, ya lo sabes.

—Sí, lo sé muy bien —contestó Cagney mirándolo con sus penetrantes ojos azules.

—¿Qué pasa? —preguntó Jonas poniéndose nervioso.

—Eres un buen hombre y no puedes ocultarlo.

—¿Quién te dice que estaba intentando ocultarlo? —bromeó Jonas—. ¿No habíamos dicho que íbamos a mantener nuestra relación en el terreno profesional? Además, si mal no recuerdo, ha sido idea tuya.

—Sí, por supuesto, los cumplidos están completamente prohibidos aunque sean merecidos. ¿Cómo se me ha podido olvidar? Deberías despedirme —bromeó Cagney.

De repente, Jonas se sintió inmensamente cansado, pero decidió hacer un esfuerzo porque, si se ponía a bromear también, lo único que conseguiría

sería deseable todavía más y por ese camino no iban a ninguna parte.

—No es que los cumplidos estén prohibidos, Cagney, pero creo que sería mucho mejor para los dos si nos los ahorráramos.

Cagney asintió.

—Tienes razón —accedió tomando aire—. Voy a consultar la base de datos de la policía para hacer una lista de adolescentes de riesgo y así tendremos por dónde empezar. Faith nos puede echar una mano también.

—¿Quién es Faith?

—La hermana pequeña de Mick Montesantos.

—¿Pero qué edad tiene?

—Te recuerdo que el tiempo pasa para todos. Ahora es pedagoga en el instituto y trata con muchos adolescentes problemáticos.

—Vaya —suspiró Jonas dándose cuenta de la cantidad de años que había estado fuera.

En aquel momento, Cagney le hizo una señal a la camarera para que les llevara otros dos cafés.

—¿Te has casado, Jonas? —le preguntó a bocajarro cuando la camarera se hubo ido.

La pregunta lo tomó completamente por sorpresa y tardó un momento en encontrar un tono de voz neutro con el que fingir.

—No, y te estás poniendo personal otra vez.

Cagney inclinó la cabeza y se quedó en silencio.

—¿Y tú? —le preguntó Jonas sin poder controlar la curiosidad y aguantando el aliento.

—No.

Jonas intentó ignorar el increíble alivio que había sentido al oír la respuesta.

—¿Por qué no?

—Quiero que quede constancia por escrito de que tú también te estás poniendo personal...

—Olvida la pregunta.

—No, a mí no me importa contestar a las preguntas personales. De hecho, me gusta que hablemos de nosotros, así que te voy a contestar —le explicó haciendo una pausa—. Yo soñaba con un matrimonio perfecto, con encontrar a mi alma gemela, con tener una vida perfecta y una familia perfecta muy diferente a la mía, una familia en la que se pudiera hablar y

soñar y en la que todo el mundo se respetara, pero para hacer realidad esa fantasía tenía que encontrar a un compañero de vida perfecto.

—Y nunca lo encontraste, claro.

—Claro que lo encontré —contestó Cagney mirándolo fijamente—. Pero se fue.

Capítulo 5

TAL y como les había prometido Walt Hennessy, obtuvieron los permisos rápidamente y su relación personal quedó relegada a un segundo plano.

En las siguientes dos semanas, no tuvieron tiempo apenas ni de respirar, pues se las pasaron limpiando para obtener el visto bueno de los inspectores, que, finalmente, les dieron la aprobación de la instalación eléctrica y de la fontanería. A continuación, se instalaron nuevos servicios de chicos y de chicas y una pequeña cocina.

En cinco semanas, todo lo básico estuvo terminado.

Excepto su «relación».

Cagney creía que, al trabajar codo con codo, conseguiría acercarse a él, pero Jonas seguía tratándola como si fueran solamente compañeros de trabajo. Aparecía, hablaba con ella de trabajo, pagaba facturas y no compartía nada de sí mismo.

Aquella manera de tratarla, tan distante, no le gustaba en absoluto y estaba empezando a obsesionarse. Tal vez, tendría que asumir que su momento había quedado atrás, tal vez tendría que crecer y dejar de beber los vientos por un hombre que no existía en realidad, por un hombre que había dejado muy claro que no quería absolutamente nada con ella.

Pero no podía hacerlo.

No podía parar de preguntarse por qué habría vuelto Jonas en realidad a Troublesome Gulch.

Por otro lado, milagrosamente, el sargento no había dado señales de vida. Parecía que los estaba dejando en paz. Sin embargo, Cagney temía que, tarde o temprano, apareciera por algún lado.

Aun así, el lunes se despertó muy contenta. Aquel día tocaba decorar. Jonas le había dejado aquel apartado a ella. Aunque a Cagney le hubiera encantado compartir la elección de colores con él, tuvo que conformarse con recurrir a Faith.

Su amiga estaba encantada y muy involucrada con el proyecto. Muchos de sus estudiantes, por no hablar del hijo en acogida que tenía con su marido, lo iban a utilizar si todo iba bien.

Cagney estaba segura de que con lo que a ella le gustaban los colores y lo que a su amiga le gustaban las revistas de decoración, el centro juvenil iba a quedar precioso.

Así que las dos se dirigieron a la ferretería y eligieron colores y texturas, disfrutando del proceso. Aquel lugar olía a madera. Era un lugar que a Cagney le encantaba porque le recordaba la reforma que había hecho en su casa cuando había comenzado su vida adulta.

Ambas estuvieron de acuerdo en poner planchas de maíz en el suelo porque eran fáciles de limpiar y respetuosas con el medio ambiente y también porque quedaban más bonitas que el linóleo industrial.

—¿Qué te parece este color mandarina? —le preguntó Faith enseñándole una muestra cuando decidieron pasar a elegir el color de las paredes.

Cagney arrugó la nariz. Le encantaba aquel color para su casa, pero no estaba muy segura de si era el más apropiado para un centro juvenil.

—¿No nos limitaría a la hora de decorar?

—¿Pero qué dices? —se horrorizó Faith—. El naranja es el nuevo negro. No seas paleta, por favor. ¿Has visto las aulas últimamente?

—No.

—No, bueno, pues las pintan todas de blanco brillante, como si fuera un hospital, y los chicos salen del colegio sin haber tenido contacto con ningún color y locos por entrar en acción. Lo que necesitan es algo que vibre, algo salvaje y divertido, y eso es lo que debería darles el centro juvenil.

Cagney se rio.

—Está bien, tú eres la experta. Pon la muestra en el montón de «quizás» y ya lo pensaremos.

—Tienes que arriesgarte —insistió su amiga—. Deberíamos elegir colores brillantes, una mezcla funky. Te lo digo en serio. Las paredes son de ladrillo visto y las tuberías también van a quedar a la vista. Así que, si accedieras a poner paredes de colores vivos, el centro parecería un loft y a los chicos les encantaría. Confía en mí.

Cagney se quedó pensativa.

—Está bien —accedió.

A continuación, tras haber dejado fuera todas las combinaciones de blancos y de beis habidas y por haber, pues les parecían que eran las eternas elecciones de los que querían no arriesgarse, hicieron un montón con todos los colores que habían elegido.

—¿Y Jonas no quiere opinar sobre esto? —le preguntó Faith.

—¿Es tu manera nada sutil de preguntarme cómo van las cosas entre nosotros?

—Más o menos —suspiró su amiga—. ¿Qué tal os va?

—Desgraciadamente, no hay mucho que contar. Nuestro trato es cordial y profesional. Algunos días, dependiendo de si se ha despertado con el pie izquierdo o no, ni siquiera es cordial, pero siempre muy profesional. Demasiado profesional. Me estoy volviendo loca. Lleva aquí mes y medio y no he conseguido que se abra. Ni siquiera sé lo que estudió en la universidad. Me dijo que algo relacionado con los ordenadores, pero nada más. En cuanto intento sacar algún tema personal, me corta en seco —se lamentó Cagney—. Estuvimos enamorados, yo creo que tendríamos que ser capaces de por lo menos hablar de cosas como la universidad y el trabajo.

—Preciosa, aunque ahora sea millonario, te aseguro que sigue siendo tu Jonas de siempre. Lo veo en sus ojos cuando te mira.

—A ti lo que te pasa es que eres una romántica empedernida —contestó Cagney poniendo los ojos en blanco—. Esta situación no tiene nada de romántica, Faith. Haga lo que haga, no está dispuesto a hablar de qué ha hecho en la vida en estos doce años y tampoco quiere hablar de nosotros ni de nuestro pasado aunque yo estoy convencida de que una sencilla conversación aclararía lo que ocurrió y haría que nos mostráramos mucho más naturales.

—Oblígalo a hablar.

—Me temo que, si lo agobio demasiado, se irá.

—Entonces, dale tiempo.

—¿Otros doce años? —se burló Cagney—. Estoy cansada de esperar para poder empezar una nueva vida.

—Cagney, tienes una vida maravillosa y amigos que te quieren.

—Ya lo sé, no me refería a eso —contestó Cagney encogiéndose de hombros—. Olvídalo. La verdad es que no quiero seguir hablando de esto. Es una causa perdida.

—Ninguna causa está perdida si de verdad quieres luchar por ella.

—Ya —suspiró Cagney dejando las muestras de pintura sobre la mesa, echándose hacia atrás y cruzándose de brazos—. Mira, al principio, quería que retomáramos nuestra relación donde la habíamos dejado, quería que volviéramos a ser novios, pero ahora me conformaría con que volviéramos a ser amigos porque, antes de empezar a salir, fuimos amigos y lo echo

mucho de menos. Si consiguiera que Jonas quisiera ser mi amigo de nuevo, me quedaría contenta.

—Ya —contestó Faith sin convencimiento—. Si quieres volver a ser su amiga, proponle hacer las cosas que hacen los amigos. Podríais quedar para algo que no fuera trabajar y que no tuviera nada que ver con el centro juvenil.

—No puedo. Hicimos un pacto y lo peor es que fue idea mía —se lamentó Cagney.

—Bueno, pues cambias el pacto y ya está.

—No sé si Jonas está preparado.

—¿Lo estás tú?

—Tampoco lo sé. Hay días en los que creo que sí y otros en los que estoy convencida de que no —confesó—. Cuando lo perdí, pasé por uno de los peores momentos de mi vida y no quiero revivir aquello, no quiero volver a perderlo...

—¿Y si no lo vuelves a perder?

—Sé realista. Me ha dejado muy claro que lo que hubo entre nosotros ya no significa nada para él. Odia mi trabajo...

—Como tú.

—Odia a mi padre...

—Como tú.

—No, yo no odio al sargento —contestó Cagney—. Yo sólo... simplemente no me cae bien. Nada bien.

Aquello hizo que ambas se rieran.

—Cagney, lo único que importa es lo que tú quieres —le dijo su amiga agarrándola de la mano y mirándola a los ojos

Cagney no tuvo que pensarlo ni un segundo. Siempre había tenido muy claro lo que quería.

—Jonas. Lo único que quiero es recuperar al Jonas del que estaba enamorada. Ni siquiera sé si sigue existiendo, pero quiero abrir una brecha en el muro que ha erigido a su alrededor aunque me tenga que romper la cabeza.

—Si quieres estar con él, no te queda más remedio que ser tú la que lles las riendas —le confirmó Faith.

—¿Y cómo lo hago sin que se asuste y se vaya?

—No lo sé. Yo creía que os iba a resultar fácil en cuanto empezarais a pasar tiempo juntos... seguro que encontrarás la manera. Tú siempre has

sido muy fuerte.

—¿Yo?

—Sí, tú —insistió Faith.

—Pero si soy la debilidad personificada. Si hubiera sido fuerte, habría mandado al sargento a freír espárragos hace mucho y sería artista y no policía.

—Eso no es cierto. Tu padre te puso entre la espada y la pared cuando estabas fatal y no tenías elección. Te recuerdo que te dijo que te tenías que ir de casa o meterte en la academia de policía. ¿Qué ibas a hacer? Acabadas de cumplir veinte años y estabas deprimida.

—Sí, y así sigo varios años después.

—Aunque no te guste tu trabajo, eres una buena policía.

—¿Y a quién le importa eso? Me dejé dominar y ahora estoy en un callejón sin salida.

—Si de verdad lo quieres, puedes cambiar de trabajo. Tienes toda la vida por delante. Bueno, en realidad, ya estás cambiando. Ahora vas a trabajar la jornada completa en el centro juvenil. Por algo se empieza.

—Sí.

—Cagney, puedes hacerlo. Eres una superviviente. Mira cómo conseguiste que Jonas accediera a trabajar contigo enfrentándolo a tu padre. Eres un genio.

—Gracias, pero no quiero que esté conmigo por la misma razón. Si no quiere estar conmigo, de verdad, prefiero quedarme con mis recuerdos que seguir adelante.

—¿Y si no fuera así?

—Todo indica que no quiere nada conmigo.

—No estoy de acuerdo —le dijo Faith jugando con unas muestras de pintura—. Sé que lo negará siempre, pero todos sabemos que la verdadera razón de que Jonas Eberhardt haya vuelto a Troublesome Gulch es para vengarse de ti. Cree que tú le hiciste daño adrede. Tú y yo sabemos que se equivoca completamente, pero eso es lo que él cree. ¿Entiendes por dónde voy? Nadie quiere vengarse de una persona si esa persona no supone absolutamente nada en su vida.

—Pero me dijo que yo no significaba absolutamente nada para él, Faith. Me lo dijo muy claro.

—Claro. ¿Y qué te iba a decir? ¿Querías que te dijera: «No he podido parar de pensar en ti durante estos doce años»?

—Bueno, no, pero...

—El hombre tiene su orgullo.

—El orgullo no sirve para nada.

—No, pero existe. Ya te perdió una vez y debió de sufrir mucho, así que no creo que esté dispuesto a volver a arriesgar el corazón frente a su primer amor.

—No sé si fui un amor de verdad para él.

—Sabes perfectamente que te quería.

Cagney se quedó pensativa.

—Sí, de acuerdo, me quiso, pero eso fue hace muchos años.

—Y ahora vuelve a Troublesome Gulch y decide quedarse unos meses. Podría haberse ido después de la conferencia de prensa, pero no lo ha hecho. Se ha quedado y está trabajando contigo —insistió Faith mirando a su amiga sonriente—. Creo que eso deja claro que hay algo más aparte del deseo de vengarse de tu padre.

Cagney sabía que su amiga tenía razón, pero no quería hablar con Jonas de aquello, prefería quedarse con la curiosidad que asustarlo.

—Ya veremos lo que ocurre —concluyó eligiendo la muestra de pintura de color mandarina—. La verdad es que me gusta ésta y también me gusta tu idea de darle una apariencia de loft urbano al centro —añadió eligiendo unos cuantos colores más—. Mira, con el ciruela, y estos dos verdes, el pistacho y el jade queda fenomenal, ¿no te parece? No tiene nada que ver con el blanco hospital, ¿eh?

—No, ni tampoco con lo que estábamos hablando. Menudo cambio de conversación.

Cagney sonrió y siguió adelante con el proyecto del centro.

—Quería pedirte una cosa. ¿Qué te parece si les propusiéramos a unos cuantos grafiteros que pintaran la pared de detrás del karaoke? Yo creo que quedaría genial.

—Es una idea estupenda. Tengo unos cuantos chicos en el colegio que son unos verdaderos artistas.

—Estupendo. Quiero a los mejores. Diles que, por supuesto, se les pagará.

—Si hemos terminado de elegir los colores, te dejo porque cierta señorita que yo me sé se va a poner a berrear de un momento a otro —se despidió Faith poniéndose en pie.

—Faith, te he escuchado —le dijo Cagney poniéndole la mano en el brazo antes de que se fuera—. Quiero decirte que te he escuchado con respecto a

Jonas y que gracias por escucharme tú a mí.

—De nada. Yo lo único que quiero es verte feliz —se despidió Faith—. Por cierto, a ver si la próxima vez me cuentas tú las cosas y no te las tengo que estar sacando con cuchara.

—Entendido —se rio Cagney.

Una vez a solas, disfrutó del olor a madera recién cortada y se dio cuenta de que, por primera vez en varias semanas, se sentía esperanzada.

Capítulo 6

SIN embargo, la animosidad entre Jonas y ella el día que quedaron para pintar quedó patente desde el principio.

—¿Estás segura de que a los chicos les van a gustar estos colores? —le preguntó Jonas por enésima vez en cuatro horas.

Estaban haciendo rayas horizontales de tres pies a lo largo de toda la estancia. Los preparativos habían sido monumentales y aburridos y a Cagney no le estaba haciendo ninguna gracia que Jonas cuestionara continuamente su gusto artístico.

Antes jamás ponía en tela de juicio sus elecciones artísticas.

«Recuerda que ya no eres una artista», se dijo.

—Si querías elegir tú los colores de la pintura, haber venido a la tienda a dar tu opinión en lugar de poner cualquier excusa —le espetó Cagney mojando el rodillo en el verde jade.

—No estoy poniendo en duda tu elección, pero...

—Eso es exactamente lo que estás haciendo —lo interrumpió Cagney girándose hacia él—. ¡Me has hecho la misma pregunta mil veces!

—Vaya, parece que te has levantado con el pie izquierdo.

—Mira quién fue a hablar —le espetó Cagney furiosa—. Claro que, ¿qué sabrás tú con qué pie me he levantado si ni siquiera has querido subir a mi casa?

—¿Perdón?

—Trabajamos todos los días justo debajo y no has mostrado ningún interés en ver el lugar que tardé dos años en reformar con sangre, sudor y lágrimas. Bonita amistad la nuestra. Menuda broma —se indignó.

—Pero...

—No, si no hace falta que te expliques. Lo comprendo todo perfectamente —le espetó—. No hace falta que hablemos de ello una y otra vez hasta que me explote la cabeza. Entiendo perfectamente que está prohibido que hablemos de nuestras vidas privadas y personales. Sólo podemos hablar del centro, ¿verdad? Muy bien, pues fenomenal. Hablemos del centro. Me dijiste que eligiera los colores de pintura y eso fue lo que

hice. Si no te gustan, te aguantas. Preferiblemente, en silencio, por favor —concluyó girándose de nuevo hacia la pared, dispuesta a volver a pintar.

—Cag...

—¡Déjame en paz!

Jonas se quedó mirándola con la boca abierta.

—Voy a por un café —anunció Cagney—. Estoy hasta las narices de todos los hombres de mi vida. Os creéis que podéis imponerme vuestras normas —añadió yendo hacia la puerta.

Jonas se acercó a ella y la tomó del brazo.

—Espera un momento. Lo siento. Es cierto que hoy no hemos empezado muy bien. A mí también me cuesta —le explicó.

—Porque tú quieres —le dijo Cagney más calmada—. No tendría por qué ser así, ¿no lo entiendes?

Jonas dudó.

—No podemos fingir que nunca estuvimos juntos y que nunca nos quisimos. Es una idiotez. Estoy harta de hablar de cosas superficiales todos los días. Quiero hablar contigo de verdad, quiero hablar de la vida y de cosas importantes, como solíamos hacer —añadió poniéndole la palma de la mano en el pecho y sintiendo la imperiosa necesidad de apoyar la cabeza en su hombro—. Si no puede ser, prefiero que no hablemos. Tú tienes tus condiciones y yo las mías.

Jonas se quedó en silencio y la sorprendió retirándole un mechón de pelo de la cara. Era la primera vez que la tocaba desde que había vuelto y Cagney se quedó sin respiración. La atracción que siempre había habido entre ellos seguía allí.

—Mira, los dos tenemos mucho trabajo y muchas presiones, así que te propongo que nos tomemos un café y descansemos un rato. Así, podremos hablar.

—¿Hablar de verdad?

—Claro que sí. No tenemos mucho tiempo, pero vamos a hablar. Ya voy yo a por los cafés.

Cagney sonrió encantada.

—Fenomenal. A mí me gusta...

—Sé cómo te gusta el café, Cagney —le aseguró Jonas.

A continuación, salió por la puerta y Cagney se quedó sola, sonriendo como una tonta.

Así que Jonas sabía cómo le gustaba tomar el café.

Así que iban a hablar.

Borracha de felicidad, se puso a bailar hasta que, cansada, se dejó caer en el suelo y se quedó mirando el techo. No había reformado aquel espacio porque siempre había soñado con montar allí su estudio de pintura, pero lo que estaba haciendo era todavía mejor porque lo estaba haciendo con Jonas. Estaban construyendo algo juntos.

A lo mejor, podría dar clases de dibujo a los niños. Se suponía que aquel centro juvenil iba a trabajar estrechamente con el ala de terapia artística del hospital.

Cagney sintió una profunda emoción. Tal vez, después de todo, hubiera posibilidades de llevarse bien con Jonas e incluso de que pudiera surgir algo romántico de nuevo entre ellos.

Cagney cerró los ojos y se imaginó haciendo el amor con él en aquel preciso lugar. Lo había deseado durante tanto tiempo que no pudo evitarlo. Se vio a sí misma desnuda, tumbada sobre el suelo de planchas de maíz, dejando que años y años de deseo se apoderaran de ella, acariciando la piel desnuda de Jonas.

¿Y por qué no? Tal vez pudiera convencerlo. Eran adultos y podían hacer lo que quisieran. Además, las ventanas del edificio estaban tapadas con papel marrón porque estaban pintando, así que no los vería nadie.

En cualquier caso, el riesgo de que alguien pudiera sorprenderlos la excitaba todavía más. Cagney sentía todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo bailando de deseo cuando oyó que se abría la puerta.

—Qué rapidez —dijo abriendo los ojos e incorporándose sobre los codos.

Inmediatamente, la fantasía quedó congelada y Cagney se puso en pie rápidamente.

—Sargento —saludó sintiendo que el corazón le latía aceleradamente, como si su padre la hubiera sorprendido haciendo lo que estaba imaginando—. No sabía que ibas a pasar por aquí hoy.

Su padre, de mal humor como de costumbre, se apoyó en el marco de la puerta y se quedó mirando a su alrededor como si fuera un burdel.

—¿Para esto te paga el departamento de policía, para estar tumbada en el suelo en lugar de trabajando?

Ni siquiera le había dado los buenos días. Como de costumbre.

—Para que lo sepas, llevamos trabajando desde las seis de la mañana —contestó Cagney cruzándose de brazos—. Y, por las noches, yo me suelo quedar hasta tarde. En cualquier caso, no tienes derecho a juzgar mi trabajo.

—Juzgo lo que me da la gana porque trabajas para mí, así que contesta a mi pregunta. ¿Se puede saber qué hacías tumbada en el suelo?

—Hemos hecho un descanso para tomar un café.

—Pues yo no veo café por ninguna parte —se burló su padre con sarcasmo.

—Jonas ha ido a comprarlo —le explicó Cagney.

—Oh, qué bonito, Jonas ha ido a por café —se burló el sargento entrando y paseándose, mirando las paredes—. ¿Y estos colores tan horribles?

Cagney sintió que la furia se apoderaba de ella y decidió que no la iba a reprimir. Desde que había comenzado con aquel proyecto se sentía más fuerte que nunca.

—Estos colores los hemos elegido para que les gusten a los chicos. Esto es un centro juvenil, no una cárcel, y la decoración la elijo yo. ¿Qué quieres, sargento?

—¿Cómo que qué quiero? Este edificio está en mi jurisdicción y puedo entrar aquí cuando me dé la gana.

—No, te recuerdo que estás en mi casa —contestó Cagney levantando el mentón en actitud desafiante.

—Ahora es del ayuntamiento, desde que se te ocurrió entrar en el pleno a humillarme y a ofenderme como hija y como empleada.

Así que era eso.

—No te humillé en ningún momento. Te humillaste tú solito. Te equivocaste aunque no lo quieras admitir.

—No me hables así.

—Te hablo como me da la gana —le espetó Cagney—. Tú te atreves a entrar aquí sin avisar y a criticar mi trabajo, así que yo te digo lo que pienso.

Su padre se quedó en silencio, mirándola estupefacto.

—Claro, desde que has vuelto a ver a ese chico, de repente, vuelves a ser poco respetuosa y quieres hacer lo que te dé la gana.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero tengo treinta años y Jonas, también, así que ya no somos unos chicos. Aquí el único que no muestra respeto por los demás eres tú.

—El respeto hay que ganárselo, Cagney —le dijo su padre para herirla.

—Qué irónico viniendo de ti —le espetó Cagney irritada—. Por cierto, si recuerdas bien mis años adolescentes, te darás cuenta de que nunca te falté al respeto. De hecho, me arrepiento de haber sido tan sumisa, de no

haberme parecido más a Terri. Claro que ya no soy una niña. Pero nada de esto tiene nada que ver con Jonas. Soy yo y sólo yo —le aclaró con las mismas palabras que había empleado muchos años atrás.

—No tendría que haberte permitido que compraras este lugar —le dijo su padre mirándola de arriba abajo como si no valiera nada—. Te crees que puedes hacer lo que te dé la gana.

—Por supuesto que puedo hacer lo que me dé la gana porque es mi vida —contestó Cagney—. En cualquier caso, no podrías haber hecho nada para impedir que comprara este edificio porque el dinero era mío y me lo gasté en lo que me dio la gana —añadió elevando el tono de voz—. No soy de tu propiedad y nunca te he pedido nada.

—Olvidas que ese dinero llegó a ti porque me desafiaste —contestó el sargento riéndose con crueldad.

—¿Cómo dices? —le preguntó Cagney confusa.

—Si no me hubieras desafiado, jamás te habrías montado en ese coche con tus amigos y las botellas de alcohol que habías robado de casa.

Cagney no se podía creer que su padre siguiera recordando aquello después de tantos años. Después de lo que había ocurrido, los padres de los demás habían mejorado la relación con sus hijos. Él, no.

—Exacto. Habría estado con Jonas. A salvo.

—Sí, con el vestido por la cintura y las bragas en las rodillas, que es lo que quieren los chicos como él.

—Me das náuseas —le espetó Cagney—. No tienes ni idea de cómo era mi relación con Jonas.

—Di lo que quieras, pero yo sé que hice lo que debía. La culpable de todo lo que pasó eres tú. Tú mataste al pobre Tad Rivers por egoísmo y tendrás que vivir con ello.

Cagney sintió que el dolor y la rabia se apoderaban de ella. Le temblaban las manos y el corazón le latía desbocado.

—¡Yo no he matado nunca a nadie! —gritó iracunda—. Tú me obligaste a salir con él.

—¿Y también te obligué a conducir borracha?

—Sé perfectamente que hubieras preferido que me matara en el accidente —lo acusó—. ¡Vete ahora mismo de mi casa! ¡Y no vuelvas!

—¡Ten cuidado con lo que dices! —le gritó el sargento acercándose a ella hasta que sus rostros quedaron a pocos milímetros de distancia.

En aquella ocasión, su padre se había pasado de la raya. Si creía que la iba a acobardar, estaba muy equivocado.

—¡Vete al infierno! Fuera de aquí. ¿Qué pasa? ¿Por qué no te vas? ¿Acaso me quieres pegar? Venga, adelante. Me encantaría que montaras un escándalo así.

—Ya estoy harto de ti.

—Pues lárgate —insistió Cagney gritando mientras le temblaba todo el cuerpo—. Estaba trabajando y me has interrumpido. ¡Vete ahora mismo! ¡Fuera!

Jonas oyó los gritos desde la calle y comenzó a correr dispuesto a tirar la bandeja con los cafés y los bollos.

Al llegar a la puerta, se paró en seco y miró a Cagney y a la persona con la que estaba discutiendo, que no era otra que su padre.

—¿Qué ocurre? Se os oye desde fuera.

—Vaya, mira quién está aquí —se burló el sargento.

—¿Estás bien? —le preguntó Jonas a Cagney ignorando a su padre.

Cagney negó con la cabeza.

—No te atrevas a insinuar que le he hecho daño a mi hija.

—No lo estoy insinuando. Lo estoy afirmando —contestó Jonas en absoluto intimidado—. Sé perfectamente que le has hecho daño en incontables ocasiones y que eso no te ha impedido dormir como un angelito porque eres un bastardo que lo único que quiere es...

—Jonas, no le hagas ni caso —le dijo Cagney—. El sargento ya se iba.

—Yo no he dicho en ningún momento que me fuera a ir —la contradijo su padre.

Jonas miró a Cagney y se dio cuenta de que su padre tenía que haber dicho algo horrible porque estaba pálida y llorosa.

—Ya has oído a la señorita. Vete ahora mismo, Bill. Tenemos que trabajar —le dijo abriéndole la puerta.

—¿Y si no quiero irme, a quién vas a llamar? ¿A la policía? —se burló a pesar de que era obvio que le había molestado que Jonas lo llamara por su nombre de pila.

—Un hombre que de verdad tiene poder no necesita amenazar a los demás.

—Yo creo que un hombre de verdad no vuelve a un pueblo en el que nunca lo quisieron —le contestó el jefe de policía, que no estaba acostumbrado a que nadie lo retara y que estaba rojo de indignación.

—¡Ya basta! —gritó Cagney—. Jonas, no le hagas caso.

—Fuera de aquí, canalla asqueroso —le dijo Jonas—. Tus palabras no me hacen daño y, en cuanto a tu hija, creo que ya la has torturado bastante.

El jefe de policía se acercó a la puerta y se giró hacia su hija.

—No te olvides de lo que te he dicho —le dijo desde allí antes de irse.

Jonas cerró la puerta con llave en cuanto el jefe de policía hubo salido y, a continuación, dejó la bandeja en el suelo, se acercó a Cagney a toda velocidad y la miró a los ojos.

—¿Qué te ha dicho? ¿Estás bien?

No, no estaba bien. Estaba pálida y tenía la mirada perdida. Aunque iba en contra de las normas establecidas, Jonas la tomó entre sus brazos y le acarició la espalda. Cagney estalló en lágrimas. Mientras la consolaba, Jonas intentó no darle importancia a que su pelo oliera a pera y a vainilla, intentó no percatarse de cómo sus curvas se acoplaban perfectamente a sus ángulos.

Qué maravilloso era volver a tener a Cagney entre sus brazos.

Pero era imposible.

—Me ha acusado de haber matado a Tad por egoísmo. Como si yo no me sintiera suficientemente culpable ya.

Jonas cerró los ojos y siguió acariciándole la espalda y el pelo.

—Tranquila, todo eso fue hace mucho tiempo. Olvídalo, Cagney, y olvídate también de tu padre. Se ha ido.

—Pero volverá. Siempre vuelve —se lamentó Cagney—. Mi vida es un desastre por su culpa. Ya sé que es ridículo. Tengo treinta años, pero me tiene paralizada.

—¿Por qué dejas que sea así?

—No tengo elección. Yo solita me metí en la trampa. Supongo que estará encantado. Es mi jefe y tengo una hipoteca y unas responsabilidades. La única relación que tengo con él es profesional. Corté mi relación personal con él hace mucho tiempo. Por eso, no veo a mi madre todo lo que quiero. Es el precio que tuve que pagar —le explicó con tristeza.

—Pues a mí me parece que te controla la vida mucho más allá de lo meramente profesional —recapacitó Jonas.

—Sí, bueno, ya le conoces. Intenta, efectivamente, meterse en otros aspectos de mi vida. Siempre ha intentado controlarme.

—¿Has considerado la posibilidad de irte de Troublesome Gulch? A mí me fue muy bien.

—¿Para qué? ¿Para ir a la universidad con treinta años? ¿Para empezar en otra comisaría en la que no conozca a nadie? No, gracias. Mi hogar está aquí, mis amigos están aquí, mi casa y todo lo que quiero está aquí.

—Sí, y también tu padre, que te vuelve loca.

—No pienso dejar que me aleje de este lugar al que adoro como hizo con Terri. Algo debe de tener cuando tú has vuelto después de tantos años...

Jonas se sintió increíblemente culpable al recordar el verdadero motivo que le había llevado a volver.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó al ver que todavía estaba llorando.

—Simplemente, abrázame —contestó Cagney—. Ya sé que me odias, pero...

—No te odio —le aseguró Jonas—. Pero es complicado.

—Estoy harta de las cosas complicadas, Jonas. Estoy harta de los juegos y del miedo y de los remordimientos y de lo que no fue pero me hubiera gustado que fuera, estoy harta de tener que ir con pies de plomo y de intentar adelantarme al sargento en todo, estoy harta de las políticas del departamento, de las políticas de la ciudad y de las políticas personales, estoy harta de las políticas entre tú y yo. Estoy harta de todo.

—Te entiendo.

—Nunca creí que mi vida fuera a ser así. Nunca creí que nuestra vida fuera a ser así.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros.

Cagney se rio con amargura.

—Toda mi vida gira en torno a nosotros, a lo que fuimos y a lo que ya no somos. No lo entiendes, pero es así. La situación se me está yendo de las manos. No tengo manera de controlarla. Estoy muy cansada. Ya no puedo más. Intentar mantener todo bajo control me agota.

—Pues deja de hacerlo.

—No sé cómo se hace...

Jonas se limitó a abrazarla y a acariciarle el pelo durante un rato más.

—No debes permitir que tu padre te estropee las cosas buenas de la vida —le dijo—. Lo que estamos haciendo aquí, en el centro, es genial. Debes

concentrarte en eso.

—Pero si no te gustan los colores que he elegido para las paredes.

—Es que son un poco chillones.

—A los adolescentes les encantan los colores chillones.

—Tienes toda la razón del mundo. Estaba pensando como un empresario de treinta años y no como un patinador de quince. Lo siento.

—¿Acabas de decir que tengo razón?

—Sí, he dicho que tienes toda la razón del mundo y, además, te he pedido perdón.

—No me lo puedo creer.

Jonas la apartó lentamente de su cuerpo.

—¿Nos tomamos el café? Te he traído un bollo de chocolate blanco relleno de arándanos. ¿Te siguen gustando?

—¿A quién no le iba a gustar una cosa tan rica? —contestó Cagney limpiándose las lágrimas de la cara—. Gracias —añadió—. Ya sé que te prometí que nuestra relación iba a ser estrictamente profesional, pero...

—No te preocupes, Cagney. Conozco bien a tu padre y sé de lo que es capaz. Además, todos necesitamos un abrazo de vez en cuando.

—Entonces, ¿todo bien?

—Todo bien —contestó Jonas poniéndose en pie con la intención de ir a por la bandeja—. Podríamos poner esas mantas allí para sentarnos —añadió.

—O podríamos subir a mi casa —sugirió Cagney mordiéndose el labio inferior—. Muebles de verdad, vistas maravillosas y reforma excelente.

Por una parte, Jonas quería aceptar la invitación, pero sabía que podía ser peligroso para ambos porque la atracción física que había entre ellos estaba viva y Jonas no quería volver a arriesgar el corazón.

—Aquí abajo estamos bien —contestó agachándose a por la bandeja—. Así, me voy familiarizando con los colores —añadió guiñándole el ojo.

Así que se sentaron en el suelo, uno frente al otro, con cinco mil pies cuadrados alrededor. Aun así, a Cagney le pareció de lo más íntimo. Habían sorteado un obstáculo emocional y lo habían hecho, irónicamente, gracias al sargento.

Quería disfrutar del momento, pues parecían más unidos que nunca desde que se habían vuelto a encontrar.

Tras probar el bollo y el café, Cagney decidió que había llegado el momento de investigar en la vida de Jonas.

—¿Te gustó Seattle? —le preguntó.

—Sí, la verdad es que me encantó. Esa zona del Pacífico es muy verde y limpia. Además, la gente es agradable.

—No la conozco —comentó Cagney.

Lo cierto era que jamás había salido de Troublesome Gulch.

—Así que estudiaste informática en la universidad —añadió.

—Sí.

—Muy pragmático por tu parte —bromeó.

—La verdad es que también tiene un aspecto muy creativo si te lo permites.

—¿Y cómo te ganabas la vida? —quiso saber Cagney.

—Estuve un tiempo haciendo programación, pero cuando se produjo la crisis de las .com nos echaron a todos.

—Vaya, lo siento.

—No, en realidad fue una oportunidad maravillosa, lo mejor que me ha pasado en la vida profesional.

—¿Y eso?

—Al quedarme sin trabajo, me puse a diseñar con un amigo de la universidad un buscador de Internet que fue muy bien.

—¿Hicisteis un buscador? ¿De verdad? ¿Cuál?

Jonas le dijo el nombre con mucha tranquilidad y Cagney sintió que los ojos se le abrían como platos.

—No me lo puedo creer... —murmuró.

Eso quería decir que a Jonas no es que le hubieran ido bien las cosas, sino que había llegado a lo más alto de su profesión.

—¿De verdad que tú diseñaste eso?

—Sí.

—Jonas, es increíble y lo dices como si tal cosa —se maravilló Cagney—. A ver si lo he entendido bien. Lo que hiciste es como un Google, ¿no?

—Sí, de hecho, nosotros hicimos el nuestro antes de que apareciera Google —le explicó Jonas—. Cuando salimos a Bolsa, el éxito fue espectacular y, al cabo de unos años, vendimos la empresa por una cifra inimaginable.

—Vaya —se maravilló Cagney con una sonrisa radiante—. Así que no tendrás que volver a trabajar nunca —añadió.

—Todos trabajamos de una manera o de otra —contestó Jonas sintiéndose incómodo de repente—. En estos momentos de mi vida, la filantropía es mi trabajo.

Cagney se dio cuenta de que se había puesto a la defensiva e intentó arreglarlo.

—Bueno, claro, la filantropía es un tipo de trabajo, por supuesto. Lo que quería decir es que puedes elegir y sólo tienes treinta años. Es increíble —aclaró sinceramente orgullosa de él—. Eres uno de esos tipos con suerte a los que les ha ido bien y sobre los que los demás, pobres mortales normales y corrientes, leemos en las revistas.

Jonas apartó la mirada.

Cagney se dio cuenta de que estaba incómodo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Soy una persona normal y corriente al que la vida le ha sonreído después de mucho trabajo. Me lo merecía después de todo lo que había sufrido.

—Por supuesto que sí —contestó Cagney con demasiado entusiasmo—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Por qué? ¿Acaso importa?

Cagney se dio cuenta de que la situación se le estaba yendo de las manos. Lo que había comenzado como algo amistoso se estaba convirtiendo en una batalla campal.

—No, no importa, pero me parece muy emocionante y supongo que será algo que quieres compartir con los que... bueno, lo que quiero decir es que supongo que estarás muy orgulloso de ti mismo.

—Estoy acostumbrado. Es mi vida.

Aunque él estuviera acostumbrado, para Cagney era algo completamente nuevo y quería saber más. El hecho de que una persona de Troublesome Gulch hubiera llegado tan lejos era increíble. Y no cualquier persona, sino aquel chico del que su padre había dicho siempre que no llegaría a nada.

Al recordar aquello, Cagney se rio.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Jonas.

—Imagínate lo que pensará el sargento cuando se entere.

Jonas la miró furioso y Cagney sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Me importa un pimiento lo que piense tu padre. No tengo necesidad de impresionarlo.

Cagney se quedó helada.

—¿Y crees que yo sí?

—Eso parece.

—Pues no.

Jonas se terminó el café y se puso en pie.

—Para ser sinceros, si cuando vivía aquí en una caravana no era lo suficientemente bueno ni para el bastardo del sargento ni para cualquier otra persona de este pueblo, me importa un pimiento lo que cualquiera de ellos, o tú, penséis de mí ahora que puedo comprar la ciudad entera.

—Jonas... —suspiró Cagney confusa—. Estás malinterpretando mis palabras. A mí siempre me pareciste lo suficientemente bueno. La verdad es que eras demasiado bueno para mí.

—Ya —contestó Jonas cerrándose en banda.

Cagney se dio cuenta de que todo el progreso que habían hecho hasta entonces se evaporaba. ¿Qué había ocurrido? Lo único que había hecho había sido hacerle un cumplido y darle la enhorabuena por lo que había conseguido en la vida.

—Lo siento, no ha sido mi intención...

—Vamos a dejar el tema. No quiero seguir hablando de esto. Venga, que tenemos que pintar.

Cagney sintió que el café le daba ardor en el estómago y se puso en pie sintiéndose inútil y odiándose por ello.

—Mira, si he dicho algo que te ha ofendido...

—No, no pasa nada, olvídale —insistió Jonas poniéndose muy serio—. Tengo que pasarme por el hospital luego y me gustaría haber terminado de pintar antes.

Cagney sintió que la frustración se apoderaba de ella. Había intentado ser franca y tener una comunicación directa con Jonas desde el principio, pero, por lo visto, no podía ser.

—Mira, si vas mal de tiempo, puedo llamar a unos cuantos amigos para que vengan a ayudarme, no hay problema.

—Soy perfectamente capaz de cumplir con mis compromisos. Lo único que quiero es terminar cuanto antes —contestó Jonas.

Para Cagney, el centro juvenil no era un proyecto que hubiera que terminar cuanto antes, pero, impávida, observó cómo Jonas se subía a la escalera y comenzaba a pintar de nuevo.

La estaba ignorando por completo, como si no estuviera allí.

Bueno, ella podía hacer lo mismo.

El problema era que no quería entrar a jugar a esos juegos con Jonas.

Sintiéndose confundida y perdida, volvió a agarrar su rodillo y se puso a pintar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y no se molestó en ocultarlas. De cualquier manera, Jonas no la iba a mirar, así que no la iba a ver.

Aquello era increíble.

Una conversación que había ido de mal a mejor y, de repente, volvían al punto de partida. No se podían comunicar. Otra prueba de que el amor que había habido entre ellos jamás volvería.

La oportunidad de ser pareja había quedado atrás hacía años.

Capítulo 7

TENÍA que cambiar de actitud.

No podía continuar pagándolo todo con Cagney. No era justo y no era propio de él. Lo que pasaba era que Cagney se le metía dentro como ningún otra persona lo había hecho jamás y le hacía perder el control.

Excusas, excusas.

Jonas se sentó en el balcón de su hotel en Crested Butte y apoyó un pie en la barandilla. El sol estaba a punto de ponerse y la vista era maravillosa, pero él no podía dejar de reprocharse lo que había hecho.

La había dejado llorando, por Dios, llorando y sola en mitad de un almacén vacío. Había preferido fingir que no se daba cuenta, lo que demostraba que era un bestia. Y todo porque no sabía cómo pedirle perdón

Sí, era un canalla frío y distante, como el sargento, tal y como ella le había dicho.

Maldición.

Cagney se había mostrado emocionada por lo bien que le había ido en la vida y él, a pesar de que se creía mejor que su padre, había actuado como un bastardo.

«Eres igual que él. Dios mío, Jonas, le has dejado ganar».

Aquellas palabras que Cagney le había dicho lo dañaron como un cuchillo y Jonas cerró los ojos para apartarlas de su mente, pero no le dio resultado.

Aquel ciclo disfuncional y sin fin en el que se sucedían la proximidad, el malentendido y el arrepentimiento tenía que parar.

Tenía que terminar con aquello, pero no sabía cómo hacerlo. No se le daban bien las relaciones. Seguramente, por falta de práctica y de buenos ejemplos a su alrededor, pero lo que sí sabía era que quería arreglar las cosas con Cagney, que ya había sufrido bastante.

Jonas se quedó mirando las montañas y se sintió solo. Ahora que ya no tenía a su madre, no tenía a nadie.

Lo único que tenía era una increíble cuenta bancaria y un gran montón de pesares, y lo peor era que él era el culpable de todo.

En aquel momento, el timbre de su teléfono móvil lo sacó de sus pensamientos.

—¿Sí? —contestó rezando para que fuera ella y poder pedirle perdón.

—Jonas Dagnamit Eberhardt —contestó su mejor amigo con aquel acento suyo de Jersey—. Estás muy serio, ¿no?

Oír la voz de Tony Petronelli, su socio, lo hizo sonreír.

¡Qué gusto oír la voz de un amigo!

—Bueno, no, me estoy tomando una cerveza y mirando el atardecer...

—Pues yo estoy en Antigua, ya sabes el Caribe, playa, mar y una preciosa mujer a mi lado, por supuesto... mmm...

—Supongo que esa preciosa mujer será Kelli —comentó Jonas refiriéndose a la novia de toda la vida de Tony—. Si es otra, me presento ahí y te pegó un bofetón.

—Por supuesto que es mi Kelli. Por eso te llamo precisamente.

—No te entiendo.

—¡Nos vamos a casar! —exclamó la aludida por detrás, riéndose a continuación.

—Efectivamente —corroboró Tony—. Se lo he pedido y me ha dicho que sí. Estamos como locos.

—Enhorabuena —les dijo Jonas sinceramente aunque no sin cierta envidia—. Lo digo en serio. Kelli es una mujer maravillosa a la que no te mereces en absoluto —bromeó.

—Gracias, gracias.

—¿Y ha aceptado llamarse Kelli Petronelli una vez casada?

—Sí, bueno, ha decidido que va a unir su apellido y el mío para ser Kelli MacNamara-Petronelli. Yo ya le he dicho muchas veces que es mejor llevar el apellido de una bailarina de estriptis de Atlanta que un apellido de veinticuatro letras pero no... ¡ay!

—¿Te ha dado?

—Sí.

—Bien hecho. Pásamela.

—Jonas, cariño, cuánto te echamos de menos —le dijo Kelli—. Deberías dejar lo que estés haciendo inmediatamente y venirte aquí. Hace un tiempo maravilloso y el nuevo yate es precioso.

A Jonas le hubiera encantado, pero, por alguna extraña razón, sentía que no tenía derecho a llevar una vida tan placentera. Había trabajado mucho, pero sólo lo había hecho para vengarse...

—Yo también os echo mucho de menos y me encantaría ir, pero tengo dos proyectos muy grandes abiertos y en estos momentos no me puedo marchar. Enhorabuena de todas maneras.

—Gracias. Vendrás a la boda, ¿verdad? No vamos a hacer nada formal, será una boda en la arena, descalzos.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—¿Y tú has encontrado ya a alguien especial?

Jonas pensó en Cagney, pero se apresuró a apartar su imagen de la mente.

—No estoy buscando a nadie, Kelli —contestó a la evasiva—. Ya sabes que soy adicto al trabajo.

—Estás loco. No te puedes pasar la vida trabajando. ¿Qué pasa con el amor, la familia y los hijos? ¿A quién vas a abrazar cuando seas mayor?

Jonas cerró los ojos e intentó no pensar en el futuro.

—Ahora que Tony se lleva a la mejor mujer del mundo, ya no hay nada que hacer.

Kelli se rio.

—Tú siempre tan bromista —le dijo con cariño—. Sigues colgado de esa chica de hace tantos años, ¿verdad?

Jonas dio un respingo. ¿Por qué eran tan intuitivas las mujeres?

—No sé de qué me estás hablando —mintió.

—Ya —contestó Kelli—. ¿Dónde estás?

—En Colorado —confesó Jonas.

—¿En el pueblo en el que fuiste al instituto? —le preguntó Kelli sabiendo muy bien lo que preguntaba.

—Sí, he venido a construir un ala nueva en el hospital. Sólo por eso.

—Claro. Muy generoso por tu parte teniendo en cuenta que se supone que odias ese sitio.

—Lo odio.

—Sí, sí. ¿Y ya la has visto?

Jonas dudó.

—Supongo que eso quiere decir que sí. ¿Se ha casado?

Jonas suspiró.

Era absurdo intentar evitar las preguntas de Kelli porque aquella mujer siempre obtenía las respuestas que buscaba.

—No, no se ha casado, pero da igual.

—No, no da igual. La vida no da igual.

—Mira, no he vuelto a Troublesome Gulch para volver a ver a Cagney. Ya me rompió el corazón una vez.

—¿Y qué? Eso fue hace millones de años, ¿no?

—Eh...

—Por lo que recuerdo que me has contado, fue un malentendido que se produjo la noche del baile de fin de curso. Seguro que ella ya lo ha superado, así que tú también deberías hacerlo.

—Aunque lo hiciera, su mundo y el mío no tienen nada que ver.

—¿Y qué? Estamos en el siglo XXI y los mundos se mezclan.

—Ya, puede, pero yo no soy bienvenido en el suyo. Prefiero no insistir, Kelli. Hay demasiado pasado entre nosotros y quiero poder dormir por las noches con la conciencia tranquila y el corazón sereno.

—Tony quiere volver a hablar contigo, pero antes de devolverle el teléfono te quiero hacer una pregunta, una pregunta a la que no hace falta que me contestes.

—Qué bien, qué buena pregunta.

—¿Duermes con la conciencia tranquila y el corazón sereno ahora que ella no forma parte de tu vida?

Jonas palideció.

—Bueno, te paso a Tony. Te queremos mucho, Jonas. No lo olvides.

Jonas tragó saliva.

—Yo también os quiero —consiguió contestar.

—Así que de confidencias con mi futura esposa, ¿eh? —bromeó Tony cuando recuperó el teléfono.

—Más o menos. Ya sabes cómo son las mujeres. Todas quieren que la vida sea un precioso cuento de hadas.

—Puede serlo —le dijo Tony poniéndose serio—. Siempre y cuando encuentres a la princesa adecuada.

Jonas tomó aire y lo soltó sonoramente. Lo que le faltaba era que su mejor amigo también se pusiera del lado de Kelli. Evidentemente, el Caribe le debía de haber derretido el cerebro.

—Tony, me ha encantado hablar con vosotros y de verdad que me alegro mucho de que os vayáis a casar, pero te tengo que dejar.

—¿Estás bien?

—Sí, pero es que he quedado para cenar con la gente del Consejo de Dirección del hospital —mintió Jonas en tono jovial.

Qué bien se le daba decir una cosa aunque sintiera otra. No se sentía muy orgulloso de algo así, pero a veces era una herramienta muy útil.

—Ya te lo he dicho en otras ocasiones y espero no tener que volver a repetírtelo. Trabajas demasiado y no te diviertes en absoluto —le dijo Tony.

El trabajo era su salvación, eso era lo que no entendían sus amigos.

—Sí, tienes razón. En cuanto termine con estos proyectos, me voy a veros. Lo prometo.

—Llámame cuando quieras —le dijo Tony—. Te lo digo en serio y, si necesitas hablar de algo profundo e importante, te paso a Kelli.

Jonas se rio.

—Muy bien. En cuanto tengáis la fecha de la boda, decídmelo.

—Claro que sí.

Dicho aquello, se despidieron y colgaron.

El sol se había puesto por detrás de los picos de las montañas mientras Jonas hablaba con sus amigos. Ahora se sentía más solo que nunca, más solo que antes de la llamada telefónica.

Se sentía vacío.

Y lo cierto era que no dormía con la conciencia tranquila ni el corazón sereno desde que había vuelto a ver a Cagney.

Había llegado el momento de hacer algo.

Su vida nunca había sido un cuento de hadas, pero todavía estaba a tiempo de cambiar las cosas.

Después de que el día anterior Jonas se hubiera ido sin ni siquiera despedirse, dejándola llorando y exhausta después de todo el día trabajando, Cagney había tirado la toalla.

Era imposible que se reconciliaran.

Lo había intentado y no había podido ser. Era evidente que Jonas no quería nada con ella, así que iba a tener que hacer como él, iba a tener que sacar fuerzas de donde fuera para cerrar de una vez por todas lo que había habido entre ellos.

A la mañana siguiente, se despertó muy pronto. Apenas había dormido. Estaba nerviosa y había ensayado una y otra vez en su mente lo que quería decirle. Había tardado horas en encontrar el tono de voz adecuado.

Jonas llegó con una bandeja con café y bollos de nuevo y le sonrió.

—Hola —la saludó.

El detalle de que le hubiera llevado el desayuno la emocionó, pero Cagney se dijo que no debía permitir que aquello la apartara de su objetivo.

—Hola —le contestó—. Me alegro de que hayas llegado porque tenemos que hablar.

—Yo también quería decirte una cosa —sonrió Jonas avanzando hacia el lugar en el que habían hablado la noche anterior—. Las mujeres primero.

Cagney tomó aire profundamente y se sentó.

—Lo de ayer fue terrible —declaró sinceramente—. Cuando te fuiste, estuve pensando mucho.

—Yo, también —contestó Jonas.

—Espera un momento, por favor —le rogó Cagney—. Déjame terminar. Necesito sacar todo lo que tengo dentro.

Jonas asintió con la cabeza.

—Mira, yo creía que algún día nos volveríamos a encontrar, hablaríamos y volveríamos a enamorarnos, nos daríamos cuenta de que nunca hemos dejado de ser almas gemelas... pero estaba equivocada y te pido disculpas.

Jonas, que se estaba tomando su café en aquellos momentos, se quedó de piedra. Cagney se dio cuenta de que había obrado algún tipo de metamorfosis en su rostro, pero la ignoró.

—Creo que no ha sido justo por mi parte intentar reanudar una relación contigo cuando es evidente que los dos tenemos vidas diferentes. Es normal, ¿no? Han pasado doce años.

—Claro —contestó Jonas.

Cagney asintió a pesar del dolor que estaba sintiendo.

—Bueno, veo que estás de acuerdo, así que está todo dicho. Quiero que sepas que, a partir de ahora, no volveré a intentar que haya nada entre nosotros —añadió riéndose nerviosa—. La verdad es que era absurdo. Fuiste mi primer amor, que es algo muy bonito, pero han pasado muchos años y ahora tenemos vidas muy diferentes. Tú eres un filántropo con mucho dinero que se mueve con la alta sociedad y yo no soy más que una chica de pueblo, a ti no te gusta nada vivir aquí y a mí me encanta, tú tienes mucho dinero y yo no tengo nada —le explicó encogiéndose de hombros—. Ayer me quedó muy claro que tú no querías nada conmigo y creo que tienes razón, así que está todo claro.

—Todo claro —repitió Jonas.

—Me alegro porque supongo que, cuando lo del hospital y el centro estén terminados, te irás, encontrarás otra causa en la que invertir tu dinero, ¿no?

—Sí, claro —mintió Jonas—. Eso era lo que tenía pensado.

—Quiero que seamos sinceros el uno con el otro. Me parece bien que te vayas. Ahora comprendo que me estaba comportando como una adolescente enamorada, pero que ese amor murió hace mucho tiempo y no va a resurgir.

—Muy bien.

—No habría funcionado de todas maneras, ¿verdad?

Jonas se encogió de hombros.

Cagney sintió que la tristeza se apoderaba de ella y se quedó mirando la taza que tenía entre las manos. Acababa de poner fin a algo que, si por ella hubiera sido, no habría muerto jamás.

—Entonces, a partir de ahora, ¿cómo quieres que sean las cosas entre nosotros? —le preguntó Jonas.

—Como tú querías —contestó Cagney—. Nos vemos, trabajamos juntos y ya está, yo no te pregunto nada de tu vida personal y tú no me preguntas a mí nada de la mía, nos olvidamos de todo lo que sucedió entre nosotros hace años, cada uno se va a su casa y lleva su vida, tal y como llevamos haciendo estos últimos doce años.

—¿Eso es lo que quieres de verdad? ¿Es suficiente para ti?

«¡No! ¡Lo que quiero es estar contigo! Hoy, mañana y el resto de mi vida», pensó Cagney.

—Sí —contestó sin embargo—. Eso es lo que quiero.

—Muy bien. Entonces, dalo por hecho —le aseguró Jonas.

Qué fácil.

Cagney le dio un sorbo al café a pesar de que se le había formado un nudo en la garganta.

—Estupendo. Ahora te toca a ti.

—¿Cómo?

—¿No habías dicho que me querías contar una cosa?

—Ah —recapacitó Jonas—. Bueno, no nada, no tenía importancia.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

Cagney tomó aire para hallar fuerzas para seguir adelante.

—¿Nos ponemos manos a la obra entonces?

—Claro que sí —contestó Jonas poniéndose en pie.

—Jonas...

—Dime.

Cagney parecía nerviosa de repente.

—Siento mucho haber tardado tanto en darme cuenta de lo que tú querías y siento lo que sucedió ayer.

—Yo sí que lo siento —contestó Jonas tragando saliva.

Cagney se intentó convencer a sí misma de que Jonas y ella habían creado un silencio cómodo en el que trabajar, pero, en realidad, lo que habían hecho había sido empezar a ignorarse el uno al otro.

Jonas no le hablaba más de lo estrictamente necesario.

Ella no le hablaba más de lo estrictamente necesario.

Estuvieron trabajando sin apenas dirigirse la palabra. Cagney lo sorprendió mirándola en un par de ocasiones y una vez le dio la impresión de que quería decirle algo, pero no lo hizo.

Mejor.

Así era más fácil.

Cagney no quería volver a sufrir y, como era una experta en bloquear las emociones para no sentir, se concentró en el trabajo.

La reforma del centro juvenil iba viento en popa y eso era lo único que importaba. Faith había hablado con un grupo de chavales que estaban como locos por ponerse a hacer grafitis. Al frente de ellos estaba su hijo adoptivo, Jason Cole.

Cagney quedó con ellos para que se pasaran por el centro el sábado. Aquel mismo sábado había quedado con sus amigos, tal y como hacía una vez al mes, para cenar en su casa. En aquella ocasión, se iba a atrever a preparar una receta nueva.

De no haber cambiado las cosas entre Jonas y ella, lo habría invitado e incluso lo habría presionado para que fuera. Seguro que él habría declinado la invitación y ella habría insistido hasta que la situación habría explotado en una discusión.

Nada de eso iba a ocurrir.

Jonas podía hacer lo que le apeteciera los sábados por la noche, pero primero los chicos tenían que hacer sus grafitis y, para ello, había que mover unos cuantos muebles.

Jason se acercó tímidamente a Cagney para mostrarle el boceto que había hecho y pedirle su opinión antes de que el grupo se pusiera a pintar.

—Agente Bishop...

—Por favor, llámame Cagney —le dijo Cagney sonriendo.

—Muy bien —sonrió el chaval mojándose los labios—. Quería enseñarle esto... es la idea que tengo para la pared... quería ver qué le parecía, bueno, que me diera el visto bueno antes de que los chicos se pongan a pintar... ya sabe... —le explicó algo preocupado.

Cagney miró el dibujo y se quedó anonadada.

—Esto es increíble.

—Si no le gusta, lo puedo cambiar —se apresuró a decirle el chico.

—No, cariño, me refiero a que es increíblemente bueno —le explicó Cagney poniéndole las manos en los hombros.

—¿De verdad? —se sorprendió Jason—. Temía que no le gustara porque... como usted es una artista de verdad y esas cosas.

Cagney sintió una punzada de pesar por las oportunidades que había dejado escapar en la vida.

—¿Yo? El verdadero artista aquí eres tú —le aseguró—. ¿Saben Faith y Brody el talento que tienes?

—Bueno, sólo lo hago para pasar el rato —contestó Jason sonrojándose.

—Pues deberías hacerlo para ganarte la vida. De verdad. Eres realmente bueno —contestó Cagney—. El próximo año vas a la universidad, ¿verdad?

El chico asintió.

—Dile a Faith que yo te he aconsejado que pidas el ingreso en el Instituto de Arte de Colorado. Bueno, la voy a ver esta noche, así que ya se lo diré yo.

—Muchas gracias —contestó Jason realmente encantado.

A continuación, mientras Cagney se disponía a comenzar a mover los muebles, se dirigió hacia Jonas para pedirle su opinión.

Unas cuantas horas después, Cagney había movido todos los pufs, la mesa de juegos y los ordenadores, había instalado y probado el televisor y el equipo de música y estaba terminando de instalar el karaoke y las luces del escenario.

Todo ello sin intercambiar una sola palabra con Jonas.

Debería sentirse triunfante, pero no era así.

Se sentía sola.

Los cinco adolescentes, con Jason a la cabeza, habían terminado el grafiti, que había quedado todavía más bonito que en el boceto. Se trataba de una ciudad de rascacielos llena de superhéroes adolescentes, una imagen que irradiaba luz y esperanza.

Cagney les dio las gracias varias veces, les entregó un sobre con dinero en pago por su aportación y los invitó a quedarse a tomar un helado, pero todos pusieron excusas y se fueron.

Así eran los adolescentes, nunca tenían tiempo para charlar un rato. A lo mejor era porque ella era policia.

Un rato después, se dio cuenta de que tenía que hablar con Jonas. Ya no lo podía retrasar más. Después de tantos días sin dirigirse la palabra, se le hacía extraño.

—¿Puedes cerrar tú? —le dijo—. Tengo invitados y me gustaría subir a casa a arreglarme.

—Por supuesto —contestó Jonas sin apartar la mirada del ordenador en el que estaba trabajando.

—Los chicos han hecho un trabajo estupendo, ¿verdad? —le preguntó Cagney intentando conversar un poco.

—Sí.

«Vaya, entusiasmo».

—¿Te gusta cómo han quedado los muebles?

—Sí, claro que sí —contestó Jonas sin ni siquiera mirar a su alrededor.

—Bueno... hasta luego —se despidió Cagney.

Jonas apenas emitió un gruñido.

Cagney se dijo que no importaba, que aquello era lo que le había pedido, así que tomó el ascensor hasta su santuario dispuesta a dejar atrás la tensión del día y a prepararse para una fabulosa cena con gente que la quería.

Jonas no era su problema.

Entonces, ¿por qué le dolía tanto lo que estaba sucediendo entre ellos?

La noche anterior había limpiado la casa, así que se pudo permitir el lujo de servirse una copa de vino, ponerse un baño y mirar hacia el futuro inmediato.

Diversión, amigos y comida.

Su vida de verdad.

¿Quién necesitaba una pareja con la que compartir?

Jonas estaba sentado en el coche, en la puerta de casa de Cagney. Era de noche y el loft iluminado se veía desde la calle. Desde allí, la vio encender velas, poner flores y abrir unas cuantas botellas de vino. ¿Sabría Cagney lo fácil que era ver su vida desde la calle? ¿Le importaría?

Dios mío, qué guapa estaba.

En aquel momento, unas luces le advirtieron de que llegaba un coche. Jonas tuvo tiempo justo para agacharse antes de que Lexy aparcara su coche especial para minusválidos justo detrás de él. En cuanto se metió en casa de Cagney, Jonas aprovechó para alejarse de allí. No quería que lo sorprendieran espiándola.

Lo cierto era que le hubiera encantado que Cagney lo hubiera incluido en aquella cena. Cagney tenía amigos y vida mientras que él lo único que tenía era una suite de hotel vacía.

Por desgracia, las cosas se habían torcido tanto entre ellos que ni siquiera sabía cómo comenzar a arreglarlas. Cagney le había dejado muy claro que pasaba de él y él había decidido que lo mínimo que podía hacer era respetar su decisión.

Así que, en lugar de haber reunido valor para decirle que había cambiado de opinión y que quería tener una segunda oportunidad con ella, había accedido a lo que Cagney le había expuesto.

No se había resistido lo más mínimo.

Le había parecido que se ahorraría muchos problemas, pero no estaba siendo así. Se encontraba cada vez más triste. Sobre todo porque sabía que el centro juvenil no tardaría en estar terminado.

Los amigos de Cagney fueron llegando, aceptaron una copa de vino y, como de costumbre, Nate y Brody se dirigieron al salón mientras las chicas iban hacia la cocina. A Cagney le encantaba aquel ritual. Su casa hervía de energía, conversación y risas y la cocina estaba bañada en aromas deliciosos.

Aquella era su vida de verdad. No había razón para sentirse melancólica. No estaba sola en absoluto.

«¿A quién estoy intentando engañar?», se preguntó apartando aquella idea insidiosa rápidamente de su cabeza.

—¿Te ayudo? —le preguntó Lexy maniobrando su silla hasta la amplia isla que había en el centro de la cocina.

Faith y Erin entraron detrás de ella, cada una con su bebé en brazos.

—No, gracias —contestó Cagney—. Lo único que queda es revolver la ensalada. Los filetes de avestruz estarán listos en cualquier momento —añadió intentando sonreír—. ¿Algo nuevo que contar?

—Yo no —contestó Erin—. Por lo que he visto, el centro está quedando fenomenal —añadió.

—Sí, va muy bien —contestó Cagney intentando sonar entusiasmada.

Por el rabillo del ojo vio que Erin y Faith se miraban.

—¿Qué ocurre? —les preguntó—. ¿Por qué os habéis mirado así? —insistió al ver que sus amigas se hacían las inocentes—. Os he visto mirándoos como si ocurriera algo, así que no finjáis.

Ni Faith ni Erin dijeron nada.

—Es algo del centro, ¿no? ¿No os gustan los colores? Decídmelo, por favor. ¿Son los muebles?

Kelli carraspeó y Erin le entregó el pequeño Nate a Lexy.

—Todo está precioso, de verdad, pero nos gustaría saber qué tal va tu relación con Jonas —le preguntó sinceramente.

—Bueno —contestó Cagney poniéndose nerviosa al instante—. Ya sabéis cómo es Jonas. Estamos igual que siempre. Nuestra relación es estrictamente laboral. Lo cierto es que no me apetece mucho hablar de él.

—Ya, pero ese lugar está a cargo de los dos —intervino Kelli.

—De momento —contestó Cagney—. En cuanto los dos proyectos que tiene abiertos en Troublesome Gulch estén terminados, se irá.

—¿De verdad? —le preguntó Faith—. Qué raro... el otro día lo vi con Miranda Welks.

Cagney sintió que el corazón le daba un vuelco e intentó mantener la compostura.

—Estará saliendo con ella.

—¿Cómo va estar saliendo Jonas con Miranda Welks? —contestó Faith.

—No parecía una cita —les explicó Lexy—. Jonas estaba sentado en el despacho de ella, en la inmobiliaria, y Miranda le estaba sacando cosas por la impresora.

—Si estuvieran saliendo, tú lo sabrías, ¿no? —le preguntó Erin a Cagney.

—No —contestó ella—. No hablamos de cosas personales. En cualquier caso, no entiendo por qué estamos hablando de esto. ¿Qué ocurre?

Faith volvió a carraspear.

—Brody y yo hemos hablado con Jason cuando ha vuelto de hacer el grafiti, le hemos preguntado qué tal lo había pasado y esas cosas.

—Jason es un artista increíble. La verdad es que todos los chicos han hecho un trabajo precioso —comentó Cagney muy orgullosa—. ¿Qué te ha dicho Jason? —añadió al comprender que sucedía algo.

—Nos ha dicho que lo de hacer el grafiti ha estado fenomenal, pero que los chicos y él estaban como locos por irse del centro.

Cagney la miró conmocionada.

—Siento tener que decírtelo —se disculpó su amiga.

Cagney sintió que las manos le temblaban, así que dejó los cubiertos de madera con los que estaba revolviendo la ensalada y le dio un buen trago al vino. Sentía las piernas tan débiles que tuvo que apoyarse contra la nevera. Menudo golpe. Había puesto muchas expectativas en aquel centro. Se lo había tomado incluso como un cambio de profesión. La idea de tener que volver a patrullar se le hacía insoportable.

—Así que a los primeros adolescentes que han entrado en el centro no les ha gustado. ¿Te ha dicho por qué?

—No, no me has entendido. El centro les ha encantado, pero...

—No se han sentido cómodos —concluyó Erin.

Cagney las miró sorprendida.

—¿Cómo? Os aseguro que me he esforzado para que se sintieran como en casa —contestó Cagney sinceramente.

No se había entrometido en el trabajo de los chicos, les había comprado la comida e incluso se había ofrecido a invitarlos a helado.

—Muy bien, así que, a pesar de que me he esforzado todo lo que he podido en crear un paraíso, no ha funcionado. ¿Me podéis decir por qué? Parece que habéis estado hablando de ello antes de venir y lo tenéis claro —les preguntó a sus amigas.

—Por Jonas y por ti —confesó Erin.

Cagney no se esperaba aquello en absoluto y tuvo que darle otro trago al vino para poder reaccionar.

—Jason nos ha contado que la tensión entre vosotros es tan patente que le recordó el clima que vivía en su casa con sus padres. Ya sabes que era espantoso —le explicó Faith con cariño—. Lo siento mucho, pero eso es lo que ha dicho. Literalmente.

Avergonzada, Cagney decidió que, por mucho que le doliera, tenía que seguir adelante con aquella conversación.

—Quiero saberlo absolutamente todo.

—Cagney, estos chicos vienen de hogares destrozados donde había peleas constantes y donde se mascaba tensión —le recordó su amiga tomándola de la mano.

—Ya lo sé —contestó Cagney poniéndose a la defensiva—. Pero Jonas y yo no nos hemos peleado en ningún momento.

—No, pero, por lo visto, no os habláis.

Cagney sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Los chicos que van a frecuentar ese centro captan inmediatamente esas cosas —puntualizó Lexy.

—Tienes razón —murmuró Cagney.

—Por lo visto, la animosidad que hay entre Jonas y tú se masca.

—Si quieres que el centro sea un lugar de respiro para los chicos, no puede estar impregnado de esa vibración —añadió Erin.

—La verdad es que Jonas y yo no nos odiamos —recapitó Cagney—. Creía que habíamos encontrado la manera de poder trabajar juntos.

—¿Fingiendo que el otro no existe? —le preguntó Faith.

—Yo no diría tanto —mintió Cagney desviando la mirada.

—Eso es lo que me ha dicho Jason.

Cagney se quedó pensativa. Cuando se había ido de casa de sus padres, se había prometido a sí misma no perpetuar aquel estilo de vida y ahora resultaba que Jonas y ella habían caído en el mismo patrón.

¿Cómo demonios había sucedido aquello?

—Os agradezco que me hayáis abierto los ojos —dijo al cabo de unos segundos—. Jonas y yo hemos intentado que nuestra relación fuera meramente profesional, pero, por lo visto, estamos dejando que los asuntos personales que no tenemos solucionados se interpongan entre nosotros y hagan del centro un lugar en el que no se puede estar. Voy a hablar con él —les prometió a sus amigas—. Os quiero mucho —añadió inclinándose hasta quedar a la altura de la silla de ruedas de Lexy y abriendo los brazos para abrazar a las demás—. Quiero hacer las cosas bien y os doy las gracias por vuestra ayuda.

Las cuatro se abrazaron.

—¿Me queréis decir alguna cosa más antes de cenar? —les preguntó.

—Sí, una cosa —contestó Erin poniéndose seria.

Cagney se preparó para el golpe de gracia.

—Esos pufs son realmente geniales.

Aquello hizo que las cuatro estallaran en carcajadas y las risas evaporaron la tensión.

—Sí, son muy chulos, ¿verdad? —contestó Cagney sonriendo de nuevo—. Bueno, vale ya de hablar. Vamos a cenar —anunció llamando a los

maridos.

Mientras servía la cena y por primera vez desde que organizaba aquellas reuniones mensuales, sintió la tremenda necesidad de estar a solas.

Tenía planes que coordinar.

Capítulo 8

EL teléfono móvil de Jonas sonó poco después de la una de la madrugada. Le hubiera gustado poder decir que lo despertó de un sueño profundo y reparador, pero no fue así, pues llevaba tumbado en la cama desde que se había acostado, preguntándose lo que estarían haciendo Cagney y sus amigos.

Patético.

—¿Sí? —contestó sin mirar la pantalla para comprobar quién era.

—Tenemos que hablar.

—¿Cagney? —preguntó Jonas incorporándose.

—Sí, soy yo —suspiró Cagney—. Siento mucho molestarte. ¿Podríamos vernos en el centro dentro de media hora?

—Sí, claro que sí, pero... ¿ocurre algo?

—Ocurren muchas cosas —contestó Cagney en tono exhausto—, pero quiero hablar contigo cara a cara.

—Muy bien, ahora mismo salgo para allá.

Media hora después, Jonas estaban entrando en el centro juvenil. Encontró a Cagney sentada con las piernas cruzadas sobre un puf naranja, tomándose un café. Estaba en pijama y llevaba el pelo suelto.

—Hola —lo saludó al verlo.

—Hola —contestó Jonas.

—Hay café recién hecho —le dijo Cagney señalando la cocina—. La botella de Baileys está al lado de la cafetera.

Jonas se sirvió un café y le añadió un buen chorro del licor porque, a juzgar por la expresión facial de Cagney, lo iba a necesitar. Evidentemente, había ocurrido algo terrible porque Cagney parecía deprimida.

A continuación, se sentó en el puf color ciruela, frente a ella.

—¿Qué tal la cena?

—Iluminadora —contestó Cagney—. ¿Cómo sabías que iba a dar una cena?

—Tengo orejas para oír y me funcionan bien. ¿Por qué dices que ha sido iluminadora?

—Por eso te he llamado precisamente. Tenemos un gran problema.

—¿Tú y yo?

—Sí el centro... es decir, tú y yo.

—¿Ha ocurrido algo con alguna de las licencias? ¿El sargento ha puesto algún impedimento?

—No, es mucho peor. Es un asunto con los clientes.

—No te entiendo.

—A los chicos no les ha gustado nada este lugar.

Jonas la miró sorprendido.

—¿Qué chicos? ¿Los que han venido a hacer el grafiti?

Cagney asintió.

Imposible.

—¿Qué es lo que no les ha gustado?

—Nosotros.

—¿Nosotros?

—Por favor, deja de repetir todo lo que yo digo —contestó Cagney tomando aire.

A continuación, haciendo un gran esfuerzo, le contó lo que sus amigas le habían dicho sin omitir ni un sólo detalle.

Cuando terminó, Jonas se sentía tan devastado como ella. Era consciente de que ninguno de ellos había querido perpetuar el patrón de familia disfuncional que habían vivido, pero, aun así, no lo habían conseguido, se habían visto atrapados en lo mismo.

—Eso es terrible —declaró.

—Estoy de acuerdo —contestó Cagney.

—Tenemos que darle la vuelta a la situación.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué podemos hacer?

—Llevo pensando en ello toda la noche —contestó Cagney dejando la taza de café en el suelo—. Tenemos un par de opciones. La primera es que yo me retire del proyecto. Le puedo pedir al sargento que asigne a otro policía al centro.

—No. Te encanta estar aquí con los adolescentes. El centro no sería lo mismo sin ti —declaró Jonas—. Me iré yo —añadió apesadumbrado.

No quería abandonar el proyecto y, sobre todo, no quería vivir sin ver a Cagney todos los días, pero no quedaba otra salida.

—Eso tampoco serviría de nada —contestó Cagney—. El proyecto inicial era tuyo y quiero que sigas en él.

Jonas se quedó pensativo.

—Ninguno de los dos quiere abandonar el proyecto —recapacitó—. Entonces, ¿qué hacemos?

—Sólo se me ocurre una cosa y no te va gustar —contestó Cagney sonriendo con tristeza.

—Dispara.

Cagney se mordió el labio inferior y se quedó mirándolo fijamente.

—Si los dos queremos seguir adelante con el centro y hacerlo funcionar de verdad, lo que tenemos que hacer es arreglar nuestra relación. De verdad. Tenemos que volver a ser amigos, Jonas.

Jonas consideró la propuesta. Cagney tenía razón y lo más curioso era que se sentía agradecido por tener la oportunidad de rectificar las cosas entre ellos.

—Me parece bien —declaró.

—¿De verdad quieres que volvamos a ser amigos? —insistió Cagney.

—Sí, de verdad, Cagney —sonrió Jonas.

—Menos mal —suspiró Cagney—. Para empezar, quiero ser completamente sincera contigo. El día que te dije que había olvidado lo nuestro y que no quería nada contigo... te mentí. No es cierto. Quiero que volvamos a ser amigos porque... no te puedes imaginar lo mucho que te he echado de menos —confesó Cagney—. Para poder retomar nuestra amistad, necesito que me contestes a unas cuantas preguntas.

—Contestaré a todo lo que necesites saber.

Cagney tomó aire y se lanzó.

—¿Por qué no me fuiste a ver al hospital después del accidente?

Jonas comprendió que aquellas heridas habían cerrado en falso, que había que volver a abrirlas para sacar la infección y poder sanarlas de verdad.

—Porque no me enteré de que habíais tenido un accidente hasta varios años después.

—¿De verdad? —se sorprendió Cagney.

—Sí, fui a buscarte a tu casa para ir al baile y hablé con tu padre —recordó Jonas—. Lo que me dijo me hizo volver a mi casa, hacer la maleta, agarrar a mi madre, montarnos en el coche e irnos.

—No me lo puedo creer...

—No teníamos mucho que recoger, así que no tardamos mucho tiempo. Fue una reacción impulsiva propia de un adolescente dolido. Ahora lo comprendo, pero, en aquel momento, lo único que quería era alejarme de aquí. A mi madre no le importó. Porque, realmente, nunca tuvo amigos aquí, así que nos fuimos a Seattle porque ella siempre había querido conocerlo —añadió viendo cómo Cagney se limpiaba una lágrima—. Por eso no me enteré de lo del accidente. Varios años después, leyendo un artículo en el periódico de Seattle en el que se hablaba de accidentes ocurridos la noche del baile de fin de curso salía vuestro caso. Cuando lo leí, sentí que la vida se me iba. Hasta que no me percaté de que tú no estabas entre las víctimas no pude volver a respirar. Te juro que, si me hubiera enterado del accidente cuando sucedió, te habría ido a ver. Por favor, créeme.

—Claro que te creo y lo que me acabas de contar alivia un poco el dolor de mi corazón. Gracias —contestó Cagney sinceramente—. Sigo sin entender por qué te fuiste tan de repente. ¿Por qué no esperaste a hablar conmigo?

—Te había dejado mensajes durante todo el día y tú no me habías contestado. Además, no fuiste al colegio.

—Estaba bajo arresto domiciliario —contestó Cagney—. El sargento me había requisado todos los medios de comunicación, el móvil, el fijo, el ordenador. Ni siquiera me dejó salir de mi habitación. Ya sabes cómo me trataba. Yo supuse que te darías cuenta de que había sucedido algo. De no haber sido así, te habría devuelto las llamadas.

Jonas sintió que la cabeza comenzaba a darle vueltas.

—¿Por qué te tenía bajo arresto domiciliario?

—Porque se había enterado de que iba a ir al baile contigo y estaba furioso.

—Pero fuiste con Tad —le recordó Jonas.

—Sí —admitió Cagney poniéndose en pie y sentándose junto a él—. Jonas, el sargento me obligó a ir con otro chico. De lo contrario, me habría tenido que quedar en casa y yo no quería. Hubiera sido darle demasiada satisfacción. Él lo que quería era que me quedara en casa, sola y triste, así que decidí ir con Tad. Era la única opción que tenía para salir de casa. Mi idea era llamarte en cuanto pudiera para explicarte lo que había sucedido. Sé que no era justo para Tad, pero no me paré a pensar en él. Sólo pensaba en ti. En nosotros.

Jonas se quedó mirando el suelo muy triste.

—Jonas, habría mandado a mi padre al infierno si no me hubiera amenazado con algo muy importante —añadió Cagney—. Me dijo que, si se me ocurría ir al baile contigo, no me pagaría la universidad. No habría podido ir a CSU contigo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —se indignó Jonas mirándola a los ojos.

—Me temo que sí. Sabía que la única manera de impedirme que fuera al baile contigo era chantajearme con mis estudios y mi libertad. Te lo habría explicado si me hubieras llamado. Te dejé un mensaje.

—Sí, desde el teléfono de Tad —recordó Jonas.

—Sí. Qué injusto fue todo para él. Lo hice sentir como un segundón aquella noche, la noche en que murió. Todavía tengo remordimientos por cómo me comporté —se lamentó.

—Ojalá te hubiera llamado.

—Yo creía que te darías cuenta, que comprenderías que, a pesar de no haber ido al baile juntos, teníamos cuatro años de universidad por delante para nosotros.

—Te tendría que haber llamado.

—Pero te fuiste, yo tuve el accidente y... toda mi vida cambió —comentó Cagney encogiéndose de hombros—. Cuando salí del hospital, todo había cambiado, pero yo seguía pensando en ti.

Jonas se quedó mirándola a los ojos, comprendiendo que todas las piezas encajaban. Por una parte, no quería saber que toda su vida se había basado en mentiras, pero tenía que preguntar.

Tenía que preguntarle por la carta por mucho miedo que le diera.

—Cagney, dices que me querías, pero... entonces, ¿por qué me escribiste aquella carta?

Cagney lo miró confusa.

—¿Qué carta?

Jonas sintió que la respiración se le aceleraba. Lo sabía, aquella carta no la había escrito ella.

—Una carta en la que me decías que te habías enamorado de Tad —le explicó viendo cómo Cagney lo miraba con los ojos desorbitados y sacudía la cabeza—. Aquella carta que le dejaste a tu padre para que me la entregara la noche del baile.

—Jonas, yo nunca te escribí una carta.

—Pero tu padre me la dio, la leí...

—No, te equivocas. Yo nunca estuve enamorada de Tad. Era un chico maravilloso, pero no significaba nada para mí. Mi novio eras tú.

—Dios mío, Cagney —suspiró Jonas dejando caer la cabeza entre las manos.

A continuación, se metió la mano en el bolsillo y se sacó la cartera. Cagney lo observaba anonadada. Jonas sacó aquella hoja de papel que le había servido de talismán durante tantos años y se la entregó.

Cagney la aceptó con manos temblorosas, la leyó horrorizada y, cuando terminó, la dejó caer y se cubrió el rostro con las manos.

—Dime algo —le suplicó Jonas al ver que se estremecía.

—Te juro por mi vida, Jonas, que yo no escribí eso.

—Pero es tu letra.

—Sí, la de mi madre es idéntica —contestó Cagney comprendiendo lo que había sucedido—. Obviamente, mi padre la obligó a escribirla. Es la única explicación coherente. Yo no la escribí. Te lo juro —insistió.

Jonas cerró los ojos con fuerza.

—¡Nos ha destrozado la vida! —exclamó Cagney furiosa—. Yo te quería, Jonas, te quería más que a nada en el mundo, quería pasar la vida entera contigo y mi padre me robó eso, me robó todas las posibilidades de ser feliz. Me robó tu amor, me robó el arte, me robó mi educación universitaria, me lo robó todo.

—Tranquila —le dijo Jonas acariciándole el pelo a pesar de que por culpa de aquel hombre cruel había perdido a la única chica a la que había querido en el mundo.

Se dijo que debía concentrarse en consolar a Cagney. De lo contrario, se montaría en el coche e iría a casa del sargento a estrangularlo.

—Jonas, por favor, créeme. Yo no escribí esa carta.

—Ya lo sé, pero es que... lleva formando parte de mi patrón mental tanto tiempo que no sé qué hacer.

Durante un rato, ambos permanecieron en silencio, ahogándose en el horror de la verdad.

—Se la tenemos que devolver —declaró Cagney sedienta de venganza—. Le tengo que demostrar que no controla mi vida, que soy libre.

Jonas se quedó pensativo.

—¿Qué se te ocurre?

—Deberíamos fingir que no nos arruinó la vida, que no consiguió separarnos —propuso Cagney mordiéndose el labio inferior—. Deberíamos hacerle creer que hemos vuelto.

—¿Estás loca?

—Escúchame —insistió Cagney—. El baile de la policía es la semana que viene. Nunca he ido porque me da vergüenza verlo actuar como si fuera una bellísima persona. Te propongo que vayamos juntos. Te invito a ir conmigo. Soy policía, así que tengo todo el derecho del mundo a ir y puedo llevar conmigo a quien quiera.

—No sé, Cagney.

—Te garantizo que es la mejor manera de ponerlo furioso y no le haremos daño a nadie, sólo a él. Tiene que pagar por lo que nos hizo.

—Me parece arriesgado.

—El único que sufrirá será el sargento. Se morirá al ver que hemos retomado nuestra relación después de las molestias que se tomó para destrozarla. ¿No te parece maravilloso hacerlo sufrir así?

—Sí —sonrió Jonas a pesar de no estar del todo convencido.

—¿Entonces...?

—Está bien —accedió Jonas.

—Muy bien. Será fantástico —sonrió Cagney—. Tenemos esta semana para hacer creer a todo el mundo que volvemos a ser pareja. Ahora que lo pienso, mataremos dos pájaros de un tiro. Mira, por un lado, cuando los adolescentes se enteren de que tú y yo estamos juntos, ya no tendrán problema en venir al centro y, por otra, conseguiremos enfurecer a mi padre. Es perfecto, Jonas.

Jonas se quedó pensativo. Lo cierto era que no había nada en el mundo que le apeteciera más que ir a un baile con Cagney.

—Está bien, estoy contigo en esto —declaró.

—Gracias —contestó Cagney besándolo en la boca impulsivamente.

Jonas pensó que Cagney seguía sabiendo igual que siempre, a confianza y a esperanza, y recordó por qué siempre había tenido la certeza de que había sido lo mejor que le había pasado en la vida.

Cuando Cagney se apartó, le puso la mano en el antebrazo y la miró a los ojos. Allí vio que la atracción era mutua, pero no era el momento de dejarse llevar. Sin embargo, necesitaba volver a besarla, así que se inclinó sobre ella y le rozó los labios, intentando decirle con la boca lo que no podía expresar con palabras.

Cagney se derritió contra su pecho y se abrió a su beso. Jonas sintió cómo a ella se le endurecían los pezones y comprendió que deseaba hacerle el amor con toda su alma, pero eso no formaba parte del plan, así que se apartó.

—Perdona, pero tenía que besarte. Por el beso del baile de fin de curso que me perdí —le dijo—. Me tengo que ir —anunció a continuación.

—No, no te vayas —le dijo Cagney—. Es muy tarde. Quédate a dormir aquí. Te puedes quedar en la habitación de invitados o...

—La habitación de invitados está bien —contestó Jonas acariciándole la mejilla—. No sería inteligente por nuestra parte —añadió sabiendo que no tenía que explicarle nada más—. Una cosa es fingir para poner a tu padre en su sitio y otra...

—Lo entiendo —accedió Cagney—. Con un poco de suerte, el sargento pasará por aquí mañana por la mañana y verá tu coche. Eso pondrá en movimiento toda la maquinaria.

—Ese canalla se merece que le pongamos en su sitio. Ha hecho daño a mucha gente —sentenció Jonas.

—Ahora que hemos hablado y que hemos aclarado las cosas entre nosotros no podrá hacernos daño nunca más —declaró Cagney poniéndose en pie y agarrándolo de la mano—. Vámonos a dormir —añadió guiándolo hacia el ascensor—. Tenemos que estar descansados. Ya sabes que el sargento es mediocre, pero es una persona fría y calculadora y tenemos que estar bien despiertos para enfrentarnos a él.

Jonas la siguió hasta el ascensor. Jamás se había sentido tan conectado a ella.

—Yo me bajo aquí —anuncio Cagney al llegar a la segunda planta—. La habitación de invitados está en la tercera planta —sonrió con tristeza.

Se quedaron mirando durante varios segundos. Transcurrido aquel tiempo, Jonas se apartó de ella todo lo que pudo. La atracción que había entre ellos había ido creciendo con el paso de los años y ahora eran dos adultos maduros y no dos tímidos adolescentes. Habían hablado y habían sanado el pasado. Lo lógico sería que saliera del ascensor y le hiciera el amor, pero, si querían que su relación fuera a más, tendrían que empezar de nuevo, tendrían que ir poco a poco, tendrían que volver a conocerse.

—Buenas noches, Cagney —se despidió rezando para que lo entendiera—. Descansa. Hasta mañana.

Cagney sentía el mismo deseo sexual que él, pero sonrió.

—Hasta mañana. Si necesitas algo, lo que sea, dímelo —se despidió saliendo del ascensor.

Una vez a solas, Jonas se pasó los dedos por el pelo. Se encontraba en una situación muy difícil. Tenía que fingir que estaba enamorado de la única mujer a la que jamás había amado, pero se suponía que sólo eran amigos.

Una situación realmente complicada.

Capítulo 9

PARA que los rumores sobre su reconciliación comenzaran a circular cuanto antes, Jonas y Cagney fueron a desayunar aquel mismo día a la cafetería Pinecone y lo hicieron dando un agradable paseo.

—Dame la mano —le dijo Cagney cuando se estaban aproximando.

—¿Cómo? —se sorprendió Jonas.

—Ya sabes, esas cosas que suelen hacer las parejas —sonrió Cagney.

Jonas la tomó de la mano, pero fue más allá, la estrechó contra su costado y le pasó el brazo por los hombros. Cagney lo miró sorprendida.

—Esto es lo que suelen hacer las parejas después de pasar una tórrida noche de sexo —le dijo plantándole un beso en la frente—. Me parece mucho más eficaz que agarrarnos de la mano —concluyó con satisfacción.

Así, agarrados, entraron en la cafetería.

Una campanilla situada encima de la puerta anunció su llegada.

Todos los presentes se giraron hacia la puerta, más por costumbre que por otra cosa.

Las conversaciones cesaron al instante.

Fue un breve momento, pero lo suficiente como para que Jonas y Cagney comprendieran que habían conseguido su objetivo. Todo el mundo se había dado cuenta de que estaban juntos y el rumor no tardaría en expandirse por el pueblo.

Por si eso no fuera suficiente, una vez sentados y después de haber pedido huevos rancheros y tortitas para desayunar, aparecieron tres compañeros del departamento de policía de Cagney.

—Acércate un poco más a mí —le dijo ésta a Jonas.

—Si me acercó más, voy a terminar sentado encima de ti —murmuró Jonas.

—Van a venir a saludarnos, ya lo verás —insistió Cagney—. Quiero que te comportes como si acabáramos de estar toda la noche en la cama.

Aquello hizo reír a Jonas. Cagney lo miró con un brillo juguetón en los ojos y, a continuación, se inclinó y lo besó en la boca.

Aquel beso no parecía de mentira.

Jonas sintió que la cafetería desaparecía. No oía nada, no veía nada, no olía nada.

Sólo a Cagney.

Cuando se apartaron, el agente Mike Howell, el teniente Roland Martínez y el oficial Chet Collins se habían acercado a su mesa y los estaban observando.

—¡Hola, chicos! —los saludó Cagney estrechándole la mano a los dos mayores y abrazando a Mike, el más joven—. Me alegro de veros. Supongo que os acordaréis de Jonas Eberhardt —añadió poniéndole una mano en el hombro en actitud posesiva.

—Claro que sí —contestó Chet en tono formal, pero un tanto desagradable—. Encantado de volver a verlo.

Jonas se puso en pie y le estrechó la mano.

—Lo mismo digo.

—Yo no te conozco de antes porque hace poco que me vine a vivir por aquí —comentó Mike—, pero sé lo que estás haciendo por este pueblo, estoy al tanto de lo del hospital por el periódico. Es maravilloso.

—Y no te olvides del centro juvenil —comentó Cagney.

—Es verdad, el centro juvenil también es una idea genial —añadió su compañero.

—Muchas gracias. Estoy encantado de haber vuelto a Troublesome Gulch —contestó Jonas decidiendo que aquel hombre le caía bien.

El teniente dio un paso al frente y le estrechó la mano con firmeza.

—Me sumo a lo que le acaba de decir Howell —declaró emocionado—. Hace poco que nos hemos enterado de que Armando, mi nieto de cuatro años, es autista.

—Vaya —se lamentó Cagney llevándose la mano al pecho—. No lo sabía. Lo siento.

Martínez apretó los labios y asintió.

—Es un niño maravilloso —declaró—. Sus padres todavía no han digerido el diagnóstico, pero mi nuera y yo estamos convencidos de que esa idea de la terapia artística le puede ir bien porque le encanta pintar, adora los colores. No se puede usted ni imaginar lo agradecido que le estoy por haber traído una idea tan innovadora a este lugar.

—Les deseo lo mejor. Por favor, en cuanto el ala de terapia artística esté abierta, quiero conocer a Armando —contestó Jonas sinceramente.

—Chicos, ya tenéis lo vuestro —los llamó la camarera dejando sobre la barra tres vasos de plástico y una gran bolsa de papel.

—Bueno, nos tenemos que ir —declaró Martínez—. Me alegro de haberte visto, Cagney. Te echamos de menos.

—Yo también os echo de menos —contestó Cagney sorprendida al darse cuenta de que era cierto—. Pasaos por el centro juvenil en algún momento, por favor, e id diciéndoselo a los chicos con los que tenéis contacto.

—¿Vais a ir al baile de la policía? —les preguntó Mike.

—Claro que sí —contestó Cagney abrazándose al brazo de Jonas—. Nos veremos allí, supongo.

Mike se despidió de ellos y siguió a sus superiores hacia la caja. Cuando hubieron pagado, salieron de la cafetería y Jonas y Cagney suspiraron aliviados.

—Bueno, ya está —recapacitó Jonas—. Ha sido un poco tenso.

—Mike y Martínez son buena gente, pero Chet besa por donde pisa mi padre. No es mala persona, pero es débil y mi padre sabe detectar a los débiles y hacerlos sumisos.

—Sí, me acuerdo de él perfectamente, de cuando estábamos en el colegio. La verdad es que me da igual lo que piense de mí. Lo único que me importa es que tu padre se entere de que estamos juntos —dijo él.

—Seguro que, en estos momentos, Chet ya lo está llamando por teléfono.

—Bueno, parece que nuestro plan va a dar resultado. A no ser que alguien me haga tener un accidente antes del baile —bromeó Jonas.

—No digas eso —lo reprendió Cagney mirándolo preocupada.

—No pongas esa cara, era una broma.

—Ya lo sé, pero... mira, se me acaba de ocurrir que podrías dejar el hotel y venirte a mi casa.

—¿Te has vuelto loca? —contestó Jonas aunque, en realidad, estaba encantado ante la idea.

—Escúchame. Es una idea maravillosa —insistió Cagney bajando el tono de voz—. Nadie tiene por qué saber que duermes en el cuarto de invitados y, así, no tendrás que hacer el trayecto de media hora todas las noches cansado después de haber estado trabajando todo el día.

—Espera un momento. ¿De verdad crees que tu padre sería capaz de hacerme algo? ¿Lo crees capaz de hacer que me saliera de la carretera en el trayecto desde aquí a Crested Butte como si fuera un accidente?

—No estoy diciendo eso, no creo que llegara a eso... pero tu comentario me ha dado la idea y creo que nos viene bien para nuestros planes.

—La verdad es que no es mala idea —recapacitó Jonas—. Me ahorro mucho tiempo y tu padre se enfurece, así que aceptó la invitación —sonrió.

—Qué estupendo —contestó Cagney visiblemente emocionada—. Qué gusto. Voy a tener a alguien para quien cocinar —sonrió—. Me encanta cocinar.

—Si tú te encargas de la cocina, yo me encargo de la compra —sonrió Jonas.

—Perfecto —contestó Cagney pasándole los brazos por el cuello y besándolo de nuevo.

A continuación, se quedaron el uno apoyado en la frente del otro, mirándose a los ojos. Jonas se preguntó si, para Cagney, aquello formaría parte de la farsa. Para él, estaba siendo una experiencia maravillosa. Jamás había sido tan feliz. Aunque sabía que corría el riesgo de sufrir, estaba dispuesto a vivir el presente y a disfrutar de su relación con Cagney.

Aunque para ella no fuera de verdad.

—Qué guapa eres —le dijo con voz grave.

—No hace falta que me hagas cumplidos. Ya he accedido a cocinar y, además, no nos está oyendo nadie.

—Ya lo sé, pero lo digo en serio. Eres la mujer más guapa que he conocido en mi vida. Por dentro y por fuera.

—Gracias —sonrió Cagney.

—¿Por qué no os vais a un sitio más íntimo? —dijo una voz femenina a su lado.

Cagney y Jonas se apartaron y se encontraron con Faith, que los miraba sonriente.

—Ocultándome información, ¿eh? —le dijo su amiga en tono acusador—. Me ha llamado Brody. Por lo visto le ha llamado Mike Howell para contarle que tú y la estrella de la ciudad os estabais comiendo a besos en el Pinecone. ¡Nada más y nada menos que en el Pinecone! Por supuesto, he tenido que venir a verlo con mis propios ojos porque no me lo podía creer.

Jonas se quedó mirando a Cagney atónito.

—Ya te dije que en este sitio los rumores vuelan —le dijo ella encogiéndose de hombros.

—¿Entonces es cierto? —insistió su amiga.

—Faith, éste no es el lugar —contestó Cagney—. ¿Puedes venir a cenar esta noche a casa y hablamos tranquilamente?

—Muy bien —contestó Faith—. Brody y Erin tienen guardia esta noche, pero creo que Nate está por aquí y voy a llamar también a Lexy. ¿En tu casa a las siete?

—A las siete en punto, muy bien —contestó Cagney.

A continuación, Faith se inclinó sobre Jonas y le plantó un beso en la mejilla.

—Bienvenido a casa, precioso. Ya iba siendo hora de que volvieras.

Jonas se quedó mirando a aquella mujer que tantísimo se parecía a su hermana mayor y, mientras ella salía de la cafetería, se preguntó si aquella situación se podría complicar todavía más.

Al final, sólo pudieron ir a cenar aquella noche Faith y Lexy. Nate no estaba libre y Jonas tuvo que ausentarse precipitadamente para ir a solucionar un problema en el hospital.

Lo cierto era que Cagney lo prefirió así porque necesitaba tiempo a solas con sus amigas para contarles las últimas novedades y para hablarles de sus sentimientos.

Desde que Jonas y ella habían decidido poner en marcha aquel plan, Jonas se había mostrado atento y afectuoso en todo momento, delante de la gente, pero también cuando estaban a solas porque, según él, había que practicar.

Sin embargo, le había dicho en la cafetería que era la mujer más guapa del mundo, le había dado un masaje en los pies después de trabajar y se había despedido de ella con un apasionado beso antes de irse al hospital.

¿Eso también había sido para practicar?

Cagney estaba encantada. Jonas había vuelto a ser el mismo de siempre y ella, sorprendentemente, tenía ganas de volver a pintar. Se le ocurrían ideas y tenía la mente tomada por los colores, sentía la necesidad de crear y se sorprendió a sí misma sacando el caballete del armario, tocando los pinceles, echando óleos de diferentes tonalidades en la paleta y maravillándose ante sus infinitas posibilidades.

Cagney era consciente de que se estaba produciendo un gran cambio en su vida y no sabía cómo encauzarlo, así que necesitaba hablar con sus amigas.

Preparó algo de picar y se sentaron las tres en el salón con una botella de vino. Tras un rato hablando de cosas sin importancia, Faith se lanzó con su

habitual sinceridad.

—Bueno, anoche Jonas y tú no os podíais soportar y hoy, de repente, aparecéis en el Pinecone comiándoos a besos —se sorprendió—. ¿Se puede saber qué ha pasado?

Cagney les contó todo a sus amigas.

—¿Qué os parece? —les preguntó al terminar.

—Tonterías —declaró Faith.

—¿Crees que nos estamos equivocando?

—No. Entiendo que necesitéis devolvérsela a tu padre, pero me parece que os estáis engañando a vosotros mismos —contestó Lexy.

—¿Por qué dices eso? Mike Howell se ha creído que estamos juntos de verdad. De hecho, ha llamado a Brody para contárselo.

Faith se rio y miró a Lexy.

—No sabe de lo que estamos hablando —se rio.

—No tiene ni idea —contestó Lexy.

—¿Qué pasa? —se extrañó Cagney.

—Pasa que lo que estáis haciendo no es ninguna farsa, bobos —le explicó Faith—. Lo que os pasa es que estáis enamorados, enamorados de verdad y todos nos hemos dado cuenta.

—Todos menos vosotros —añadió Lexy guiñándole un ojo—. Puede que Jonas volviera a Troublesome Gulch dejándose llevar por la sed de venganza, pero no es eso lo que lo retiene ahora aquí.

Cagney se dejó caer hacia atrás en el sofá y suspiró.

—Sí, tienes razón, estoy enamorada de él. Lo quiero con todo mi corazón. Lo quiero en mi cama y lo quiero en mi vida para siempre... hemos perdido demasiado tiempo y siempre lo he amado... pero tengo miedo —declaró mordiéndose el labio inferior.

—Tienes que arriesgarte —le aconsejó Faith.

En aquel momento se abrió la puerta del ascensor y apareció Jonas.

—Hola, chicas —las saludó—. ¿Habéis cenado bien?

—Claro que sí, Cagney es la mejor cocinera del condado —contestó Faith.

Jonas se acercó a la aludida, que en aquel momento se había puesto de pie.

—Cariño, ya estoy en casa —bromeó mirándola a los ojos, deslizando los dedos entre sus cabellos sin importarle que no estuvieran solos y dándole un

beso de lo más apasionado—. Hay que practicar —declaró mirando a Faith y a Lexy—. Tenemos que resultar convincentes, ¿verdad, Cagney?

—Eh... sí, claro... —contestó Cagney con la cabeza dándole vueltas—. ¿Quieres cenar algo?

—Sí, la verdad es que sí —contestó Jonas—. Subo un momento a mi habitación a cambiarme de ropa y ahora mismo bajo.

Una vez a solas, Cagney miró a sus amigas con los ojos como platos. En ellos, había una mezcla de pánico y de nerviosismo.

—Ese beso no ha sido para practicar —declaró Faith.

—¿Estás segura? —le pregunto Cagney.

—Claro que sí —sonrió Lexy—. Faith lo sabe, yo lo sé y tú lo sabes.

—Sí, creo que yo también lo sé, pero ¿qué hago? —murmuró Cagney sacudiendo las manos como si se hubiera quemado.

—¡A por él! —exclamaron sus amigas al unísono.

Capítulo 10

DURANTE esas semanas, Cagney pensó varias veces en el baile al que iba a ir con Jonas, pero comenzó a obsesionarse con la carta que su madre había escrito haciéndose pasar por ella y que su padre le había entregado a Jonas la noche del baile de fin de curso.

Tenía que hacer algo, así que el jueves, aprovechando que Jonas iba a estar fuera a la hora de cenar porque tenía cosas que arreglar en el hospital y que su padre tenía la reunión mensual con el pleno del ayuntamiento y no volvería a casa hasta tarde, llamó a su madre.

—Hola, mamá —le dijo en tono neutral.

—¡Cagney! Qué sorpresa tan agradable, cariño. ¿Qué tal?

Cagney apretó el auricular con fuerza. Su madre parecía encantada de que hubiera llamado. Ojalá la llamara por otros motivos.

—Te llamaba para invitarte a cenar en casa esta noche. Sé que el sargento no volverá hasta tarde y quiero hablar contigo a solas de una cosa.

—Iré encantada —contestó su madre con tanto entusiasmo que Cagney sintió que el corazón le daba un vuelco—. ¿Solas tú y yo?

—Sí.

—Qué bien —comentó Helen con satisfacción.

De repente, Cagney sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Era cierto que su madre no era una mujer fuerte, pero, aun así, era su madre. Aunque estaba enfadada con ella, Cagney pensó que debería verla más a menudo.

—¿Quieres que te lleve algo? —le preguntó su madre.

«Una buena explicación», pensó Cagney carraspeando.

—No, ¿te viene bien a las seis?

—Muy bien. Hasta luego, cariño.

Cagney y su madre cenaron charlando sobre cosas cotidianas y, tras tomar el postre, prepararon café. Fue entonces cuando salió a relucir el tema central de la velada.

—He oído que Jonas y tú estáis juntos de nuevo —comentó Helen sin mirar a su hija, haciendo como que se quitaba arrugas imaginarias de los pantalones.

—Sí —contestó Cagney—. ¿Te supone un problema?

—A mí, no —contestó su madre encogiéndose de hombros—. Me parece que no te lo he dicho nunca, pero a mí siempre me cayó bien ese chico y también su madre —añadió sacudiendo la cabeza—. Me habría gustado que fuéramos amigas, pero tu padre... —añadió probando el café.

Su padre, siempre su padre.

—Tendrías que haberte acercado a Ava. Si eso era lo que querías hacer, tendrías que haberlo hecho —exclamó Cagney—. ¿Por qué dejas que te controle la vida, mamá? ¿Por qué has permitido que nos controlara a todas?

Helen desvió la mirada.

—Oh, cariño —suspiró—. A mí no me educaron para desafiar a mi marido. Sé que una mujer de tu generación no puede entender algo así y también me doy cuenta de que no fui un buen modelo para vosotras, no te creas que estoy ciega.

Cagney sintió compasión por su madre, que, de repente, le parecía más vieja de lo que era.

—Supongo que hiciste lo que pudiste —recapitó—. Te quería preguntar una cosa —añadió con el corazón latiéndole aceleradamente.

Su madre asintió, así que Cagney tomó aire y se sacó del bolsillo la hoja de papel que Jonas había guardado durante todos aquellos años y que ella había recuperado del suelo cuando él la había tirado hacía unos días.

Helen la leyó y se le llenaron los ojos de lágrimas. Una de aquellas lágrimas fue a parar encima de la nota.

—Casey Laine, si hay algo de lo que verdaderamente me arrepiento en la vida es de haber escrito esta nota.

—Así que la escribiste.

—Sí, en contra de mi voluntad.

Cagney se puso en pie, se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia fuera, intentando controlar la rabia.

—¿Por qué dejaste que le destrozara la vida a tu hija? —le espetó a su madre girándose hacia ella—. Estoy tan furiosa que no sé qué más decirte.

—Yo tampoco sé qué decir —contestó su madre mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Nada de lo que te pueda explicar cambiará las cosas. Escribí la carta, ésa es la verdad y no hay marcha atrás, pero te

aseguro que me he arrepentido de haberlo hecho desde el mismo momento en que lo hice. Ya sabes que tu padre... es un hombre tan calculador...

—¡Es un monstruo! —estalló Cagney—. Hizo que Terri se fuera de casa y a mí me destrozó la vida, convirtió a Deirdre en un clon de sí mismo y mira lo que te ha hecho a ti —añadió—. Hace casi cuarenta años que te tiene prisionera. ¿Cuándo le vas a plantar cara?

—No soy tan fuerte como vosotras —suspiró Helen.

—Mamá, no somos una familia de verdad. Apenas te veo por su culpa, ya casi no conozco a mis hermanas. Ninguna de nosotras somos fuertes. Hemos dejado que controlara nuestras vidas. Ni siquiera hablamos abiertamente de lo que va mal en nuestra supuesta familia.

Helen se puso en pie, se limpió las lágrimas y se acercó a su hija, la tomó de la mano y la llevó hasta el sofá.

—Ven, respira hondo y siéntate conmigo.

Cagney agradeció que, por una vez, su madre se comportara como una madre, así que se sentó junto a ella y comenzó a llorar.

—Te voy a pedir un favor que sé que no merezco y, luego, te voy a contar unas cuantas cosas de una vez por todas.

—Está bien.

—El favor que te quiero pedir es que me perdones por haber escrito esa nota —le imploró su madre—. Sé que debería haberme mostrado más fuerte, pero tu padre me amenazó...

—¿Te amenazó? ¿Escribiste la nota porque te amenazó? —gritó Cagney.

—Sí.

—¿Con qué te amenazó?

—Aquella noche, la noche del baile de fin de curso, me enfrente a él, le dije que Jonas era un buen chico y que debería darle una oportunidad. Tuvimos una discusión enorme y se puso como loco —le explicó Helen apretando los dientes—. Me dijo que, si no escribía la nota, entre otras cosas, no te pagaría la universidad...

—Oh, Dios mío, mamá, a mí me amenazó con lo mismo —se lamentó Cagney.

—Después del accidente... yo lo único que quería era que estuvieras bien... no me pareció el momento de contarte lo que había sucedido. Además, para entonces, Jonas ya se había ido —recordó Helen—. En cualquier caso, me estoy excusando y no tengo excusa —suspiró—. ¿Me perdonas de todas formas?

—Claro que sí —contestó Cagney—. Te quiero, mamá, te quiero mucho, pero ojalá...

—Sí, ojalá hubiéramos hablado antes —asintió Helen—. Menos mal que Jonas ha vuelto y estáis juntos de nuevo. Ahora sois adultos y tu padre no puede hacer absolutamente nada.

—¿Por qué está tan amargado?

—Bueno, él también ha tenido lo suyo —suspiró Helen.

—Si él también ha sufrido, ¿por qué nos hace sufrir a los demás?

—No lo ha hecho muy bien, la verdad es que no —se lamentó Helen pasándose los dedos por el pelo—. Sabes que en casa nunca hablamos de la abuela Bishop, ¿verdad?

—Sí, claro, la abuela que murió cuando el sargento era pequeño.

—Bueno, eso es lo que él dice, pero tu abuela no está muerta. Está en la cárcel.

—¿Cómo? —se sobrecogió Cagney.

—Es una historia larga y triste, una tragedia espantosa. A lo mejor no quieres que te la cuente.

—No, no, todo lo contrario. Quiero saberlo todo.

Helen se giró hacia su hija y se sentó con las piernas cruzadas, como Cagney, a la que tomó de las manos.

—Cuando tu padre era pequeño, su padre trabajaba como guardia de seguridad en la cárcel de hombres de Cañon City.

—Sí, eso lo sé.

—Bueno, su esposa, la abuela, era trabajadora social en esa misma cárcel. Resulta que iban a trasladar allí a un asesino en serie y Leila, que así se llama tu abuela, fue la encargada de su seguimiento —le explicó—. La cosa es que aquel hombre resultó ser encantador, como muchos psicópatas y ... Leila se enamoró de él.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —exclamó Cagney—. ¿Mi abuela se enamoró de un recluso?

—Sí, y hay más. Los pillaron en, bueno, en su despacho y toda la prisión se enteró. A ella, por supuesto, la despidieron. Tu abuelo se quiso morir de la vergüenza. La abuela le dijo que estaba enamorada del asesino y se divorció de él. Desde aquel momento, tu abuelo odió a las mujeres.

—Y le contagió ese odio a su hijo.

—Efectivamente.

—Dios mío —suspiró Cagney—. ¿Y qué pasó con la abuela?

—Se casó con el asesino en una ceremonia celebrada en la cárcel...

—¡No!

—Sí. Unos años después, la convenció para que lo ayudara a escapar de la cárcel.

—Qué locura.

—Hubo un tiroteo durante la huida. Uno de los guardias mató al asesino y tu abuela, presa del dolor, le disparó a él.

—¿Y lo mató? —preguntó Cagney tragando saliva.

—Gracias a Dios, no —contestó Helen—. La condenaron por intento de asesinato y unas cuantas cosas más. Desde entonces, está en la cárcel de Florissant —añadió agarrando un cojín y jugueteando de manera ausente con el borde—. Así que tu padre creció oyendo que no se podía confiar en las mujeres, que las mujeres se enamoraban de los peores hombres y cosas así, así que ya te puedes imaginar.

—¿Y cómo fue que se casó contigo?

—Supongo que porque creía que yo era diferente. Al haberme educado en un entorno religioso muy estricto... yo tenía unos padres maravillosos, que vivían entregados el uno al otro y a la iglesia, así que supongo que tu padre creyó que yo jamás me iría con otro hombre y, mucho menos, con un delincuente. Aunque te cueste creerlo, fuimos muy felices durante los dos primeros años de matrimonio.

—Sí, la verdad es que me cuesta creerlo, pero, si tú me lo dices... ¿qué ocurrió?

—Ocurrió que tuvimos tres hijas y que, de repente, todos los miedos de tu padre se desataron. Lo único que veía eran peligros por todas partes, no quería que os sucediera nada, aquellos miedos se fueron convirtiendo en veneno y, al final, se convirtió en... bueno, en el hombre que tú conoces.

—¿Y no se da cuenta de lo que se ha perdido con sus hijas? Ninguna de nosotras le dimos nunca motivos para portarse como lo ha hecho. ¿Cómo puedes soportarlo? No puedo soportar que la gente se crea que es el señor perfecto cuando nosotras, en casa, sabemos que no es así.

—Te aseguro que muchos de sus compañeros saben que no es oro todo lo que reluce.

Cagney miró sorprendida a su madre, que asintió. A continuación, se quedó pensativa.

—Vaya, todo esto es increíble. Así que mi padre creía que sus hijas se iban a convertir en idiotas y prefirió arruinarles la vida y, por si eso fuera

poco, descendemos de un linaje de delincuentes. Maravilloso.

—Tú no descienes de un linaje de delincuentes —le dijo Helen poniéndose muy seria—. Leila eligió mal y cometió graves errores, pero no debes juzgarla. Ya la han juzgado otros, ahora es vieja y está sola en la cárcel. Además, tiene principio de Alzheimer, así que ya tiene bastante, está pagando por lo que hizo. Por favor, no la juzgues.

—¿Has ido a verla? —quiso saber Cagney.

—No, no he podido ir nunca, tu padre no me lo permitiría, pero le mando cosas de vez en cuando, cosas bonitas que alivien su soledad.

—Oh, mamá, es un detalle muy bonito por tu parte.

—Date cuenta de que las dos hemos sufrido y seguimos sufriendo por haber elegido a un hombre que no era adecuado para nosotras. Yo también vivo en una cárcel y, al fin y al cabo, es mi suegra. No excuso lo que hizo, pero su dolor y su soledad no me dejan indiferente.

—Eres una persona muy buena, mamá —suspiró Cagney agarrándola de las manos—. Estaba tan enfadada contigo que creo que no he sido justa.

—No importa. Lo que importa es que eres mi hija y que yo podría haber sido mucho mejor madre para ti. ¿Qué te parece si, a partir de ahora, intentamos que nuestra relación mejore?

—Me parece muy bien —contestó Cagney sinceramente.

—Bueno, me tengo que ir —anunció Helen consultando el reloj—. Quiero estar en casa antes de que llegue tu padre. No quiero que me someta a un interrogatorio.

—¿Por qué? ¿No puedes salir a cenar con tu hija?

—No es eso... es que quiero que esta cena sea sólo mía —contestó Helen sonriendo con tristeza—. ¿Lo entiendes? No quiero compartirla con él.

Cagney se quedó mirando a su madre a los ojos y se dio cuenta de que Helen Bishop era más fuerte de lo que ella creía.

—Mamá, la abuela Leila no tiene más remedio que vivir en la cárcel, pero tú puedes elegir —le dijo.

—Ya lo sé, pero de eso hablaremos otro día —se despidió su madre besándola en la mejilla.

—Gracias por haber venido y por haberme explicado todo esto —se despidió Cagney abrazándola con fuerza—. Ojalá pudiera hacer algo por ti, me gustaría que fueras feliz.

—Mi felicidad no depende de ti, cariño, soy yo la que tiene que tomar ciertas decisiones —contestó Helen acariciándole la mejilla a su hija—.

Estoy bien, Casey Laine —le aseguró—. Quiero que seas feliz, hija mía. Ése es el mejor regalo que me puedes hacer. Jonas es un buen hombre y merecéis ser felices juntos.

Cagney se puso en pie y acompañó a su madre hasta el ascensor. Habían compartido una maravillosa velada de sinceridad, pero no se atrevió a decirle que su historia con Jonas no era de verdad.

El día anterior al baile de la policía, Jonas la sorprendió regalándole un vestido absolutamente divino. Se trataba de una prenda negra cubierta de lentejuelas. Cagney parecía una sirena con él.

Cuando llegó el momento de acicalarse, Lexy se trasladó a casa de Cagney para ayudarla con el peinado y con el maquillaje y, cuando hubieron terminado, se fue a su casa a arreglarse ella también. Cagney estaba metiendo unas cuantas cosas en un bolso de noche cuando llegó Jonas.

—¿Cenicienta? Ha llegado el príncipe azul —anunció desde el vestíbulo.

—Estoy aquí —contestó Cagney.

—¿Dónde? ¿Marco?

—Polo —contestó Cagney sonriendo—. Estoy en mi habitación.

—Te espero aquí.

—Cobarde —bromeó Cagney.

—Un caballero espera a que la damisela haga su entrada triunfal —le aclaró Jonas.

—Está bien, voy ahora mismo —contestó Cagney mirándose en el espejo por última vez.

Lo cierto era que no se reconocía. ¡Parecía una mujer de verdad! Lexy había hecho un buen trabajo, le había recogido el pelo y la había maquillado resaltándole los ojos y dejándole los labios al natural, como le gustaba a Jonas. Estaba realmente sexy.

Cuando salió al salón, Jonas estaba hojeando un libro. Al girarse hacia ella y verla, se le cayó de las manos.

—Vaya, eso es todo un cumplido —comentó Cagney girando sobre sí misma—. O estás muy cansado o eso quiere decir que paso la inspección.

Jonas se agachó para recoger el libro.

—Pasas la inspección de sobra —declaró con voz grave—. Ya sabía yo que ese vestido te iba a quedar de maravilla.

Dicho aquello, dejó el libro en su sitio. Mientras lo hacía, Cagney aprovechó para fijarse en él, que llevaba un esmoquin hecho a mano impecable.

—Tú también estás muy bien —le dijo sinceramente.

—Nadie se va a fijar en mí —contestó Jonas acercándose a ella, tomándola del mentón, fijándose en sus labios y sonriendo.

—Sé que te gustan así —declaró Cagney con la respiración entrecortada.

—Gracias —contestó él dándole un beso—. Te he traído una cosa —añadió apartándose—. Es un regalo que te iba a dar la noche del baile de fin de curso.

—Oh, Jonas —se maravilló Cagney llevándose la mano al pecho.

—Es sólo un detalle, pero, en aquel momento, estuve seis meses ahorrando para podértelo comprar —le explicó—. Ábrelo —añadió entregándole una cajita.

Cagney la abrió con manos temblorosas y vio que en su interior había una pulsera de plata con dos colgantes, una paleta de pintor y la mitad de un medallón de almas gemelas. Al instante, sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Es... perfecta. No podría ser más perfecta.

—Deja que te la ponga —le pidió Jonas atándole el broche—. Tenía pensado ir regalándote más colgantes.

—¿Dónde está la otra mitad del medallón? —quiso saber Cagney.

Jonas se apartó la manga de la camisa y Cagney vio que llevaba una pulsera de plata más gruesa, de hombre, con la otra mitad del medallón.

—Eres increíble —suspiró Cagney—. No me puedo creer que lo hayas guardado durante tanto tiempo.

—Yo, tampoco.

—Gracias.

—Hay más —declaró Jonas metiéndose la mano en el otro bolsillo de la chaqueta y sacando una caja de terciopelo más grande—. Éste es el regalo de ahora.

Cagney sintió que el corazón le latía tan aceleradamente que no podía hablar, así que se limitó a abrir el estuche. En su interior había un diamante maravilloso.

—Te quedará perfecto con el vestido —declaró Jonas—. Además, se supone que un hombre enamorado le regala de todo a su damisela.

—Es increíble —declaró Cagney con la boca abierta.

—Me alegro de que te guste —sonrió Jonas colocándose detrás de ella para abrochárselo al cuello.

—La gente se va a quedar alucinada cuando lo vea.

—De eso se trata —sonrió Jonas besándola en el hombro—. Bueno, nos tenemos que ir.

«Ahora o nunca», pensó Cagney.

—Jonas, ¿tú crees que esto podría funcionar?

—¿A qué te refieres?

—A esto que hay entre nosotros —declaró Cagney mirándolo a través del espejo.

Jonas la agarró de la mano y le acarició los nudillos con ternura.

—Vamos poco a poco, cariño, ¿de acuerdo?

—Sí, pero quiero que sepas que...

—Lo sé.

Cagney se giró hacia él y pensó en la sorpresita que se iba a llevar el sargento.

—Me alegro de que hayas vuelto, Jonas —le dijo.

—Yo, también —contestó Jonas besándola en la frente—. Jamás creí que pudiera decir algo así, pero es la verdad.

—Es increíble lo que puede hacer la sinceridad, ¿eh?

—Desde luego —rio Jonas—. Anda, vamos a poner en su sitio a tu padre —concluyó.

Capítulo 11

COMO todos los años, el baile de la policía tuvo lugar en el ayuntamiento.

—¿Preparada? —le preguntó Jonas a Cagney al bajar del coche.

—La verdad es que estoy nerviosa —admitió ella.

—Nos vamos en cuanto me digas —la tranquilizó Jonas—. En cuanto hayas hecho lo que querías hacer, me lo dices y nos vamos. Esta noche es para ti, para nosotros —sonrió.

—Lo único que quiero es hablar con mi padre. En cuanto lo haya hecho, nos vamos.

Dicho aquello, franquearon la puerta del edificio agarrados de la mano.

—Sí, Jonas, tienes razón. Ésta es nuestra noche. Tenemos la oportunidad de darle la vuelta a nuestra mala suerte.

—Vamos a volver a empezar —añadió él.

—Claro que sí. Así que, mientras estemos aquí, vamos a pasárnoslo bien.

—Lo que tú digas —contestó Jonas besándola en la sien.

Cuando entraron en el salón en el que se celebraba el baile, poco alumbrado y profusamente decorado, todos los compañeros de Cagney comenzaron a silbar entusiasmados. Cagney sabía que el vestido que llevaba iba a causar sensación y aceptó los abrazos y los cumplidos para, a continuación, presentar a Jonas como su novio.

Tras un rato charlando, Jonas le dijo al oído que iba un momento al bar a por dos copas de vino. Cagney necesitaba tomarse una, pero la idea de quedarse sola no le hacía ninguna gracia. Para entonces, sus compañeros estaban saludando a otras personas y se encontró de repente temiendo ser un blanco fácil para el sargento.

Al darse cuenta, sintió que se le ponía la piel de gallina. Para tranquilizarse, miró a su alrededor en busca de su amiga Lexy, pero no la vio.

—Toma —le dijo Jonas volviendo a su lado.

Menos mal que había vuelto.

—¿A quién buscabas? —le preguntó—. ¿Al sargento?

—No, Lexy y a mi madre.

—¿Tu madre suele venir?

—Sí, obligada, claro. Ya sabes, la mujer que siempre hay detrás de todo gran hombre y todas esas tonterías.

—Entendido —contestó Jonas mirando a su alrededor—. No veo a tu madre, pero Lexy estaba bailando con Howell.

—Claro, le encanta bailar —sonrió Cagney—. El pobre Mike está colado por ella.

—No me extraña porque está tan guapa como siempre.

Cagney asintió mientras ambos observaban a su amiga.

—Desde luego, baila mejor ella en silla de ruedas que yo de pie —se maravilló Jonas.

—Lexy siempre bailó muy bien —sonrió Cagney—. Cuando se quedó paralítica, no se rindió. Es muy dura.

—Me alegro por ella. Seguro que sigue saliendo con tantos chicos como antes.

—A decir verdad, sigue despertando tanto interés como siempre. Mike Howell, por ejemplo, está pendiente de ella en toda ocasión, pero ella no quiere salir con nadie.

—¿Por qué?

—En el caso de Mike porque no creo que le guste.

—¿Y con otros chicos?

—Lexy Cabrera no quiere salir con nadie y punto.

—No lo entiendo —recapacitó Jonas algo perplejo.

Cagney se encogió de hombros.

—Verás, sabe que hizo que Randy perdiera el control del monovolumen la noche del baile de fin de curso. Yo no le hecho la culpa, por supuesto, ya se la hecha ella solita. Simplemente te estoy diciendo lo que sucedió.

—Me gustaría que me contaras exactamente lo que sucedió. Si te parece bien.

—Me parece bien. Lexy se estaba sentando encima de Randy, que iba conduciendo. Ya sabes que era muy juguetona y temeraria. En la maniobra, le dio al volante con la cadera.

Jonas dejó escapar el aire que tenía en los pulmones como si se deshinchara.

—Mucho peso para una sola persona.

Cagney asintió.

—Yo opino lo mismo, pero ella cree que no merece enamorarse y ni siquiera salir con un chico. Se siente culpable.

—Qué pena —se lamentó Jonas sinceramente.

—Ella dice que sólo necesita el trabajo para ser feliz, pero todos sabemos que todos necesitamos a otra persona.

—Desde luego —recapacitó Jonas—. Mi amiga Kelli lleva años diciéndomelo.

—¿Qué tipo de amiga es esa Kelli? —quiso saber Cagney sintiendo la punzada de los celos.

—¿Te has puesto celosa? —bromeó Jonas.

—No, es una pregunta como otra cualquiera —contestó Cagney levantando el mentón en actitud desafiante.

—Kelli es una buena amiga que se va a casar con mi mejor amigo —le contó Jonas besándola con ternura.

—Ah —exclamó Cagney sintiéndose algo estúpida.

—Llevan enamorados desde la universidad, así que no tienes motivo para preocuparte.

—No estoy preocupada —se apresuró a asegurarle Cagney.

—Ya —sonrió Jonas.

—Ya basta. Deja de avergonzarme.

—Kelli dice que trabajo demasiado y que no sé divertirme. Le encanta emparejar a la gente y preferiría que me gustara salir.

—Entonces, es como Faith —contestó Cagney—. ¿Y te ha emparejado muchas veces durante estos años?

—Vaya, vaya, pues sí que estás celosa, sí. Me siento halagado. ¿Te molestaría que hubiera salido con otras chicas?

Cagney se quedó pensativa y decidió ser sincera.

—Sí —contestó—. Lo siento, ya sé que no tengo ningún derecho sobre ti, pero...

—Te equivocas por completo, preciosa —sonrió Jonas tomándola de la mano—. Anda, vámonos un rato a la terraza. Aquí hace mucho calor.

Mientras avanzaban hacia la terraza, Cagney se preguntó si Jonas le iba a contar algo de los emparejamientos de la tal Kelli porque se moría por saberlo.

—Para contestar a tu pregunta —le dijo Jonas una vez fuera como si le estuviera leyendo el pensamiento— te diré que no, que Kelli jamás consiguió que saliera con otra chica.

—¿Jamás? —le preguntó Cagney tragando saliva.

—Jamás.

Cagney se sintió profundamente aliviada.

—Te aseguro que lo ha intentado una y otra vez porque es incansable, pero al final tuvo que darse por vencida —le explicó Jonas—. Entonces, se le ocurrió cambiar de estrategia.

—¿Qué quieres decir?

—Que comenzó a decirme incesantemente que debería volver a tener contacto con aquella chica que me dejó porque era evidente que seguía enamorado de ella.

Cagney se quedó mirándolo estupefacta. La luz de la luna bañaba el rostro de Jonas. No quería dar nada por hecho. Quería tener las cosas perfectamente claras, así que se mojó los labios y se lanzó.

—¿La chica que te...?

—Tú, Cag —contestó Jonas—. No ha parado de decirme que volviera contigo.

Cagney sintió que un agradable calor se apoderaba de todo su cuerpo. No se podía creer que aquello estuviera sucediendo.

—¿Kelli cree que sigues enamorado de mí?

—No es que lo crea, sino que lo sabe —admitió Jonas acercándose a ella y abrazándola—. Sigo enamorado de ti.

Cagney sintió que el corazón le daba un vuelco y que de él brotaba una felicidad sin medida.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí. ¿No te has dado cuenta? Yo creo que no lo he ocultado últimamente...

—Bueno... yo creía que lo estabas haciendo porque estábamos fingiendo que estamos juntos.

—Lo de fingir que estamos juntos me ha venido muy bien porque me daba la oportunidad de estar contigo a todas horas —confesó Jonas mirándola a los ojos—. Nunca he dejado de quererte, Cagney Bishop, nunca te he odiado y nunca he conseguido engañar a Kelli.

—Evidentemente. Ya sabes que las mujeres somos muy intuitivas.

—Sí, es una cualidad mágica que tenéis —se maravilló Jonas quedándose pensativo—. En cualquier caso, quiero que sepas que todas las decisiones que he tomado en mi vida, buenas o malas, estuvieron basadas en el hecho de que... te quiero —concluyó Jonas con voz grave.

—Jonas —suspiró Cagney pasándole los brazos por el cuello y besándolo con pasión—. Yo también te he querido siempre. El día que volviste fue el día más feliz de mi vida. Yo también quiero ser completamente sincera contigo.

—Sinceridad absoluta por ambas partes y nada de seguir fingiendo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —sonrió Cagney.

De repente, como salida de la nada, la gran sombra del sargento Bishop se cernió sobre ellos.

—¿Qué demonios estáis haciendo? Estáis montando un espectáculo bochornoso delante de todo el departamento de policía.

—Estamos en la terraza y aquí no hay nadie —contestó Cagney mirando a su alrededor.

—Pero podría salir cualquiera. Pareces una zorra.

—Cuidado con lo que dices, Bill —lo increpó Jonas dando un paso al frente.

—No me digas cómo le tengo que hablar a mi hija —contestó el policía.

—Tu hija es una mujer adulta y merece respeto. No pienso permitir que nadie le diga que es una zorra, ni siquiera su padre —le aclaró Jonas—. Claro que, precisamente, su padre jamás le tendría que haber llamado algo así.

Cagney dio un paso al frente también. Aquella conversación no podía esperar más. Ahora que sabía que Jonas la quería, sentía fuerza suficiente como para hablar con su padre por fin.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó con mucha calma.

—Este año no ha venido —contestó el policía frunciendo el ceño.

—¿Y eso?

—No se sentía bien.

—Vaya, la llamaré más tarde para ver qué tal está.

—Está bien, no hace falta que...

—¿Qué pasa? ¿Ahora no voy a poder llamar a mi madre? ¿O es que hay alguna razón por la que no debería hablar con ella? ¿Acaso no va a poder hablar conmigo?

—No me gusta lo que estás insinuando —contestó el sargento—. No le he hecho nada a mi esposa. ¿Crees que soy un monstruo?

—Prefiero no contestar a esa pregunta porque no te iba a gustar la respuesta —contestó Cagney sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Para que lo sepas, simplemente no ha querido venir —le explicó su padre apretando los dientes.

—Me alegro por ella —contestó Cagney girándose hacia Jonas con una gran sonrisa—. Supongo que te acordarás de Jonas Eberhardt, ¿verdad, sargento? —añadió colocándose entre los dos y poniéndose los brazos de Jonas a la cintura.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Quería asegurarme de que sabes quién es porque estoy enamorada de él. Siempre lo he estado, por cierto, y ahora que ha vuelto no pienso ocultarlo más. Si quieres formar parte de mi vida, vas a tener que respetar esa decisión.

Su padre se puso rojo de ira.

—¿Cómo te atreves a venir a mi baile...?

—Ah, así que este evento es tuyo y no de la comunidad —contestó Cagney enarcando las cejas—. Claro, exactamente igual que mamá es tuya y Dee, Terri y yo, ahora lo comprendo. La verdad es que tu reacción no me sorprende. ¿Qué es lo que te molesta de verdad? ¿El hecho de que Jonas y yo hayamos vuelto a pesar de que tú has intentado por todos los medios que no fuera así o que estemos juntos delante de ti?

Su padre intentó mantener la compostura, pero temblaba de rabia.

—Nunca fue digno de ti.

—El que no es digno eres tú —lo contradijo Cagney—. Tampoco eres digno de mamá ni de mis hermanas. Nunca te has merecido tener una familia como nosotras. Nos has hecho la vida imposible. No es agradable que te paguen con tu misma medicina, ¿verdad?

—Eres una insolente —aulló su padre—. Te exijo que dejes de comportarte así inmediatamente.

—Tú a mí no me exiges nada —contestó Cagney—. Me importa un pimiento lo que te parezca mi actitud. Mírate —le dijo acercándose a él—. ¿Te das cuenta de lo que tu odio y tu amargura te está costando? Estás perdiendo a toda tu familia.

—¡Basta!

—No, no basta —gritó Cagney—. Esto se ha terminado. Has controlado mi vida durante demasiado tiempo.

—Yo sólo quería lo mejor para ti.

—¿Ah, sí? Pues yo quería un padre que me quisiera, una familia de verdad, quería hermanas con las que llevarme bien y una madre de la que

estar orgullosa, pero tú nunca me dejaste tenerlo y lo más triste es que ni siquiera te das cuenta de ello. Bueno, nos vamos a ir y te vamos a dejar disfrutando de tu noche porque nosotros también queremos disfrutar de la nuestra —añadió mirando a Jonas de manera inequívoca—. Antes de irme, te quiero dar una cosa. Hace años, le entregaste una carta a Jonas que se suponía que yo había escrito. Esa carta cambió el curso de mi vida. ¿Te suena la historia?

—Cagney... —contestó su padre mirándola con los ojos muy abiertos.

—No me interrumpas —lo increpó ella sacando de su bolso de noche una hoja de papel.

Se trataba de una hoja de papel del mismo cuaderno morado del que su padre había arrancado otra igual años atrás. Le había costado un par de horas encontrarlo, pero lo había conseguido. Lo cierto era que Cagney jamás había tenido corazón para tirar a la basura las cosas de aquella época.

—Aquella carta no la escribí yo y tú lo sabes muy bien, pero ésta es mía, te lo aseguro y es para ti, papá —le dijo utilizando aquella palabra que hacía unos veinticinco años que no pronunciaba.

Vio el impacto que le causaba a su padre oírlo de sus labios, pues su rostro reflejaba una mezcla de dolor y de sorpresa. Ojalá aquello le sirviera para darse cuenta de lo que había destrozado con su pensamiento envenenado.

El sargento aceptó la nota, la desplegó y leyó. Al terminar, palideció.

—Cagney, no digas tonterías...

—No me vuelves a decir jamás lo que tengo que hacer con mi vida, sargento —le advirtió Cagney señalándole con el dedo índice—. De lo contrario, me perderás, como perdiste a Terri, como has perdido tantas cosas en la vida. Si lo vuelves a hacer, estarás muerto para mí, como tu pobre e imperfecta madre está muerta para ti. Qué pena.

El sargento se quedó de piedra. Cagney no sabía si por lo que le había dicho o porque sabía su mayor secreto, pero tampoco le importaba.

—Nuestra familia no tendría por qué haber sido como ha sido. Tú solito creaste una pesadilla basada en supuestos negativos creados por tu mente. Las culpables de las mentiras y de la destrucción de nuestra familia no hemos sido ni mamá ni Terri ni yo —añadió Cagney—, pero jamás te has sentido responsable y, hasta que no lo hagas, nada cambiará. Nada. Nuestra supuesta familia seguirá siendo una farsa patética, lo que es muy triste. Creo que jamás podré perdonarte lo que me has hecho.

El sargento permaneció en silencio.

Cagney, comprendió que había vencido y se giró hacia Jonas.

—Ya podemos irnos, cariño.

Dicho aquello y agarrados de la mano, cruzaron el salón de baile y salieron a la calle. Mientras esperaban a que les llevaran el coche, Jonas se quedó mirándola anonadado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy fenomenal —contestó Cagney—. Te aseguro que jamás me he sentido así de bien.

—¿Qué ponía en la nota? Siento curiosidad, la verdad.

—Algo muy conciso que tendría que haberle dicho hace años. No tuve fuerzas para hacerlo hasta que tú volviste, pero ahora me he atrevido —contestó Cagney sonriendo con aire triunfal—. Sólo decía: «Lo dejo».

Capítulo 12

DEJA de preguntarme si estoy segura —le dijo Cagney a Jonas mientras abría la puerta del centro juvenil—. Dejar ese trabajo es lo mejor que he hecho en la vida, así que no te preocupes. No quiero seguir hablando de ello —añadió—. Ahora, lo único que quiero es que te desnudes y te metas en la cama —añadió—. Llevo mucho tiempo esperando y no quiero hablar, quiero hacer el amor. ¿Entendido? —concluyó apoyándolo en la pared y apretándose contra él.

—Te diré que estos diez años de ser policía te han dado la habilidad de decir las cosas de manera muy directa y me encanta —contestó Jonas excitándose sobremanera.

—¿Ah, sí? —sonrió Cagney.

Jonas la abrazó y se apoderó de su boca. Tras un rato de exploración, Cagney lo tomó de la mano y lo condujo hasta el ascensor. Una vez dentro, continuaron con la exploración. Al llegar a la segunda planta, consiguieron salir. No podían dejar de besarse y de tocarse. Cagney se quitó los zapatos mientras Jonas se despojaba de la chaqueta. Al llegar a su habitación, se quitó las horquillas del pelo mientras Jonas se quitaba los zapatos y los pantalones.

—Me vas a tener que quitar el vestido —le dijo.

—Encantado —contestó Jonas apoyándola en la pared como había hecho ella con él.

A continuación, le bajó la cremallera que discurría por toda la espalda, deslizó las manos por dentro y se sorprendió al comprobar que no llevaba sujetador.

—Es imposible llevar sujetador con un vestido así —le explicó Cagney apretándose contra él—. Tampoco es que lleve mucho en la parte de abajo. Ya lo verás.

—¿Cómo?

—Mira a ver qué encuentras.

Jonas estaba tan excitado que no dudó en hacerle caso, así que deslizó las palmas de las manos sobre su trasero y se encontró con el tanga más

pequeño del mundo, un tanga que cubría la parte delantera pero que sólo eran dos tiras de tela en forma de T en la trasera.

—Fuera, quítamelas —le dijo ella girándose—. Ahora mismo. Quiero sentirte dentro de mí.

—¿También te vas a poner a decir guarradas? —bromeó Jonas.

—En cuanto estemos completamente desnudos —le aseguró Cagney.

Jonas se apresuró a quitarle el vestido y las braguitas. A continuación, se arrodilló ante ella y la besó en el frente que la tela había cubierto hasta hacía unos segundos, maravillado al encontrarla húmeda y excitada.

—Ya tendremos tiempo luego para los juegos —le dijo Cagney—. Ya sé que una mujer no dice cosas así, pero ya no puedo más. Quiero que me hagas el amor de manera fuerte y rápida.

Jonas se puso en pie y se desnudó por completo. En pocos segundos, estaban tumbados en la cama y la estaba mirando a los ojos.

—Venga —lo urgió Cagney—. Venga, Jonas. Quiero sentirte dentro. No me hagas ponerme a decirte guarradas de verdad. Estoy intentando no perder la compostura por completo. ¿A qué esperas? —le dijo abriendo las piernas y agarrándole el miembro para colocarlo donde quería sentirlo.

—Dios, Cagney —contestó Jonas adentrándose en sus profundidades.

Cagney arqueó la espalda y comenzó a mover las caderas, acompasándose al ritmo de Jonas e intensificando la conexión. Jonas obedeció las órdenes que Cagney le daba, más rápido, más fuerte, más adentro, mientras ella le arañaba la espalda, haciéndolo disfrutar todavía más.

Cuando llegaron al clímax juntos, ambos gritaron y se desplomaron a la vez.

—Increíble —murmuró Cagney.

—Mejor que cualquier fantasía, Cagney.

—Y no hemos hecho más que empezar —sonrió Cagney abrazándola con fuerza.

—Madre mía, me vas a matar, pero no se me ocurre una manera mejor de morir —sonrió Jonas.

A la mañana siguiente, Jonas se despertó sonriente.

Era increíble.

Había pasado una noche deliciosa con Cagney Bishop.

Sin embargo, cuando abrió los ojos, comprobó que su amada no estaba a su lado en la cama.

Tras ponerse los calzoncillos y los pantalones del esmoquin, se quedó mirando los poemas que Cagney tenía enmarcados sobre la cama. Se trataba de los poemas de amor que él le había escrito en el colegio. Aquello demostraba que nunca había dejado de quererlo.

A pesar de lo que había pasado.

Aquello hizo que Jonas sintiera deseos de volver a escribir, de volver a soñar, de volver a vivir.

Cagney le daba ganas de todo eso y de mucho más. Jonas acarició con dulzura uno de los marcos de los poemas y sintió que la emoción era tanta que necesitaba expresarla por escrito.

A continuación, se acercó descalzo a la puerta y la abrió. El sol de la mañana inundaba el loft y, al otro lado de la estancia, estaba Cagney, sentada frente a su caballete, pintando.

Jonas sintió que el corazón le daba un vuelco.

Se quedó mirándola. Estaba serena como un ángel, llevaba su camisa del esmoquin remangada hasta los codos y nada más. El pelo le caía sobre los hombros.

Estaba preciosa.

Y estaba haciendo lo que había nacido para hacer: pintar.

Desde luego, dejar el trabajo de policía que, según le había contado, nunca le había gustado, era lo mejor que podría haber hecho.

—Hola —lo saludó Cagney sonriente al verlo.

—Hola —contestó él avanzando hacia ella—. ¿Me dejas ver lo que estás pintando?

—No —contestó Cagney—. Ya sabes cómo soy con estas cosas. Hasta que un cuadro no está completamente terminado, no me gusta que nadie lo vea —añadió poniéndose en pie y dándole un apasionado beso de buenos días.

—Mmm —se relamió Jonas—. Llevas mi camisa.

—Sí, ¿te importa? Es que huele a ti... no te puedes imaginar cuántas veces he soñado con esto —rió Cagney pasándole los brazos por la cintura.

—Sí, me lo imagino perfectamente —contestó Jonas.

—¿Qué hacemos?

—Aunque lo que más me gustaría en el mundo sería encerrarme aquí y hacerte el amor hasta desfallecer, me tengo que pasar por el hospital —

contestó Jonas.

—Pero si es sábado —le recordó Cagney.

—Sí, pero hay cosas importantes que no puede esperar al lunes.

—Bueno —accedió Cagney—. ¿Vas a tardar mucho?

—Vuelvo en cuanto pueda, te lo aseguro —contestó Jonas acariciándola de manera inequívoca, dejándole claro lo que tenía pensado para aquella tarde.

Cagney estaba tan imbuida en su pintura que cuando sonó el timbre dio un respingo. Antes de ir a abrir, miró por la ventana y comprobó que había un taxi en la puerta de su casa. Extrañada, se acercó al interfono y se sorprendió todavía más al comprobar que se trataba de su madre.

—Hola, mamá —la saludó cuando su madre salió del ascensor—. Qué agradable sorpresa.

Helen sonrió encantada y dejó una pesada caja sobre la mesa.

—Hola, cariño no tengo mucho tiempo, pero quería traerte esto.

—¿Qué ocurre?

—Me voy —anunció su madre.

—¿Cómo que te vas?

—Siéntate un momento —le dijo su madre.

Cagney así lo hizo.

—Me he enterado de que has dejado el cuerpo de policía. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti —le dijo Helen agarrándola de la mano—. Por fin vas a trabajar en lo que realmente te gusta, vas a hacer realidad tus sueños. Veo que ya no tienes miedo de tu padre y me parece muy bien.

—Mamá, ¿qué pasa? —le preguntó Cagney.

—Tu padre yo estuvimos hablando después del baile y he decidido separarme de él —contestó su madre—. Tú me has enseñado que debo hacer lo que realmente quiero hacer en la vida.

—¿Y adónde te vas? —insistió Cagney con lágrimas en los ojos.

Ahora que su relación con su madre se estaba estrechando, su madre se iba...

—No lo sé —contestó Helen—. Ya lo veré sobre la marcha. De momento, no me voy a divorciar, pero quiero estar un tiempo sola, explorar quién es Helen Bishop de verdad. De momento, me voy a ver a tu hermana Terri a Nueva York.

—¿Cómo? —exclamó Cagney anonadada—. ¿Has hablado con Terri?

—Nunca he dejado de hablar con tu hermana. Siempre he mantenido el contacto con ella.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Tengo un apartado de correos —le explicó su madre encogiéndose de hombros—. He sido sumisa con tu padre en muchas cosas, pero no iba a permitir que me obligara a perder el contacto con una de mis hijas.

—Oh, mamá, no me lo puedo creer... —se maravilló Cagney.

—Te he traído todas las cartas que tengo de ella, todas las cartas que tu hermana me ha escrito en estos años —le dijo su madre señalando la caja—. Quiero que las leas. Están por orden cronológico. También te he puesto la dirección de la abuela Leila —añadió—. Me gustaría que le mandaras los paquetes hasta que yo vuelva.

—Claro que sí.

Helen sonrió y se despidió.

—Me tengo que ir, no quiero perder el avión.

Cagney la abrazó con cariño.

—Te quiero mucho, mamá. Por favor, dile a Terri que también la quiero y que la echo mucho de menos.

—Se lo diré de tu parte. Tendrías que venirte a Nueva York. Vente con Jonas.

—Buena idea.

El taxista hizo sonar el claxon un par de veces.

—Siempre te he tenido por una mujer débil, mamá, pero ahora comprendo que me equivoqué y te pido perdón.

—He sido débil en muchas ocasiones, pero eso ha quedado atrás —le dijo su madre poniéndole las manos en los hombros—. No tienes nada por lo que disculparte —añadió volviéndola a abrazar.

Una vez a solas, Cagney se quedó mirando la caja. Sin perder tiempo, la abrió y sacó la correspondencia que habían mantenido su madre y su hermana durante todos aquellos años.

Después de haberse sentido bloqueada durante más de diez años, había tenido la fuerza suficiente como para dar unos cuantos pasos en la dirección adecuada y ahora resultaba que su vida estaba cambiando a pasos acelerados, que su madre había decidido dar un giro inesperado a su vida también y que había vuelto a tener contacto con su hermana Terri.

Además, Jonas había vuelto a su vida.

Cagney sonrió encantada, maravillada, sintiéndose bendecida por la vida y, a continuación, con lágrimas en los ojos y una gran sonrisa en el rostro, comenzó a leer.

Jonas salió del hospital en cuanto pudo. Se moría por volver junto a Cagney. Tras conducir hasta su casa, la encontró sentada en el suelo, cruzada de piernas y rodeada de un montón de cartas.

—Mi hermana es agente literario Nueva York —le dijo Cagney sin preámbulos.

—¿Cómo?

—Terri —contestó Cagney emocionada—. Mi madre y ella han estado en contacto todos estos años, a escondidas del sargento. Mi madre se ha separado de mi padre y se va una época a vivir con mi hermana a Nueva York. Antes de irse, me ha traído esta caja con todas las cartas para que las lea... —le contó apresuradamente—. ¿Qué ocurre? —le preguntó al ver que Jonas la miraba anonadado.

—Me encanta verte así de feliz.

—Perdona, estaba en lo mío y no te he hecho ni caso —se disculpó Cagney—. ¿Qué tal te ha ido?

—Muy bien, pero prefiero que me hables de tu hermana.

—Luego —contestó Cagney—. ¿En qué estabas pensando cuando has llegado?

—¿Cómo sabías que estaba pensando en algo?

Cagney lo miró y enarcó una ceja.

—Desde luego, esto de la intuición femenina es increíble. He hablado con Kelli y con Tony y quieren que vayamos a Antigua para conocerte. ¿Qué te parece?

—Me encantaría, pero no tengo trabajo.

—Ah, sí, de eso quería hablarte también —contestó Jonas sacándose unos papeles del bolsillo trasero de los vaqueros—. Me he tomado la libertad de mirar unos programas de educación a distancia mientras estaba en el hospital —añadió entregándoselos—. Quiero que trabajes en el centro juvenil y en el programa de arte terapéutico. Es lo tuyo, Cagney. De esta manera, estudiando a distancia, podrás graduarte sin tener que salir de Troublesome Gulch.

—¿Me estás ofreciendo trabajo? —le preguntó Cagney tragando saliva.

—Si estás interesada, sí.

—Claro que estoy interesada —se rio Cagney—. Siempre y cuando me pueda acostar con el jefe, claro.

—Por supuesto —se rio Jonas—. Tengo otra cosa para ti —añadió poniéndose serio.

Cagney esperó. Jonas le entregó una pequeña cajita de cartón blanco. Cagney la abrió con manos temblorosas y vio que se trataba de un colgante de plata para su pulsera. En aquella ocasión, eran dos alianzas unidas.

—¿Qué significa esto, Jonas? —le preguntó con voz trémula.

—Significa que te quiero comprar un anillo de pedida y que, hasta que encuentre el anillo perfecto para la mujer perfecta, te doy éstos que están unidos.

—¿Un anillo de pedida? —tartamudeó Cagney.

Jonas se acercó a ella y la agarró de las manos.

—Cagney, ya no puedo esperar más. Me quiero casar contigo cuanto antes. Iremos a comprar tu anillo de pedida a donde quieras, a París, a Londres, a Amberes, a Los Ángeles...

—A Nueva York —contestó Cagney.

—Muy bien, a Nueva York —asintió Jonas—. Casey Laine Bishop, por favor, hazme el honor de ser mi esposa. Quiero vivir contigo, trabajar contigo, explorar el mundo contigo. Por favor, di que sí.

Cagney sonrió encantada.

—Ponme el colgante en la pulsera —le dijo.

Jonas así lo hizo.

—¿Todavía la llevas? Pero si no vale nada, Cagney.

—Me da igual, es lo más precioso que he tenido en mi vida y no pienso quitármela jamás.

Jonas le puso el nuevo colgante en silencio y, a continuación, la besó con ternura en la boca.

—Eres increíble, Jonas. Siempre sabes lo que hacer y todo lo que haces es perfecto —le dijo Cagney.

Jonas sintió que el corazón comenzaba a latirle desbocado.

—¿Eso significa que...?

—¡Que sí! —exclamó Cagney pasándole los brazos por el cuello—. Quiero ser tu esposa, trabajar contigo y explorar la vida contigo.

—Cuánto te quiero, Cagney.

—Yo también te quiero mucho. Cuánto me alegro de que hayas vuelto a mi vida.

—Eres mi vida, mi amor —le aseguró Jonas estrechándola entre sus brazos.

Y, cuando se besaron, todas las heridas del pasado se curaron para darles fuerza para el futuro, un futuro que iban a pasar juntos, como debería haber sido desde el principio.

Epílogo

EL día de la inauguración del centro juvenil fue maravilloso. El pueblo entero acudió a la cita. Terri, Deirdre y la madre Cagney estuvieron a su lado en un momento tan importante para ella.

El único ausente fue el jefe de policía Bill Bishop.

También estaban allí Tony y Kelli. Jonas y ella habían ido a pasar un fin de semana largo con ellos a Antigua. Desde el principio, Kelli y Cagney se habían llevado a las mil maravillas y, ahora que eran ellos los que habían ido a visitarlos, las amigas de Cagney la habían recibido con mucho cariño.

Los adolescentes parecían encantados con el lugar y eso era lo más importante porque ellos iban a ser los protagonistas.

Cagney aceptó los efusivos abrazos y las enhorabuenas de cientos de personas, pero sentía que le faltaba algo, sentía un vacío que no podía explicar. A media mañana, se dio cuenta de lo que era y al instante supo lo que tenía que hacer.

Excusándose un momento, subió a su habitación a escribir una nota.

Papá, te perdono.

Tu hija, Casey Laine

Al hacerlo, sintió que una agradable sensación de paz le recorría el cuerpo, la metió en un sobre, escribió la dirección de la casa de su padre y salió a dejarla en el buzón para que la recogiera Beverly, la carterera.

Una vez dentro de nuevo, sintiéndose ahora completamente a gusto, buscó a Jonas. Cuando lo vio, lo abrazó por detrás.

—¿Dónde estabas? —le preguntó él mirando hacia atrás con una sonrisa.

—Lidiando con el pasado —contestó Cagney—. Cerrándolo para poder encarar el futuro junto a ti.

Jonas se giró hacia ella y la abrazó.

—¿Qué has hecho?

—Algo que tenía que hacer —contestó Cagney.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto —contestó Cagney besándolo—. Vamos a celebrar nuestro éxito.

—Y nuestra libertad —contestó Jonas.

—Y nuestro amor.

—Nuestro amor eterno.

—Sí, por fin —contestó Cagney volviendo a besarlo y riéndose a continuación, sintiéndose más feliz que nunca.